

MOMENTOS Y PERSONAJES DE LA HISTORIA

Ensayos Históricos
Armando Barona Mesa



Armando Barona Mesa

**MOMENTOS Y PERSONAJES
DE LA HISTORIA**

Ensayos Históricos en tres tomos

Diseño de la Portada: Armando Barona Mesa
© Armando Barona Mesa
Impreso en Ideas Gráficas Cali

Julio de 1996

*A mi esposa, símbolo dulce de la vida,
en cuya compañía recorrí las fascinantes
hazañas históricas que recogen estos relatos.*

INDICE

	Pag.
Esparta	13
Aristides El Justo	25
Pericles	37
Alcibiades	57
Sócrates	75
El General Epaminondas	93
Alejandro El Grande	103
En la antigua Roma	127
Julio César	151
Justiniano y Teodora	175
¿Vivimos al final de los tiempos?	195
En el temido milenio	207
En la noche azul de las cruzadas	225

PROEMIO



Esta obra comprende tres tomos de breves relatos acerca de los grandes personajes de la historia universal y de sus principales momentos. En cada uno de ellos, no obstante la brevedad, el lector encontrará lo principal de su característica vital. Ese es el propósito, que en una visión general, quien estos libros lea, salga empapado de lo principal de esas historias, casi todas girando alrededor de la muerte y de su más específica expresión que es la guerra. Porque no hay un gran acontecimiento histórico que no haya sido demarcado por una hazaña bélica. De donde he llegado a la conclusión de que los seres humanos somos **homus belli**. Por estas páginas, pues, desfilan los afanes de vivir, de triunfar, el egoísmo, el fanatismo, la mezquindad, la perfidia, la traición y a su lado la grandeza humanas. Los dos extremos del discurso socrático, la cadena de contrapuestos, la tesis y la antítesis. El bien y el mal.

Para entender mejor los afanes del hombre y el loco carrusel de la guerra en que ha estado sumergido durante todas las edades, pongo al pie, a manera de proemio, este pensamiento de Arnold J. Toynbee, que recoge mejor que lo que el autor puede decir, aquello que verdaderamente ha sido, hasta muy cercanas fechas y tal vez lo seguirá siendo en el futuro, esa eterna contradicción en el destino de los seres humanos.

“... Los más de los ejércitos del pasado eran relativamente pequeños y estaban constituidos en gran medida por gente que prefería la lucha a otras ocupaciones. Pero desde *la Levée en masse* de la Francia revolucionaria de 1792, la guerra occidental moderna se convirtió en una cuestión mucho más grave. Y la guerra del futuro amenaza ser más grave aún. La guerra tiende ahora a matar el militarismo de los pueblos que la habían experimentado; y la voluntad del pueblo es una fuerza a la que hasta un gobierno autocrático tiene en última instancia que ceder.

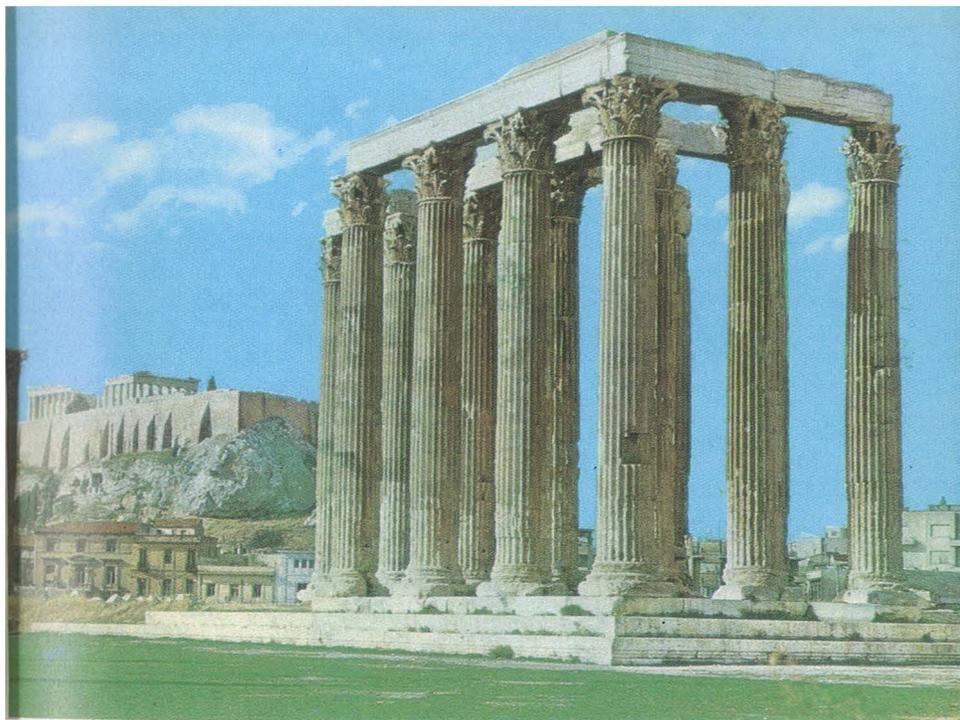
“... En 1945 la abolición de la guerra se había hecho en efecto, imperativa, pero no podría abolírsela a menos que la fiscalización de la energía atómica quedara concentrada en manos de una sola autoridad política. El monopolio del arma maestra de la era, haría que la autoridad estuviera en condiciones de asumir un gobierno mundial; es más aún, la obligaría a hacerlo. En las condiciones de 1945, la sede efectiva de ese gobierno tenía que ser o Washington o Moscú. Pero ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban dispuestos a ponerse a merced el uno del otro.

“... En este delicado paso, la tradicional línea de menor resistencia psicológica recurriría sin duda al antiguo expediente de la ordalía por la lucha. Un “golpe de Knock out” fue como ya vimos, el medio brutal por el cual las civilizaciones que habían sufrido colapso pasaron de su tiempo de angustias a su fase de estado universal. Pero en esta ocasión el golpe de knock out podía dejar knock out no sólo a uno de los antagonistas, sino también al vencedor, al referee, al ring y a todos los espectadores. En tales circunstancias, la mejor esperanza que podía abrigarse por el futuro de la humanidad estribaba en la posibilidad de que los gobiernos y los pueblos de los Estados Unidos y la Unión Soviética tuvieran la paciencia de perseverar en una política que se había dado en llamar “coexistencia pacífica”. La mayor amenaza al bienestar y, es más aún, a la continuación de la existencia del género humano, no era la invención de armas atómicas, sino el hecho de que en las almas humanas hubiera nacido un sentimiento como el que prevaleció en un mundo occidental de la primera parte de la edad moderna durante unos cien años, a partir del estallido de las guerras occidentales de religión. Al comenzar la segunda mitad del siglo XX había capitalistas y comunistas que, lo mismo que sus antepasados católicos y protestantes, sentían que era impracticable e intolerable dejar que la adhesión de la sociedad se dividiera por un tiempo indeterminado entre la verdadera fe (la suya propia) y una condenable herejía (la de sus adversarios). Pero la historia de las guerras occidentales de religión atestiguaban que los conflictos espirituales no podían resolverse por la fuerza de las armas; y la adquisición que había hecho la humanidad de las armas atómicas advertía que no estaba abierta a capitalistas y comunistas la posibilidad de aprender la futilidad de las guerras de religión por

ARMANDO BARONA MESA

el procedimiento empírico de una prolongada prueba que pudieron practicar católicos y protestantes en una época en que las más peligrosas armas eran la espada, la pica y el mosquete...”.

Arnold J. Toynbee



El templo más grande de la antigüedad Zeus Olímpico

ESPARTA



Relieve en una tumba espartana.



El viajero que hoy recorra los parajes helénicos, encontrará la tierra semidesértica en parte, selvosa en otras, con montes agresivos y ríos fragorosos y claros. El mar penetra el litoral como si en una larga batalla hubiere querido devorar esa geografía y sumergirla en sus azules aguas. De esa labor constante y sempiterna, han quedado más de mil islas.

El clima de primavera es cálido y en el estío alcanza temperaturas cercanas a los cuarenta grados. El otoño es suave y el invierno rigurosamente frío.

La Hélade, con esta rara belleza de contrastes, legó a la humanidad una sabiduría fecunda, un culto al arte sinigual en la historia; y ejemplos de virtud que aún hoy estremecen la sensibilidad de los pueblos.

Cuando Platón escribió su obra *La República*, primera utopía hecha por el ingenio humano, evidentemente tomó como modelo la estratificación de los oficios y la organización política y social de los espartanos. Hoy podemos mirar lo que fue Esparta, con grandes reservas mentales sobre su forma de gobierno. Pero ante lo que el hombre sigue guardando una casi religiosa admiración, es ante su heroísmo y austeridad. Su altísimo sentido patrió-

tico y el descubrimiento del socialismo que llevaron a sus leyes y practicaron largamente. No se encuentra un ejemplo similar de virtud en el espacio ni en el tiempo. El espartano se iluminaba con un sentido místico por el Estado y por su Nación. No estaba permitido pensar en primera persona, pues la existencia de los hombres sólo debía buscar el engrandecimiento de la patria.

La historia de Esparta es la historia de la grandeza militar de los griegos. Edificada sobre el feraz valle del río Eurotas, dominó pronto a la Lacedemonia o Laconia y sometió a sus habitantes a los que llamó “ilotas”.

La formación del Estado se atribuye al gran legislador Licurgo, probablemente hacia el año 900 antes de Cristo. Este personaje legendario había viajado mucho y dicen que tomó su código de Creta, aunque hizo saber a sus conciudadanos que le había sido dictado en el famoso Oráculo de Delfos. No ostentó más títulos que el de legislador y despreció el gobierno y la riqueza, que hizo a su vez despreciar igualmente a su pueblo. Estaba prohibido introducir oro y plata dentro de los linderos espartanos, formados por el famoso Taigeto, frontera arcifinia montañosa.

Cuando promulgó su constitución, algunas personas protestaron y un aristócrata encolerizado, Alcandro, le arrojó una piedra que le hirió un ojo. En tanto todos esperaban la sentencia de muerte para el agresor, Licurgo le ordenó que fuera a cenar con él. Mientras Licurgo se aplicaba paños en la herida, iba convenciéndolo sobre la bondad de sus leyes. Alcandro regresó impresionado por la sabiduría de aquél.

Según Plutarco, Licurgo repartió las tierras del Valle del Eurotas entre las familias, haciendo una verdadera reforma agraria.

Pretendía que “desaparecieran por completo las consecuencias vergonzosas de la riqueza y la pobreza”.

La sociedad se estratificó de tal manera que los espartanos no podían trabajar el campo ni ejercer el comercio. Su oficio era solamente la preparación para la guerra. Los ilotas en su gran mayoría, eran de propiedad del Estado y debían trabajar la tierra y dar la mitad de sus cosechas para la alimentación de los espartanos, dentro de una especie de servidumbre humana, que para aquellos tiempos en que era común la esclavitud, constituía una forma humanitaria de gobierno de castas, puesto que el ilota tenía derecho a vivir con su familia en tierra que le pertenecía. Y tal cosa era, ciertamente, un progreso para la ruda ley a que estaban sometidos los débiles.

Otra casta era la de los “periecos” dedicados al comercio, pero privados por entero de derechos políticos.

Era prohibido el celibato. Quienes lo intentaban practicar eran deshonorados y condenados a nadar desnudos y a reconocer su culpa; porque no podía privarse a la patria de los hijos que cada cual debía entregar. Estos, además, no les pertenecían a los padres, quienes sólo podían tenerlos hasta los siete años, edad en la cual debían entregarlos al Estado para su preparación. Vivirían entonces en una dura disciplina, casi sin ropas, aún en invierno, durmiendo en una barraca y en duro lecho, con poca alimentación y a veces ninguna. Tenían el derecho a robar,

pero no podían ser sorprendidos, porque entonces pagarían el hecho como un crimen. Con esta formación, el espartano era duro y soportaba el dolor con estoicismo. Cuenta la tradición que un día un niño robó un zorro. Cuando iba a ser descubierto, metió al animal dentro de su túnica. Los afilados dientes del zorro se hendieron en las entrañas del muchacho, quien no soltó un lamento ni hizo una mueca, hasta que cayó muerto. Todo este heroísmo para que no lo descubrieran como ladrón.

Se practicaba la euthanasia y la eugenesia. Si el niño nacía endeble, era arrojado a una caverna del Taigeto, llamada Apotetas.

Hasta los treinta años debía vivir el joven en esa comunidad con sus coetáneos. Si sobrevivía a tan duras pruebas, regresaba al hogar de sus padres para tomar esposa. Ante sus ojos desfilarían entonces las doncellas desnudas para que seleccionara la mejor, con la cual cohabitaría un poco. En realidad, sólo lo necesario para engendrar hijos.

Eran de muy pocas palabras. La respuesta “lacónica” viene de ellos, por la brevedad de la afirmación. Se dice que un día Filipo de Macedonia conversaba con el embajador lacedemonio o espartano y le participó de sus planes de conquistar toda la Grecia. “Si entro en Esparta no dejaré allí piedra sobre piedra”, dijo el rey. “Sí, sí...” contestó el embajador.

Las madres amaban a sus hijos, pero más amaban a la patria. Cuando aquellos se iban a la guerra, recibían de sus progenitoras una admonición: “Vuelve hijo mío con

el escudo, o sobre él”. Era un escudo grande, de difícil porte y no se prestaba para una retirada. Desde luego que ésta no les era permitida, y se consideraba una traición que deberían pagar con la vida. Volvían triunfantes o muertos sobre el escudo y eran entonces glorificados.

Tenían dos reyes, un Senado o Consejo llamado Gerusia, compuesto por treinta ancianos y el Eforado integrado por cinco éforos o jueces, que eran al mismo tiempo ministros. Ninguno de ellos era titular del poder completo y se vigilaban estrechamente. Tratar de dominar o someter al otro, era traición.

Fueron muchas las batallas victoriosas –cuyo registro sería muy extenso–, en las cuales intervinieron los espartanos. Pero la de mayor heroísmo fue una derrota –¿cabe acaso el término?– en la cual quedó esculpido con caracteres indelebles sobre la roca levantisca, el espíritu indoblegable de los lacedemonios: las Termópilas.

Jerjes, el Rey de Reyes persa, iba a vengar una derrota que le había sido infligida a su padre, el Gran Darío y a su gente en Marathon. Dispuso un ejército durante diez años que jamás vio el mundo e invadió Grecia. Cuando lo vio formado, sentado él en un trono de mármol sobre una colina, se puso a llorar y dijo: “Es impresionante que este ejército no pueda vivir cien años”.

Intimó rendición a los atenienses, pero éstos se aliaron otra vez con Esparta, como lo hicieron en Marathón. Los embajadores de Jerjes fueron a solicitar, como era costumbre en señal de sumisión, “la tierra y el agua”. Los espartanos les contestaron: “Tendrán toda la tierra y el

agua que quieran” y arrojaron a los diplomáticos a un aljibe.

Los griegos se apertrecharon en el desfiladero de Las Termópilas, escarpado lugar de selvas y rocas, a un lado del mar, por donde era necesario pasar. Las fuerzas griegas estaban comandadas por Leónidas, bizarro atleta espartano. Este había resistido seis días, sin que pudieran pasar los invasores. Entonces Jerjes le envió un emisario para invitarlo a deponer las armas. Con altanero gesto Leónidas le contestó: “Ven a tomarlas”. Como el emisario le ponderó lo desigual del combate y advirtió que el ejército persa era tan grande que “oscurecería el sol con sus flechas”, Leónidas respondió: “Tanto mejor, así combatiremos en la sombra”.

El atroz combate duró otros dos días, sin que se resintiera la defensa aquea. Pero hubo un traidor, cuyo nombre ha sido señalado ignominiosamente: Efiltes. Este traidor dió las señales para conducir a Jerjes por un atajo y en esa forma acorralar a los espartanos. Estos, atacados de frente y por detrás, para que todos no murieran, permitieron la retirada del ejército griego y permanecieron allí solo un puñado de hombres, afrontando la muerte con heroísmo supremo. Eran tan pocos en número frente a Jerjes y su descomunal ejército.

Y todos murieron. Quedaron desparramados los cuerpos pálidos y exánimes de los héroes. En una piedra alcanzaron a grabar esta inscripción: “Caminante, ve a decir a Lacedemonia que sus hijos han muerto sin abandonar su puesto”. y allí aún está el aviso, en todos los idiomas al pie de la estatua de Leónidas.

Un espartano, Pausanias, vencería después a los persas en Platea. De Esparta hoy queda una aldea de cinco mil habitantes en la geografía de Grecia.

ARISTIDES EL JUSTO



Meda fundida conmemorando la Batalla de Maratón.



Arquero persa (Pintado en vaso griego del siglo -VI).



n una obra de Esquilo, al referirse a Anfirao, uno de sus héroes, en los primeros yambos decía: “Quiero no parecer, sino ser justo. En su alma el saber echadas tiene hondas raíces, copioso fruto de excelentes y útiles consejos...” Cuando el pueblo de Atenas asistió a la representación, por el año 500 A. de C.; no puedo menos que identificar en los versos a Aristides, el Arconte.

Había nacido éste en la tribu Antioquide en la curia Alopecense, según Plutarco, en el 540. Su familia noble, pero pobre. Solamente tenía una casa. Por haberes jamás tuvo nada diferente a su virtud y talento descollante. Sobresalió en todos los estudios, en los deportes, y en algo que desde la niñez ya se notaba en él: su vocación de servicio. También, por una de esas extrañas coincidencias de la historia, sobresalía y descollaba otro joven que habría de ser su émulo perenne: Temístocles.

Era la época en que los persas, bajo el comando del rey de reyes, el Gran Darío, acababa de confirmar su dominio absoluto sobre el Asia Menor. Había tomado Bizancio, Síbares y Sardes, con lo cual le daba un golpe de gracia a la economía de Mileto, y por supuesto, de todos los griegos que tenían excelentes mercados en el Mar

Negro. Los habitantes de esta última ciudad lloraron todos ante esta catástrofe. Fue entonces cuando el tirano que la gobernaba, un tal Aristágoras, pidió ayuda a Atenas.

De allí le fue enviado un destacamento de 20 barcos, y 5 más de Eritrea. Era realmente muy poco, si se pensaba en la descomunal empresa de desafiar el poderío del monarca persa. Pero la cuestión es que Aristágoras logró insubordinar a los Jonios y a los Griegos que habitaban la zona y además a Chipre, y reconquistó a Bizancio. Sardes fue destruída.

Dario montó en cólera sagrada. Pero sabía él que le sería muy fácil destruir a los Jonios, como evidentemente lo hizo. Su ira mayor era contra los extranjeros que habían osado poner las plantas y las armas en sus dominios. Preguntó entonces en el tono más subido de su indignación: “¿Quién es esa gente a quien llaman atenienses?”. Cuando le informaron quienes eran, exclamó: “¡Oh Ormuz!, dame ocasión de vengarme de los atenienses”. Y ordenó que cuando fuera a poner se le presentara siempre un esclavo que le dijera: “Señor, acuérdate de los Atenienses”.

Allí se iniciarían las guerras que durarían cerca de 20 años, y que la posteridad conoce como las “guerras médicas” por el origen meda de los persas. En ellas tomarían una parte principal tanto Temístocles como Aristides.

Desde muy temprana edad, ciertamente, disentían el uno del otro, y a veces con enconado empeño. Se ha dicho que hubo rivalidades amorosas. Pero el asunto es que tenían maneras de ser diferentes y enfocaban las co-

sas desde distintos ángulos, y aunque ambos demostraron grandes dotes como conductores de su pueblo, Aristides era austero, rígido en sus decisiones que orientaba por el bien común y lo que creía sabio y justo. Su virtud brillaba por encima del hombre. Jamás se preocupó del halago para sí, o para otros. A sus amigos, no obstante ser bondadoso, los trataba con la misma dureza con que trataba a quienes no lo eran.

Temístocles, en cambio, era político por antonomasia: demagogo, andaba buscando amistades a las que servía y de las que obtenía sus favores electorales. De rica oratoria, entendió que en los asuntos del Estado era menester usar de cierta laxitud en cuanto a costumbres morales, y la fortuna le floreció mientras tuvo el mando, a él y a sus numerosos amigos. Plutarco dijo refiriéndose a su avidez de riqueza, que “era largo de manos, aunque sabio”.

No siempre Grecia tuvo una organización democrática asistida por un gran culto a la libertad. Inicialmente hubo reyes que tomaban las decisiones asesorados por un consejo que asumía distintas denominaciones. De la monarquía pasaron a la aristocracia u oligarquía, y fatalmente cayeron en la tiranía, de la cual habrían de salir después de un largo peregrinaje, hasta que, finalmente, fueron los padres de la democracia.

En este proceloso itinerario hubo tiranos que fueron buenos gobernantes, impulsaron las artes y las letras; y fortalecieron sus ciudades-estados. Tiranía en griego no significa abominación de la libertad como en español. En realidad tirano era un jefe de Estado autócrata.

Hubo sí algunos déspotas que alienaron los derechos individuales e impusieron el terror. Se conoce la historia del tirano Dionisio de Siracusa, que era un hombre progresista, pero había cometido atropellos contra los cuales el pueblo protestaba. Tenía Dionisio su corte, y dentro de ella había un joven de noble cuna, de elegante aspecto, poeta que cantaba en contra el tirano y de la grandeza y gloria de Dionisio. Se llamaba Damocles.

Un día Dionisio lo encontró y lo llamó. Lo invitó a una cena espléndida y le dijo: “Quiero que sepas qué se siente al gobernar”. Lo llevó al palacio, lo vistió con sus mejores galas, lo sentó a su lado en un alto trono, le hizo servir las más exquisitas viandas y le escanció los más espirituosos vinos, mientras que con la música desfilaban bellas odaliscas a su disposición. Luego le inquirió Dionisio: “¿Cómo te sientes?” “Feliz”, contestó Damocles. Entonces Dionisio le hizo mirar hacia arriba, y sobre su cabeza pendía una espada que sólo soportaba una débil crin de caballo. “Ser tirano es muy agradable –dijo Dionisio– pero tendrás siempre la vida pendiente de un hilo”.

Mucho tiempo después Solón, cuando abandonó el mando supremo de Atenas, habría de decir a algunos que le insistieron en que permaneciera en él: “La dictadura es uno de esos sillones de los que no se logra bajar vivo”.

Fue éste, Solón, un hombre disoluto en su juventud. Pero a los cuarenta y cinco años era ya sereno y maduro. Fue nombrado por la asamblea de los hombres libres como Arconte Epónimo. Modificó la severidad de

las leyes de Dracón –de donde viene el término de leyes draconianas, para indicar las leyes muy duras en castigos– e impuso una democracia ejemplar. Dictó leyes sabias y justas, que le valieron el título de uno de los Siete Sabios de Grecia, y por su buen gobierno mereció la admiración de todos y de los pueblos vecinos. Solón, como Licurgo, dejó un código de conducta, pero a diferencia de éste, no pretendió que le había sido dictado por Dios, ni ambicionaba una sociedad perfecta –y por lo mismo imperfecta–, sino que contaba con las debilidades humanas y sus imperfecciones. Estableció, por ejemplo, la prostitución legalizada, y cuando algunos se lo criticaron, dijo: “La virtud consiste no en abolir el pecado, que es inherente al hombre, sino en mantenerlo en su sede”.

Voluntariamente, ya se observó, abandonó el poder y se dedicó a viajar a la edad de setenta años, pues, según él, era la edad de comenzar a aprender. Viajó un tiempo, y volvió, anciano, e hizo parte una vez más del areópago, creado precisamente por él.

Dentro de todo este respeto por la libertad, un día se presentó a esa asamblea un hombre a quien mucho conocía Solón desde niño. Este hombre mostró una herida sobre la frente y dijo que lo habían asaltado. Pidió que le autorizaran una guardia personal de cincuenta hombres. Como era noble y rico, y como el areópago se encontraba dividido en tres bandos, los del llano, o terratenientes ricos, los de la costa, o comerciantes también ricos, y los de la montaña, proletarios y labriegos –como en los Estados Generales de la Revolución Francesa–, y los bandos ricos lo apoyaron pensando en una nueva oligarquía, la asamblea lo autorizó, aún desoyendo la voz llena de sabiduría

de Solón que hacía ver en ello una trampa con graves peligros.

El hombre convirtió los cincuenta guardas en cuatrocientos, y con ellos dio un golpe de Estado y se proclamó nuevo tirano de Atenas. Se llamaba Pisístrato.

Pero Pisístrato fue un dictador bueno, progresista y honrado, contra todo lo que se pensaba de él. Hubo paz, y se fortaleció el Estado como una potencia militar y cultural. A su muerte, diez años después, le dejó como legado el gobierno a sus hijos Hipias e Hiparco.

Allí se reiniciaron las desventuras de este pueblo tan culto. Porque Hiparco se enredó con un efebo —era época en que se disfrutaba por igual del amor masculino o femenino— llamado Harmodio, y como el amante de éste, de nombre Aristógiton se encegueciera de celos, planeó la muerte de Hiparco, como un crimen político —los asesinatos de los tiranos en aquellos tiempos eran glorificados—. Esto desató, por supuesto, la reacción de Hipias; y corolario de todo, fue una guerra civil, de la cual salió ganando otro eupátrida, llamado Clístenes, rico y valeroso, inteligente e intelectual.

Clístenes trató de imponer un nuevo orden. Restableció algunas leyes de Solón, y para volver a la libertad y la democracia, creó el “ostracismo”. Era una especie de destierro, para las personas que encarnaran un peligro al Estado, por su alta alcurnia y por mostrar potencialmente ambiciones. Cada ciudadano debería llevar una concha llamada el “ostrakón”, en la cual se escribiría un nombre que sería sometido a la asamblea de los ciudadanos libres,

compuesta por unos seis mil atenienses. Era realmente un voto. Si la propuesta alcanzaba tres mil votos, la persona sería proscrita.

Esta institución duró cien años, y fue aplicada sólo diez veces. Llama mucho la atención saber que una de esas veces le fue aplicada al mismo Clístenes.

Aristides fue gran amigo de Clístenes. Y había desempeñado con la mayor honradez, el cargo de administrador de impuestos –cargo que entonces servía para enriquecerse–. Fustigaba con vehemencia no sólo a Temístocles, sino a todos los inmorales que lo acompañaban. Aristides había demostrado su valor al lado de Milciades, habiendo ambos conquistado la gran victoria de Marathón. Y había brillado en el areópago como arconte, posición en la que fue implacable en demanda de justicia.

Pero le había llegado el turno a Temístocles, que había maquinado el cambio a base de intrigas y traiciones. Naturalmente, la presencia del justo Aristides le era incómoda a él y a su camarilla. Cuando se encumbra Temístocles era llegado el momento de su venganza, dulce trago para él. Como lo anota Indro Montanelli, “las vicisitudes –de Aristides– nos demuestran, desgraciadamente, que la honestidad en la política no encuentra siempre su recompensa, y que la historia, como las mujeres, siente debilidad por los bribones”. La cuestión es que Temístocles, hecho con el poder, urdió llevar al ostracismo a Aristides, y lo logró.

Se cuenta entonces que un campesino que pasaba por un camino, se acercó a otro caminante y le pidió, en

razón de no saber escribir, que lo hiciera por él. Le pasó entonces su ostrakón. El caminante le dijo que con mucho gusto, y se dispuso a escribir mientras preguntaba qué nombre quería que le pusiera. Aristides, respondió el primero. El caminante le dijo que lo haría, pero que le contara qué daño le había hecho aquél para deseárselo tan grave castigo. El hombre le contestó: “Porque estoy cansado de oírle llamar El Justo”. El caminante puso el nombre en la concha y siguió su camino. Horas después, en la asamblea que lo desterró, cuando emprendía el camino del exilio, aquel ignaro habría de reconocer a quien le había escrito el nombre en su ostrakón: era el propio Aristides.



Relieves de Prosenno

PERICLES



Pericles.



Figura muestra de la evolución del arte escultórico. siglo de Pericles.



entro de la grandeza tiene un lugar selecto el nombre de Pericles, el más elevado de los griegos. Discípulo de Anaxágoras el filósofo, de él aprendió la disciplina y el arte de gobernar. Era de porte grave y desdeñoso. No entraba en familiaridades, ni aún con sus propios familiares. No obstante había abrazado, contra el gran historiador Tucídides, su émulo y líder de la aristocracia, el partido popular.

Jamás asistía a fiestas privadas, y la única vez que lo hizo, fue a la boda de su primo Eupritolemo, pero se retiró una vez pasado el brindis. A su tiempo se lo ha denominado –el Siglo de Pericles–; y aunque ciertamente no gobernó un siglo, su hegemonía de 40 años, desarrolló una obra que ha sido la mejor de gobernante alguno a través de los tiempos.

Tenía un alto sentido de la dignidad. Por eso no se dejaba intimidar de nadie. Jamás hablaba más de lo necesario, y dejaba que los demás lo hicieran por él. En esta forma conservaba un aire misterioso a su alrededor. No era jactancioso ni prepotente. Una sincera austeridad cobijaba sus actos y jamás mostraba su importancia a través del poderoso aparato del Estado, que él movía a voluntad.

Hubiera podido ser un tirano e imponer sus designios sobre la base del temor. Prefería el afecto y el respeto de sus conciudadanos. Un día, cuando salió de su casa y se fue al trabajo, se encontró en el camino a un energúmeno, el cual, con las mayores procacidades, lo insultó durante todo el trayecto. Pericles, imperturbable, caminaba en silencio. El insolente continuaba la contumelia cada vez más irritado. Pericles llegó a su despacho, y el hombre desde afuera prosiguió con alta voz. Le era muy fácil mandar a aprehenderlo, y a su menor señal lo habrían decapitado. Trabajó todo el día sin atender a las ofensas que vomitaba aquél. Al caer la tarde se dirigió a su casa. El hombre arreció sus ataques y siguió a su lado todo el tiempo. Pericles entró a su sencilla morada y la cantaleta continuó desde los soportales. Cuando ya era tarde de la noche, llamó a un sirviente y le pidió que tomara una antorcha y saliera donde estaba el provocador. “Dígale que por orden mía usted va a acompañarlo hasta su casa, para que no le pase nada en el camino”.

De familia noble, por parte de madre era descendiente del tirano Clístenes. Su padre fue Jantipo, gran vencedor en Micala. Su nacimiento ocurrió en un momento estelar de la historia griega. Fueron sus contemporáneos los hombres más grandes de la antigüedad: Aristides, Cimón, Temístocles, Tucídides, Anaxágoras, Sócrates, Esquilo y Sófocles, Fidias y Filipo y muchos otros. Hermosa apariencia tenía, pero su cabeza, que tapa el yelmo en el único busto suyo conocido que está en el Museo Británico, era alargada más de lo normal. Por este motivo debió soportar chistes frecuentes. Plutarco recuerda unos versos de Eupolis, en la comedia “Los Populares”, en la que los demagogos iban saliendo del infierno, y al final de

ellos está Pericles. Entonces dice el poeta: “¿A qué hora trajiste de allá abajo/ a ese que de todos es “cabeza”?”.

Por apodo, pues, le pusieron “esquinocéfalo”, que quiere decir “cabeza de cebolla”.

Anaxágoras, aquel filósofo que intuyó que el sol era una piedra gigantesca incandescente mayor que el Peloponeso, y que los rayos de Zeus herían tanto a los inocentes como a los culpables, incluso a veces también a los templos de los dioses, le había enseñado el arte de hablar y meditar. Fue uno de los más grandes oradores de su tiempo. Amaba sinceramente al pueblo, y desde muy joven, por su palabra clara, tomó las riendas del poder sin ser mandatario. Era su influencia la que gobernaba a través de amigos. En la Asamblea Popular su voz iba discutiendo sobre la necesidad de dar cultura al pueblo y de que éste participara en las cosas del gobierno. Organizó una revolución que le quitó al Areópago, cuerpo compuesto por ancianos conservadoristas, el poder legislativo. El Areópago no rendía cuentas a nadie y sus miembros se elegían por el ya odioso sistema de la cooptación. Sólo le dejó el poder de juzgar causas con pena de muerte. El Areópago más tarde se desquitaría de Pericles.

Sin duda alguna fue el padre de la democracia, palabra que no existía, y que fue ideada por él, contra la oligarquía de los optimates, que regía.

Cuando en Platea triunfaron los griegos sobre los persas, en hazaña a cuya cabeza se encontraba Pausanias, el héroe espartano de mal fin pues terminó traicionando a su pueblo, el botín que quedó de los despojos del gran

ejército del “Rey de Reyes” persa, se situó en esta ciudad, a fin de que fuera común a los aliados. Posteriormente, después de la traición del Pausanias, quien violando las severas leyes de Licurgo acarició la idea de convertirse en un sátrapa bajo la protección de Jerjes, al cual había pedido la mano de su hija; siguiendo el consejo de Arístides y de Cimón, los atenienses formaron la “Confederación de Delos”, a la cual se le sumaron los jonios y los pequeños estados-ciudades griegos del litoral del Asia Menor, buscando la protección de los atenienses contra los persas.

A la isla de Delos se llevaron los tesoros y armamentos de que habían sido despojados los persas, y se impusieron grandes contribuciones, inspiradas por la inteligencia previsora de Arístides. Así se conformo un gran tesoro. Como contrapartida, y una vez castigado Pausanias, los espartanos conformaron la “Confederación del Peloponeso”. La guerra un tiempo después no muy lejano, volvería a asolar esta vez entre pueblos hermanos. Fueron las guerras de Peloponeso.

Aquel tesoro sólo tenía la finalidad de ser utilizado para la provisión de una gran flota defensiva. Pero Pericles ordenó trasladarlo a Atenas; y como su genio progresista proyectaba la idea de hacer de Atenas, dos veces incendiada en el pasado por Mardonio el general persa, la ciudad más bella de la tierra, gastó del tesoro de la Confederación. Cuando le reprocharon sus enemigos diciendo que “con el dinero ajeno y de la guerra engalanamos nosotros nuestra ciudad con estatuas y templos costosos, como una mujer vana que se carga de piedras preciosas”, Pericles contestó que no tenía cuentas que rendir, pues su deber era proteger a los aliados en la guerra y así lo había

hecho y lo seguiría haciendo, sin que los otros pusieran ni un caballo, ni una nave, ni un soldado.

“Las obras darán gloria al pasado, cuando nosotros hayamos pasado, dijo, y darán trabajo a todos los artistas, los carreteros, los obreros, y a los barcos”. “Nuestros aliados –agregó– disfrutarán de la belleza de Atenas”.

Bajo su dirección se levantaron obras como el Odeón, donde el pueblo se reuniría a oír los cánticos de los poetas y la música de un pueblo esencialmente amante de las artes. La Acrópolis, de la que fue arquitecto, cuya belleza ha desafiado los milenios y las guerras, con sus imponentes propíleos como símbolo de una civilización dedicada a la cultura y a la belleza.

Cuenta Plutarco que cuando construían la colosal ciudadela, el cantero más laborioso cayó de lo alto. Como quedara muy mal herido, todos sabían que iba a morir. Entonces en sueños se le apareció a Pericles Palas Atenea y le indicó un remedio, con el cual sanó el cantero. Frente a este prodigio Pericles ordenó a Fidias, quien había sido superintendente de las construcciones, que levantara allí la estatua de la diosa. Así lo hizo el escultor. La hizo de oro macizo y de marfil.

Atenas, pues, se convirtió en la más bella ciudad.

Pero los enemigos de Pericles lo acusaron de dilapidación. Preguntó entonces el gran estadista a la Asamblea del Pueblo si creían que gastaba mucho. Contestaron que sí. “Entonces –dijo– no se gaste más de vuestra cuenta, sino de la mía, pero las obras han de llevar sólo

mi nombre”. La asamblea ordenó que se siguieran las obras de cuenta del pueblo.

Era Pericles un hombre rico, pues había recibido una enorme herencia. Sus bienes los había entregado en administración a otros, para que nadie de él dijera que había puesto mano en fortuna ajena.

Vivía con gran moderación, él y su familia. La compra de remesa la hacía diariamente, para que todos supieran qué gastaba, y tuvo muy serios problemas con su mujer, de la que terminó divorciándose, y con sus hijos que no se conformaban con ser quienes eran sin gastar, a manos rotas y sobresalir ante sus conciudadanos solo por tenerlo a él por padre. Su mujer se ayuntó con otro, y Pericles, asiduo –tal vez amante desde antes– de la tertulia de la hermosa Aspacia, donde concurrían Sócrates y Anaxágoras y todos los hombres de valía, se casó con ella.

Aspacia había sido en Mileto, de donde era originaria, cortesana. Las cortesanas ocupaban por aquellas épocas elevada posición social, pues los griegos, como lo dijera Demóstenes ante el areópago, “Tenemos esposas para perpetuar nuestro nombre, concubinas para que nos cuiden y cortesanas para divertirnos”.

También eran cortesanas Lais, de hermosura legendaria y de elegante casa en Corinto, donde abreva su sed Demóstenes, Thargelia, rodeada de hetairas, probablemente espía del rey de reyes de Persia; Phriné, igualmente asiática de bello talle y perfecto rostro, cuyos ojos y cuerpo habían cautivado no solo las manos hacedoras de Praxiteles para esculpir a Afrodita en oro -que ella des-

pués regalaría al templo de Delfos- sino la vida soñadora de Hipérides, el brillante orador, su amante, quien la defendiera ante los ojos asombrados de los jueces del areópago, descorriendo su túnica ligera –como su virtud– y mostrando la escultura divina de su cuerpo, como un dechado de los dioses. Hubo hasta una cortesana llamada Clepsidra, que atendía a sus clientes con el reloj de agua y los despachaba, como lo anota Duché, en media hora.

Aspacia era deslumbrante de inteligencia, como de belleza. Sócrates llegó a decir que ella le había enseñado a hablar. Pericles pues, enamorado de su belleza y de su talento. la hizo su esposa y tuvo un hijo; pero él mismo había hecho dictar una ley que le quitaba la ciudadanía ateniense al que naciera de madre no ateniense. Este su hijo, al que amó con gran ternura, no era griego sino bárbaro y bastardo.

Cuando las pasiones políticas se dirigieron sin piedad contra Pericles, al cual trataron de aplicarle el ostracismo vanamente porque el pueblo lo amaba, sus enemigos la emprendieron contra aquellos más cercanos a su afecto: primero contra Anaxágoras, por impío. Este se fue al destierro, no sin antes decir que la naturaleza había dado ya su fallo. Murió en su lejana patria. Después contra Fidias, el inmortal, al que también acusaron de malversación por la estatua de Atenea. Fue encarcelado y tal vez murió en un calabozo. Y finalmente, después de calumniado, lo hirieron en lo más sensible para él: Aspacia, quien fue acusada ante el areópago de ser prostituta. Pericles habría podido declararse dictador e impedir lo que le hacían. Pero respetó las leyes. El areópago tomaba su des-

quite. En el juicio el mismo subió al estrato y defendió con majestad a su mujer. Fue absuelta.

Pasó por encima de las mordeduras de las víboras, porque era Pericles, el imperturbable.

La conformación de la Confederación de Delos, ya se ha dicho, provocó los celos de los espartanos. El equilibrio internacional, ante la perspectiva del liderazgo y hegemonía de los atenienses, determinó que se formara un segundo bloque poderoso. La Confederación del Peloponeso. La primera ciudad que entendió tal cosa fue Corinto, todavía la más opulenta y hermosa de las ciudades griegas. Se anunciaba así una nueva guerra, inevitable. Largas disquisiciones se han hecho en torno a quién fue el culpable de su iniciación; y a Pericles se le formularon acusaciones en ese sentido. Pero no fue él el iniciador de las guerras del Peloponeso. Una terrible fatalidad de la historia hará que dos estados poderosos y hermanos, terminen largamente envueltos en un “casus belli”.

El asunto es que se había formado un ambiente de prevención y odio en ambas confederaciones. Una de las dos había de ganar la supremacía sobre la otra.

Cosa igual ocurre con los hombres. Dos líderes connotados, terminan fatalmente dividiendo a los pueblos; así, pues el acrecentamiento del alto prestigio de Cimón, después de muertos Aristides y Temístocles, suscitó por supuesto la emulación del joven Pericles, quien dominaba en la asamblea popular con su partido democrático. Sus epígonos consideraron las debilidades pro-lacedemónicas de Cimón como un peligro y lograron aplicarle el ostra-

cismo. Al partir éste, quedaba dueño de la situación Pericles.

Un tiempo después los lacedemonios o espartanos o lacónicos –cosa que es la misma–, invadieron el territorio de Tanagra, y allí se dio comienzo a la primera guerra del Peloponeso. Las fuerzas de la Confederación de Delos se movilizaron contra las de la Confederación del Peloponeso. Cimón hizo saber a Pericles su deseo de regresar para tomar las armas contra Esparta y demostrar que era falsa la acusación de lacedemonismo que le había hecho. Pericles permitió el regreso, por medio de un decreto; y el patriotismo y valor de Cimón mostraron una vez más su heroísmo. En la batalla murieron todos los hombres de la tribu de Cimón. Pericles peleó como los héroes homéricos, y finalmente, gracias al gran respeto que a los espartanos inspiraba Cimón, se pactó una paz, que no fue sino una tregua por treinta años, la cual reconocía el “statu quo” de las dos confederaciones.

Por órdenes de Pericles tomó Cimón el mando de una escuadra naval contra los persas, con quienes se habían reanudado las hostilidades. Navegó victorioso por las procelosas aguas del Egeo y del Adriático. Pero la batalla definitiva fue en Chipre. Cimón murió antes. Entonces, anticipándose al Cid Campeador, en su lecho de muerte hizo prometer a su estado mayor que se ocultaría su deceso; y los griegos, pensando que combatían bajo la dirección del gran estratega, ganaron el histórico combate.

Después de esta victoria, se pudo pactar otra tregua con el “Rey de Reyes” de los persas.

Aquí comienza la era de la paz y de la gran prosperidad ateniense. Pero lo que ya se anotó sobre la emulación humana, sigue teniendo aplicación con Pericles. Su gloria acrecentada suscitó pasiones en pro y en contra. Sus enemigos surgieron bajo el comando de otro joven brillante y patricio: Tucídides, al que respaldaban los miembros del areópago conservadorista y una gran facción, altamente beligerante, en la asamblea popular.

Los amigos de Tucídides solicitaron el ostracismo para Pericles. Este, ejercitando su brillante oratoria, desafió a un debate ardiente a su émulo, al final del cual propuso la votación. Resultado de ella fue el ostracismo de Tucídides. Quedaba solo otra vez en la dirección del gobierno. Pero con terribles enemigos.

Lo que más engrandece a Pericles es su concepción del Estado que, en el hermoso y severo corte del discurso, podría ser considerada como utópica, sino existiera el propio antecedente que demostró en la práctica el gran hombre. “El Estado democrático –dice– debe dedicarse a servir al mayor número, procurar la igualdad de todos ante la ley, hacer que de la libertad pública se siga la libertad de los ciudadanos; debe acudir en ayuda de la debilidad y hacer que el mérito ocupe el primer lugar; el armonioso equilibrio entre el interés del Estado y el interés de los individuos que los componen asegura el auge político, económico, intelectual y artístico de la ciudad, protegiendo al Estado contra el egoísmo individual, y al individuo, por medio de la constitución, contra la arbitrariedad del Estado”.

Todos estos pensamientos de Pericles fueron llevados a la práctica. Nadie hizo mayor demostración del respeto por la libertad. Sus enemigos todos fueron libres de calumniarlo y de hacerle objeto de oprobio. Aún Tucídides, como historiador, reconoce esas grandes virtudes suyas.

La gloria de Pericles se ve eclipsada por la segunda guerra del Peloponeso, que muchos sostienen, entre ellos el gran Plutarco, que él la provocó. Pero tampoco fue así, como se verá. Fue en verdad una terrible guerra, que además dio lugar a otras que durarían, en distintas etapas, muchos años.

El gran hombre hizo grandes esfuerzos para impedirlo. Incluso se cuenta que Pericles había sobornado a figuras principales lacedemónicas. Dio dinero a Cleandridas, general consejero del rey espartano Plistonacte, muy joven e impulsivo, el cual había invadido las fronteras del Atica, y lo disuadió de la empresa, habiendo regresado. Los éforos (jueces) lacónicos tomaron tales hechos como traición y depusieron al rey al cual desterraron, a tiempo que condenaron a muerte a Cleandridas.

Al joven Tolmidas, corajudo ateniense que por su cuenta había reclutado un ejército para ir a Tebas, cuando le pidió consejo, trató de impedirle la aventura. Como comprobara que sus ímpetus juveniles eran más fuertes que su sabiduría y experiencia, le dijo: “Si no crees en Pericles, el modo que no yerres es que esperes al consejo más sabio, que es el tiempo”.

Holmidas partió y sucumbió con sus compañeros, habiéndosele reconocido a Pericles su prudencia.

El asunto de la guerra se originó porque los megarenses habían talado bosques de Atenas. Pericles dictó un decreto contra ellos y contra los corintios prohibiendo a las naves atenienses comerciar con Mégara y Corinto. Como estas dos ciudades vivían del comercio, enviaron embajadores a Atenas pidiendo la derogatoria de la medida. Pero Pericles fue inflexible. Aquellos entonces se dirigieron a los espartanos solicitándoles que interpusiera sus buenos oficios ante los áticos. Los espartanos enviaron embajadores y exigieron, no sólo la derogatoria del decreto, sino la destitución de Pericles y alentaron a los enemigos de éste.

Pericles entonces arengó al pueblo señalando la deshonra que cubriría a los atenienses si aceptaban tamañas exigencias. El pueblo lo respaldó; y los peloponenses invadieron. Pericles, ciertamente, no había querido la confrontación. Al contrario la había evitado mucho tiempo. Pero su respeto por la ley era tanto, que ni aún en su propia conveniencia, como cuando la ley de los bastardos llegó a cobijar a su propio hijo, la violó. Tal era su índole de magistrado.

La tregua sólo había durado trece o quince años, según distintos pareceres. Arquidamo, el nuevo rey espartano llegó hasta Acarnas, donde talaron todos los bosques. La tala de bosques era uno de los principales objetivos de la guerra entonces. Pericles no estaba preparado para la guerra terrestre. Se había preparado para la guerra naval con los persas y su armada era invencible. En

tierra le aventajaban los peloponenses. Así pues, mientras los atenienses reclamaban el combate en tierra y presionaban a Pericles, éste les contestó que los árboles se podaban y crecían nuevamente, pero los hombres no.

Atenas y el Pireo tenían grandes fortificaciones inexpugnables, que había mandado a hacer él mismo. Ordenó que todos los atenienses —esto incluía a todos los nacionales— se recogieran en la capital. Entre tanto despachó una flota de barcos hacia el Peloponeso, donde también talaron bosques y vencieron. Esa sí era su batalla. Aprovisionó a través de la navegación la ciudad con el trigo de Egipto, y aún cuando los cemediógrafos y sus enemigos le disparaban toda clase de sátiras por aparente cobardía, continuó imperturbable.

Después de un año de haber asolado tierras desiertas Arquídamo, le faltaron las provisiones y debió regresar, pues su audacia no llegó al intento de derribar murallas atenienses. Había triunfado la estrategia del genial Pericles, sin dar la cara en tierra, como le ocurriría tantos siglos después a Napoleón en Rusia, frente a la estrategia del general Kutuzov.

Sin embargo el hacinamiento obligado en la ciudad de tanta gente, iría a producir males mayores que la guerra misma. Faltos de servicios públicos y tomando agua estancada de mucho tiempo, en esa promiscuidad donde debían pasar en inactividad, llegó la peste. La gente moría en medio de la mayor desesperación. Pericles estaba con ellos. Le tocó soportar el dolor de ver morir, primero a su hijo Jantipo, con quien no llevaba buenas relaciones.

Pericles, como ya se dijo, le criticaba su tendencia al gasto exagerado, que trataba de frenar su padre.

Luego moriría su segundo hijo Paralo, y al colocarle una corona fúnebre, Pericles por primera vez en su vida, estallaría en llanto. Desde luego que la guerra no había terminado. Pero era tanto el dolor que se vivía en la hermosa ciudad, que los espartanos despreciaron la oportunidad de atacarlos en su momento aciago. No obstante los enemigos de Pericles pensaban de otra manera. Ellos vieron allí la oportunidad de vencerlo y lo atacaron sin piedad. Lo culparon de ser el causante de la peste y lo llevaron ante los tribunales, donde lo condenaron, a instancias de Cleón y Simias, a pagar al tesoro público quince talentos, lo cual era una fortuna. Naturalmente también lo despojaron del gobierno.

Pericles se fue a su casa con su dolor debajo del brazo. Pero no habría pasado mucho tiempo cuando sus conciudadanos notaron su ausencia. Ni Simias ni Cleón, que lo habían sustituido, tenían su inteligencia de estrategia y hombre de Estado. La asamblea del pueblo volvió a pensar en él y lo desagraviaron por medio de un decreto. Por otro, igualmente, derogaron la ley de los hijos bastardos, para darle ciudadanía y nombre a su hijo con Aspacia, y le rogaron que volviera al gobierno.

El, de quien dice Plutarco que tomaba como su mejor cualidad “el no haber dado nada en tanto poder ni a la envidia ni a la ira, ni haber mirado a ninguno de sus enemigos como irreconciliable”, aceptó y volvió, en medio de la veneración de todos.

Poco tiempo le restaba de vida. Había contraído él también la peste y su agonía fue lenta. Un día los contertulios de su casa que asistían a sus últimas horas, creyeron que ya estaba muerto. Todos entonaron alabanzas a su nombre y recordaban sus virtudes. Pericles que los había oído, les habló: “Me maravilla que digáis cosas de mí tan honrosas sobre hechos en los que ha caído la fortuna, comunes a cualquier general. Pero ninguno de vosotros ha hablado de la mayor y más excelente, que es que por mi causa ningún ateniense ha tenido que ponerse el vestido negro”.

ALCIBIADES



Guerrero ateniense.



ra, según dicen todas las crónicas, hermoso de rostro y de cuerpo. No le faltaba inteligencia ni valor. De noble linaje, su padre Clinias había muerto como un héroe en Artemisio, conduciendo un barco que a su costa él mismo había aparejado al servicio del Atica. Muy joven, pues, quedó sin el calor paterno, aunque heredó su nombre y fortuna. Pero tuvo dos grandes tutores a falta de uno, que habrían envidiado todos los jóvenes: Pericles y su hermano Arifrón.

Por supuesto, era vanidoso y seguro de sí mismo. Nunca supo perder, porque desde que nació, todo se lo dio la fortuna para que triunfara. Empero, siempre fue un bribón. Cuéntase que de joven trabóse en una lucha atlética con otro. Este lo derribó y venció. Pero el noble Alcibiades no se resignó a ver su orgullo y varonía ultrajados. Como pudo le agarró una mano al vencedor y la mordió furiosamente. En esta forma éste cedió. Entonces proclamó que Alcibiades sabía morder como las mujeres. “A fe mía que no, muerdo como los leones”.

Su maestro fue Sócrates. Le enseñó a razonar y hablar. Y lo hacía bien. Pero entrado en la adolescencia, por su belleza juvenil fue perseguido por muchos hom-

bres —eran tiempos de efebos y del “amor ideal”, según los griegos— que le brindaban toda clase de halagos, y le iniciaron en los placeres mundanos, incluso los amores equívocos, que practicó con muchos. Entre ellos estaba Anyto, el cual, años después, sería el acusador de Sócrates.

Alcibíades vestía a lo dandy, con cierta extravagancia, que era imitada por otros jóvenes. También le imitaban el tartamudeo que acusaba desde niño y que decían aumentaba su gracia. Sobra advertir que, a pesar de sus devaneos con hombres, también gustaba de las mujeres, entre las cuales tenía un éxito inigualable. Era cínico y desvergonzado.

Vivía en Atenas un noble y respetable patricio llamado Hipónico. Un día Alcibíades hizo una apuesta con sus amigos de que sería capaz de abofetearlo y que éste, en vez de tomar venganza, le haría un homenaje; y así lo hizo. Después de escarnecer al noble hombre, al otro día llegó a su casa y pasó a la habitación en la que se encontraba el anciano. Se despojó de sus vestiduras y se postró en el suelo, mientras le pasaba una fusta para que castigara su falta. Hipónico no fue capaz de hacerlo. Le pidió que se levantara y le dijo que el arrepentimiento denotaba su nobleza. Alcibíades se vistió, mientras aquél ordenaba le prepararan el banquete. Del festín salió prometido de la hija del noble señor, llamada Hipareta, y con una dote de diez talentos, la que significaba una gran fortuna.

Cuando ésta dio a luz un niño, Alcibíades exigió a Hipónimo que le doblara la dote, pues argumentó que tal había sido el convenio, en el caso de que la descendencia fuera un varón. No tuvo inconveniente en despojar de su casa y hacienda a su suegro.

Como pasara su vida en medio de placeres entre hombres y mujeres a los que prodigaba su liviana virtud, su mujer Hipareta se presentó ante el arconte en demanda de divorcio. Al despacho de éste llegó y la cogió del brazo, ante la mirada estupefacta del magistrado y del pueblo, y la llevó casi arrastras a su casa. Ella, por supuesto, amaba la justicia, pero más amaba a Alcibiades. Y pronto murió para dejarle libre su vida y fortuna.

Si en algo quiere verse el alma de Alcibiades, basta recordar esta anécdota: tenía un hermoso perro. Un día mostrando su gran crueldad, le cortó la cola. Sus amigos todos le reprocharon la villanía y le dijeron que era el comentario en toda la ciudad. “Eso es lo que yo quería, les dijo. Que los atenienses hablen sobre esto, para que no digan de mí cosas peores”.

Como en el Don Juan de Zorrilla, no hubo embuste, ni pelea, ni ofensa pública en que no estuviera metido Alcibiades. Pero su gracia era tanta, que jóvenes y viejos lo dispensaban atribuyendo sus acciones a juegos y muchachadas. Cuando ya disfrutaba de mucho prestigio, ganado en las carreras de caballos en las que había sido gran campeón, o repartiendo dinero entre el populacho, que como nada le había costado ganar, distribuía con cálculo para hacerse adeptos, una vez salía de la junta pública donde había tenido una lucida actuación, rodeado de amigos vistosamente. Pasaba por allí Timón, el misántropo, sobre quien Shakespeare escribió una de sus obras. Timón odiaba a la gente, pues tras una generosidad sin límites, su fortuna, que era grande, se derrumbó; y sus amigos, como suele ocurrir, viéndolo pobre le dieron la espalda. El ganó entonces fama de misántropo. Viendo a

Alcibiades no siguió de largo, sino que se le arrimó y le dijo: “Bravo, muy bien haces ¡oh! joven, en irte engrandeciendo así, porque tu engrandecimiento será la ruina de todos estos”.

Alcibiades se había afiliado al partido demócrata contra la oligarquía, y era un fervoroso defensor de esas ideas. Sus primeras acciones en la guerra no fueron del todo satisfactorias. Sócrates, quien lo amaba tiernamente, lo había salvado de morir en una batalla, defendiéndolo con fiereza. Pero, no obstante eso, el hermoso Alcibiades era osado y valeroso. Le dio entonces por incitar a los jóvenes y al pueblo para emprender una excursión de conquista a Sicilia, para saquear a Siracusa y con el producido del botín, organizar otra para someter a los esparciatas, contra los cuales bramaba su lengua tartamuda. Después de mucho insistir, logró que lo nombraran general de la expedición con Nicias y Lamaco.

Antes de irse, en una grotesca parodia en estado de embriaguez, él y sus amigos mutilaron varias estatuas de Hermes y fingieron la liturgia que se practicaba en la ciudad de Eleusis a la diosa Deméter, de gran devoción para los griegos. El propio Alcibiades, entre risas y chocarrerías, había hecho el papel de Hierofante o sumo sacerdote. Sacrilega farsa que a todos repugnó y llenó de ira, pero descubierta sólo después de haber partido los barcos.

La empresa militar tuvo buen viento. Llegaron a la isla de Salamina. Estando allí Alcibiades, hizo su arribo una nave en la cual viajaban emisarios del areópago, los cuales, con toda la diplomacia le pidieron que regresara y

se sometiera a juicio. Pero Alcibíades dilató el regreso y la flota prosiguió hasta llegar a Mesana, en donde el pérfido dio la voz a los amigos de Siracusa para que impidieran la toma de Sicilia, y sin ninguna dificultad de alma, se fugó al Peloponeso, donde pidió asilo, advirtiendo que había renunciado a su patria y que les haría a los espartanos más favores y servicios que los daños que antes les había causado. Tal es la crónica de Plutarco.

Recibido por los espartanos, cambia el curso de su vida. Usa ya el talar austero de éstos y camina descalzo. Las exóticas y suntuosas indumentarias con las que había impuesto moda entre los jóvenes, se diría que nunca habían existido para él. Come el pan ácido y el caldo negro, como si su paladar jamás hubiera sido asiduo comensal de los banquetes sibaríticos. Pero su simpatía personal se desenvuelve con igual éxito. Es recibido con todas las consideraciones en casa del propio rey de los lacedemonios, llamado Agis, y organiza, con el conocimiento que tiene de todos los secretos militares, una expedición hacia Siracusa para contrarrestar a los áticos.

Escoge como general a Gilipo, sabiendo además, que Nicias, al mando de la expedición ateniense, era un pacifista. Gilipo llega y vence a éstos. Nicias es muerto y sus compañeros todos son prisioneros y encerrados en una cantera, donde también mueren.

Tales servicios son apreciados grandemente por Esparta. Sobre todo por el rey, y más que por él, por su mujer Timea, a quien ha cautivado y seducido.

Los espartanos miran a Alcibíades como un hijo modelo de Licurgo. Todo en él les invitaba a la admira-

ción. Pero no le dieron el mando de tropas, con cierto sentido instintivo. Empero era su gran estratega. A sus instancias los aliados de los atenienses se fueron sumando a la Liga del Peloponeso, incluso los jonios de tanta lealtad en el pasado. Tales defecciones, sin duda alguna, debilitaron enormemente el poderío de sus antiguos compatriotas.

Por su parte Agis, el rey, se paseaba al frente del ejército, mientras Alcibiades ejercía como huésped de su casa con todas las prerrogativas. Hubo por este tiempo un terremoto que impidió que Agis estuviera con su mujer durante diez meses. Pero al regresar, ella, bien cuidada por el ateniense, ostentaba con cierto orgullo los anuncios del de la venida del heredero del trono. El hijo nació, para regocijo de Agis y de Alcibiades. Fue llamado Leotíquides en público, pero en la intimidad la reina lo llamaba Alcibiades. Este, mostrando su desfachatez, decía que “la había seducido no para causar agravio, ni por obtener placer, sino para que uno de sus descendientes reinase sobre los lacedemonios”.

El cornúpedo Agis no se despabilaba, hasta que muchos le dijeron del buen gobierno de su casa que había hecho su invitado. Entonces desheredó a Leotíquides y conservó en silencio un gran rencor al intruso.

Alcibiades había logrado ya inclinar la balanza a favor de los del Peloponeso, y por lo tanto el pueblo lo quería; pero perdido el favor del rey, debió abandonar su casa y se fue a vivir con los jónicos, pertenecientes a la Liga del Peloponeso y a celebrar con éstos los triunfos sobre los atenienses. Huelga advertir que también fue muy

bien recibido. Pero su intuición le indicaba que había caído en desgracia. Y no le faltaba razón, porque Agis y otros del alto mando espartano, organizaron a unos hombres para que, con el silencio de la noche por testigo, lo quitaran del medio para siempre. Los hombres llegaron, pero encontraron su lecho vacío. Ya Alcibíades navegaba en una embarcación del sátrapa del Rey de Reyes persa en Sardes, llamado Tisafernes, hombre por lo demás cruel, astuto, sanguinario y gran guerrero.

No era, evidentemente, fácil presa para las perfidias que ya tramaba Alcibíades. Pero el encanto de éste embrujaba a todos. Y Tisafernes fue embrujado. Le pidió asilo, que le dio pleno el sátrapa, no obstante conocer todos los antecedentes de aquél. Sin estremecimiento alguno, lanzó el pobre traje espartano y su cuerpo volvió a sentir el delicado aroma del bálsamo perfumado y vistió las ricas ropas de oriente, mientras sus barbas y sus cabellos mostraban los artificiosos rizos persas. Vivió en el palacio, y el hermoso jardín, a partir de allí, llevó su nombre... No por mucho tiempo.

Aristófanes, el comediógrafo burlón de la época, refiriéndose a la proclividad de la gente por Alcibíades, no obstante, sus abominables traiciones, dice en unos versos: “A un tiempo le desean y aborrecen/ mas con todo, en tenerle se complacen”.

El sátrapa Tisafernes cayó en la misma debilidad por Alcibíades, que los demás. Y bien pronto, era presa de intrigas dentro del alocado tablero de ajedrez de éste. Lo ilusionó con conquistar para el Rey de Reyes, a la sazón, Darío II, toda Grecia, pero era menester dejar que

atenienses y espartanos pelearan solos, para que se debilitaran, cosa elemental por cierto. Empero, forzoso era ayudar al más débil para que continuara la guerra. Y en este caso los más débiles ya eran los atenienses. Sabía Alcibiades que eran mayores enemigos suyos los del Peloponeso, quienes nunca perdonarían lo que les hizo a su rey Agis. Inclínó entonces la balanza, buscando en un tiempo no muy distante, arreglar los asuntos con su primera patria.

Qué asombrosa capacidad de mimetización. Los atenienses habían llegado a tal grado de desesperación, que no faltó quien atribuyera la causa de sus desdichas a la ligereza con que habían tratado a Alcibiades; condenado a muerte en ausencia, réprobo contumaz, y traidor a la patria. Por lo demás, éste había dejado de ser demócrata liberal, para pasarse a la causa de los notables o la oligarquía. Fáciles cambios todos para quien había hecho, anti-*pándose* a Fouché, de la felonía una profesión.

Entonces, el tribunal supremo ateniense, a instancias de los clamores populares, revocó la antigua sentencia. Todos se disputaban por llevar la iniciativa. Pero el honor correspondió al noble Critias, quien en unas elegías anotó: “Yo el decreto escribí para tu vuelta,/ y en junta le propuse. La obra fue mía./ Mi lengua fue la que le impuso el sello”. Evidentemente buscaban todos ganarse la voluntad de Alcibiades, ante la inminencia del triunfal retorno.

Y Alcibiades regresó. Jamás presencié la historia de la gran ciudad un fastuoso acontecimiento similar. Muchas naves y pequeñas embarcaciones salieron a su encuentro. Los remeros llevaban flautas, y los versos de

Píndaro llenaban el ambiente de la bahía de El Pireo. Impresionado el desterrado, no se sabe si por emoción o por desconcierto, no se atrevía a tocar tierra. Al fin lo hizo, y el desfile del pueblo, hoy empobrecido, era interminable. Sobre su pecho y en las sienes le depositaban coronas y guirnaldas, y en medio de los cantos de los poetas, la gente lloraba de alegría, de nostalgia y patriotismo, frente a aquél hombre que antaño les había impuesto una nueva moda en el vestir, y hogaño, maduro en su florecimiento viril, mostraba su imponente figura como la de Apolo vengador de sus humillaciones y quebrantos.

El desfile se inició hacia Atenas, y no hubo nadie que en las horas del descanso no comentara la emoción inolvidable de haber visto regresar al valiente Alcibíades.

Lo nombraron generalísimo, estratega y almirante. Todo el poder supremo recayó en el noble salvador de la patria, al cual devolvieron sus bienes acrecentados.

Alcibíades –nadie podrá negarlo– era un brujo en el arte de cautivar. Su presencia galvanizaba la mística perdida. Ordenó construir cien galeras, y con su presencia de fiesta, el pueblo todo las construyó.

Pocos días después, abandonó a los oligarcas, a quienes debía su retorno, para volver a la causa de la democracia. Les impuso entonces una reforma tributaria que todos acataron sin chistar. Renacía el poderío naval de Atenas. Y he aquí que el sacrílego Alcibíades se vuelve místico. Ordena celebrar las fiestas religiosas con especial esplendor. Hacen los sacrificios y ofrendas en los misterios de Deméter y los designios de los dioses le son pro-

picios. Ni siquiera éstos se resisten al encanto del general, ni tienen poder para guardarle rencor. La causa de la guerra se torna en una causa religiosa, bajo el hechizo personal del biozarro paladín. El pueblo le venera como a un ser providencial, al que todos sus propósitos habrían de serle posibles. Y se embarca, finalmente, en medio de la esperanza de Atenas. Llega a Andros y se traba el combate naval con los lacedemonios. Los vence, pero no puede tomar la ciudad, porque la pelea con los espartanos no es tan simple, sobre todo si el mando lo tiene Lisandro, el mejor guerrero que tuvieron éstos, después de Pausanias. Para esta época, ya Tisafernes, traicionado por Alcibíades, —como todos los otros— ha puesto al Rey de Reyes a favor de los del Peloponeso, a quienes paga su sueldo de cuatro óbolos. Alcibíades a duras penas alcanza a cancelar, atrasado, tres a su gente. Mientras tanto, en Atenas han vuelto a salir los enemigos de éste, aprovechando, claro esta, sus espaldas. En la Asamblea hacen ver cómo dejo de tomar Andros cuando todo le era posible al generalísimo.

Alcibíades debe salir hacia Caria a buscar dinero para pagar a los soldados y deja encargado del mando a Antíoco, general impulsivo y de poco seso, con la advertencia de que por ningún motivo entrara en batalla. Pero dicho y hecho. Tan pronto como partió Alcibíades, Antíoco se fue con dos naves a desafiar a los espartanos. Lisandro inicialmente no le puso bolas; mas cuando llegó la flota ateniense en auxilio de Antíoco, vio entonces su oportunidad y tacó la carambola. Como consecuencia, quedó muy maltrecha la flota ateniense.

Al regresar Alcibíades se enardeció como era de esperarse con Antíoco y enfurecido con su enemigo

Lisandro, salió en su persecución. Mas ufano con su victoria, Lisandro no le dio combate. Entre tanto, la noticia había volado a Atenas y aumentada. Se decía que Alcibiades, mientras derrotaban sus barcos, se divertía en Samos en el serrallo de los hetairas. Por primera vez era acusado injustamente. Como era de todos conocida su inclinación por la orgía, fácil era a la verba de sus enemigos, encender el encono de sus compatriotas. Y es así como, de amado hasta el delirio, Alcibiades volvió a ser aborrecido a ultranza.

Lo destituyeron vergonzosamente; y además, volvió a ser desterrado.

Días muy amargos se iniciaban. No se sabe si Timón el misántropo había muerto ya o no. Pero su vaticinio, para satisfacción suya, había resultado. El engrandecimiento de Alcibiades iba a convertirse en la perdición de todos.

Alcibiades se refugió cerca del puerto de Egos Potamo, donde pasaba el ocio estéril de su última caída, acompañado de una concubina. ¡Cuántos sueños truncos! Quién más que él podía haber sentido casi simultáneamente la efímera gloria del triunfo con la soledad de la derrota. un día divisó desde una colina a la flota ateniense, un poco en desorden sobre la rada. Como nadie conocía mejor que él al esforzado Lisandro, sabía del grave peligro. Entonces bajó rápidamente a alertar a los generales Tideo, Meandro y Adímando, los cuales lo habían reemplazado y permanecían con toda la tripulación en el puerto. Les habló con elocuencia. Pero éstos no veían ni oían a Alcibiades, sino al proscrito. “Tu ya no gobiernas ni man-

das sino en tu covacha”, le dijeron. Y Alcibíades se retiró apesadumbrado a la colina, desde donde vio llegar la reluciente flota espartana al mando de Lisandro, y barrer como en un juego de bolos, a los barcos atenienses. En Egos Potamo se selló la mayor desgracia que sufrieron los áticos. Tres mil hombres fueron pasados a cuchillo. Lisandro, sin enemigo a la vista, triunfalmente llegó a poco a El Pireo.

Los hombres y las mujeres atenienses lucharon a muerte, sin armas, en un sacrificio heroico. Pero finalmente los espartanos entraron en la ciudad que había sido la capital del mundo. Era el año 404 antes de Cristo.

Las murallas fueron derribadas, con escarnio, mientras el espíritu de Pericles, que las había levantado, era evocado por todos los griegos. Alcibíades, entre tanto, escribió al Rey de Reyes, ya para entonces Artajerjes, ofreciéndole sus servicios y solicitándole asilo. Sus servicios, le dijo, serían más valiosos que los de Temístocles -quien también se había entregado al enemigo persa, como lo hiciera después Napoleón siguiendo su ejemplo, a los ingleses- en el pasado.

¿Pensaba Alcibíades ganar al rey para la causa ateniense? Es posible. Empezó viaje por Frigia hasta donde el soberano persa, y se hizo acompañar de Fernabazo, general del rey.

Mientras tanto, Lisandro había impuesto en Atenas el gobierno oligárquico de treinta tiranos. Las aliadas del Peloponeso, Tebas y Corinto, pidieron que se arrasase la ciudad y se esclavizase a sus gentes. Pero los espartanos

se opusieron, un gesto de magnificencia, recordando los grandes servicios que ésta había prestado cuando Grecia toda había estado en peligro.

Empero, en adelante su flota no podría ser de más de once unidades, y los enemigos y amigos de Lacedemonia lo serían de Atenas. Qué triste realidad de los nuevos tiempos.

Los atenienses, vaya una ironía, soportaron con templanza la humillación, depositando la última fe no en sus dioses tutelares, sino en Alcibíades. Mientras él estuviera vivo, la patria tendría confianza en su nobleza y valor invencible; arrepentidos como estaban de haberlo hecho objeto de ludibrio y persecución. Fue entonces cuando Cristias, uno de los treinta del gobierno oligárquico, habló a Lisandro. Mientras viva Alcibíades, no es posible mantener la fidelidad de Atenas a Esparta. Frente al Concejo, Agis, el rey espartano, hizo llegar la orden a Lisandro, y éste la transmitió, con buena recompensa anticipada, a Fernabazo, el compañero de viajes de Alcibíades; y cuando éste se hallaba en una casa de vulgar aspecto, durmiendo con su concubina Timandra, Fernabazo reunió una cuadrilla y, temerosos todos del coraje de su presa, incendiaron la casa y se colocaron a distancia prudente, de tal manera que ninguno quedara a su alcance. Alcibíades salió espada en mano, como un héroe homérico, a enfrentar valientemente el ataque. Pero desde las sombras le llovieron flechas y jabalinas que traspasaron su cuerpo.

Los cobardes huyeron temerosos aún de su cadáver, sobre el cual lloraba desconsoladamente Timandra.

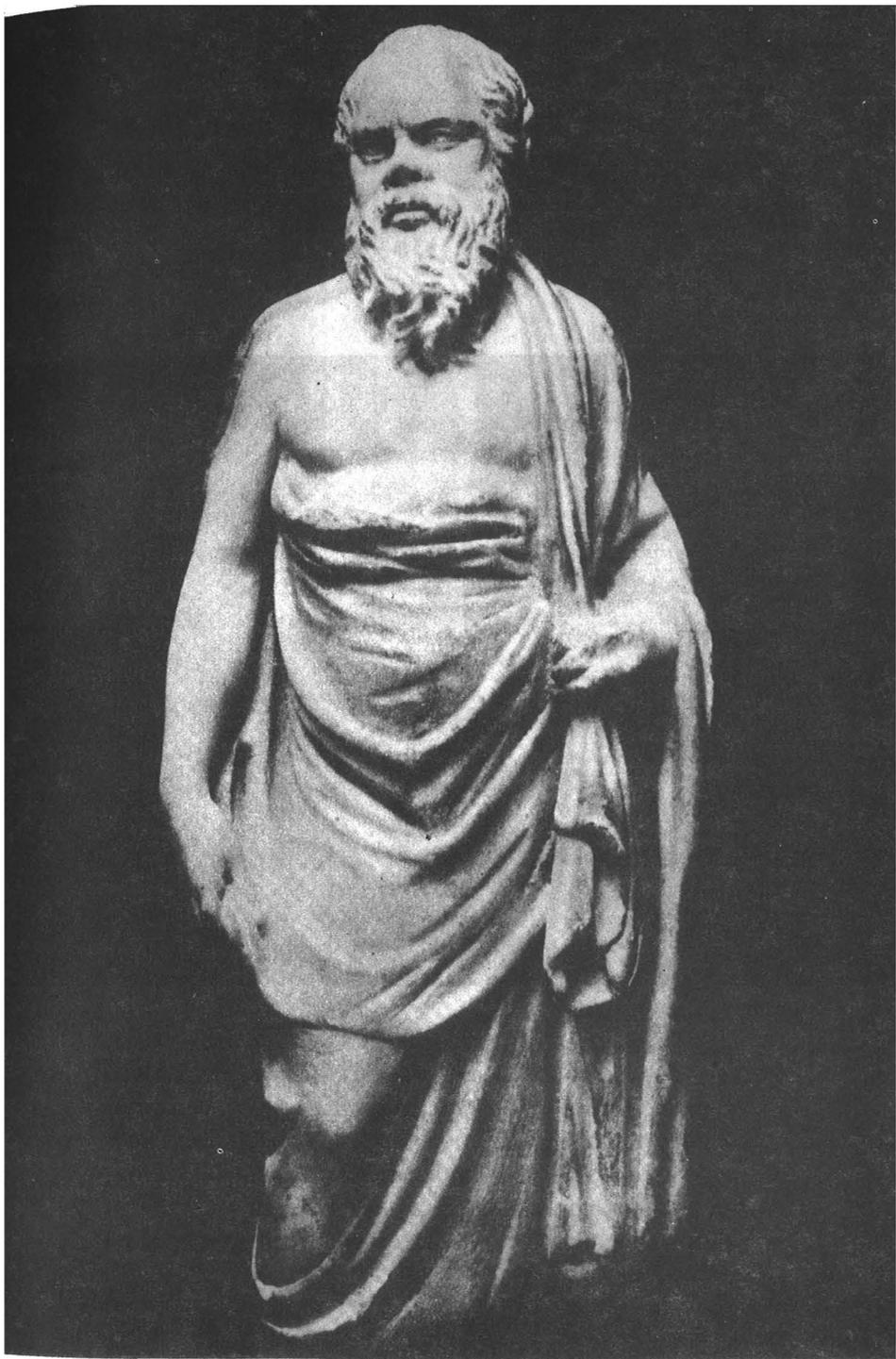
ARMANDO BARONA MESA

También lloraban los atenienses sobre esa memoria que tanto suscitaba sus odios y esperanzas.



El Teatro de Dionisos

SOCRATES



Sócrates.



La muerte de Sócrates al momento de beber la cicuta.



Las gentes de la ciudad se habían acostumbrado, desde los años de la niñez, a ver siempre a un hombre de apariencia vulgar, de nariz chata, abultado vientre y piernas flacas y arqueadas, que deambulaba unas veces solo, otras acompañado de jóvenes, con los ojos muy abiertos e inquisitivo en todo, pero en la mayoría de las veces, absorto o ensimismado.

Se paseaba por el pórtico denominado de los Canes, más conocido como de los Cínicos –palabra que en griego significa lo mismo–, en donde ordinariamente permanecían hombres dedicados al pensamiento filosófico. Con ellos entraba en conversaciones nimias, de las que poco a poco iba extrayendo hondas deducciones. Su traje era descuidado y denotaba los años de uso, o mejor, la ninguna importancia que su dueño le atribuía.

Era hijo de un albañil y él mismo, en sus mocedades, había ejercido tal oficio. No salía de Atenas nunca, salvo cuando, al lado de Alcibiades había empuñado las armas de soldado para defender a la patria. A pesar de su proverbial pobreza y de que nunca aspiró a cargo público, ni a honor y menos a riquezas, todos le conocían y miraban con respeto. Su mente se había dedicado a escudriñar

las cosas más sencillas y de todas ellas había sacado notables enseñanzas. Su nombre era Sócrates y había nacido en el año 469 antes de Cristo.

Vivía con gran austeridad. Casado con una mujer sin importancia llamada Jantipa, tuvo con ella varios hijos, y ésta administraba una pequeña parcela de la que extraía el sustento para los suyos. Sócrates a duras penas alimentaba su cuerpo. Cuando alguien le dijo una vez: “Llevas una vida como ningún esclavo la soportaría”, pues nunca se conformaría él con un alimento tan parco y con tan poca bebida y vestidos tan pobres, éste contestó: “¿Acaso te son más sabrosos tus platos succulentos que a mí el alimento que tomo? No pienses que la felicidad reside en el modo de vida, lleno de superfluidades. Al contrario, yo pienso que se vive como los dioses cuando no se tienen necesidades. Quien menos necesidad tiene, más se acerca a la divinidad”.

Platón, su discípulo, en el libro sobre los “Diálogos Socráticos” cuenta en el “Banquete”, que Agathón, joven noble y rico ateniense había invitado a Sócrates a un gran convite. Este, cambiando su manera habitual, se puso un vestido nuevo y sandalias, que ordinario no usaba, pero cuando llegó a la casa de aquél, siguió de largo y se paró junto a los soportales de una casa vecina, donde se estuvo mucho rato parado solo, no obstante que Agathón mandó a buscarlo. Se hallaba ensimismado. Cuando al fin entró, en la mitad de la fiesta, el anfitrión le pidió que se hiciera a su diestra, para estar cerca de su sabiduría. Sócrates contestó: “Bueno fuera, por cierto Agathón, que al ponernos en contacto unos con otros, cual agua que por hilo pasa de copa más llena a copa menos llena, así fluye-

ra la sabiduría entre nosotros y pasara del más lleno al más vacío...”

De estas aparentes palabras llenas de pedantería, surgieron otras: “Si tal fuera, estimara en mucho hallarme reclinado ante ti, pues estuviera cierto de llenarme a rebosar de grande y bella sabiduría, que la mía vana es y dudosa”.

Era realmente la personificación de la humildad. Por eso, después de haber acumulado cuanta sabiduría existía, exclamaba: “Yo sólo sé que nada sé”.

Sócrates, antes que todo, era un pensador y un maestro. Tenía por norma filosófica la frase escrita en el frontispicio del templo de Delfos: “Conócete a ti mismo”. Creía que los hombres debían buscar, como una forma de perfeccionamiento, la verdad y la justicia. Ello constituía toda felicidad. Dentro de cada cual existe una voz interior que indica el bien y reprocha el mal. Esa conciencia se llama “daymon”, afirmaba.

Como maestro buscaba a los jóvenes y con ellos hacía largas pláticas, a través de las cuales los llevaba a razonar. Su gran fortaleza estaba en que sabía pensar y eso lo enseñaba pensando. La verdad tiene una virtud incontestable. Carl Grimberg, en su *Historia Universal*, reproduce un diálogo entre el sabio Hipias, un sofista muy connotado, y Sócrates. Aquél había sostenido en una conferencia muy celebrada que Aquiles y Ulises eran dos polos opuestos: el primero era sincero, leal y espontáneo; el segundo falso, mentiroso y astuto. Como le preguntan a Sócrates, que estaba oyendo, qué opinaba de la conferen-

cia, éste, con humildad, dijo no haber entendido y preguntó a Hippias si Aquiles también podía mentir.

Hippias contestó que Aquiles mentía sin querer y Ulises mentía con conocimiento de causa. Entonces Sócrates opinó que para cometer el mal era necesario obrar con cierta inteligencia y comprensión. El sofista lo admitió. Sócrates prosiguió: aquél que comete una acción mala es peor que quien obra mal sin querer. Hippias debe aceptar, cosa que agradece Sócrates. Entonces ruega a aquél que tenga más paciencia con él, para ver si logra entender su conferencia. Hippias le da licencia para seguir preguntando. Sócrates pone de ejemplo a dos atletas que corren con lentitud; pero uno lo hace porque no quiere correr rápidamente y el otro porque no puede. ¿Quién de los dos es mejor corredor? Hippias se ve obligado a responder que el mejor corredor es quien puede correr de prisa, si quiere. Igual cosa ocurriría, replica Sócrates, en el caso de que los dos hombres, uno versado en ciencias y artes y otro que no lo es, cometieran los mismos errores sobre esas materias. Sí, admite el sabio Hippias. Sócrates entonces va más allá; quien posee mayor comprensión o tiene mayores facultades es mejor que otro que no las tiene. Hippias vuelve a aceptar. Y cuando el iniciado comete un error también es mejor que otro que comete errores involuntarios. Entonces, dijo Sócrates, la justicia es una facultad. Ahora bien, lo que es válido para la facultad de comprender la música o ejercitar las ciencias, debe ser válido para la justicia: El que con conocimiento de causa obra injustamente, es pues, mejor que quien obra injustamente sin proponérselo. Hippias ve triunfar el sarcasmo, pues Sócrates le ha llevado a admitir lo contrario de lo que había sostenido un momento antes. Como Hippias se negara a aceptar la

conclusión, Sócrates apunta; “Yo también lo admito, Hippias, y sin embargo nuestro examen nos ha conducido ahí sin género de dudas. Como ves, mis pensamientos vagan de acá para allá sin llegar a ningún resultado. No es de extrañar que yo y otros profanos en la materia nos equivocamos; pero vosotros, los sabios, os equivocáis también. He ahí una desgracia tanto para nosotros como para vosotros, pues aunque seamos conducidos por vosotros, no somos guiados por el verdadero camino”.

El más grande de los sofistas, sin duda alguna, fue Protágoras, maestro de juventud, quien cobraba mil dracmas por enseñarle a un joven. Su sentencia muy conocida decía: “El hombre es la medida de todas las cosas”. “¡Qué barbaridad!... –decía Sócrates– Que un hombre que defiende tal teoría pretenda enseñar a los demás y encima se atreva a cobrar dinero. Si su teoría implica que las ideas de cada uno de sus alumnos son tan sabias como las suyas, los discípulos son tan sabios como su mismo maestro”.

Nada dejó escrito Sócrates. Sólo Platón y Jenofonte trataron de reconstruir sus diálogos, los cuales, como se ha observado, eran sutiles y agudos. Se ha dicho de él que amaba a los mancebos, y era cierto; pero no obstante que de la época, como en la Roma antigua, era común la pederastia, el “amor socrático” y el “amor platónico”, bien podían ser una abstracción casi metafísica, donde se magnificara el sentimiento de amistad rayando en el amor sin sexo.

En el mismo diálogo del “Banquete” de Platón, puede leerse lo siguiente entre Alcibiades y Sócrates: “–

Sócrates, ¿duermes? // –No, por cierto // –¿Sabes lo que me está pareciendo? // –¿Qué es ello exactamente? responde Sócrates. –Me parece, continuó Alcibiades, que tú eres el único amante digno de mí y estoy viendo que te resistes a declarármelo. Por lo que a mí hace, juzgaría insensato no darte graciosamente esto y cualquier otra cosa mía o de mis amigos, que te hiciera falta, porque para mí no hay nada más antiguo y venerable que mejorarme y hacerme óptimo, y para este fin no me parece haber colaborador más amaestrado que tú. Pues bien, no haberme dado graciosa y enteramente a tal varón me avergonzaría ante los sensatos muchísimo más de lo que me avergonzara ante los insensatos, que son los más, por haberlo hecho”.

Parece, según tal testimonio, que no hubiere dudas sobre la inclinación homosexual del maestro. Empero, no era su pluma la que discurría, sino la de Platón, que bien pudo escribir las cosas a su propio talante. Además, la entrega total a que se refiere Alcibiades puede tratarse de una entrega de su inteligencia ávida de sabiduría ante las enseñanzas del maestro. Cuenta Diógenes Laercio que cuando Sócrates oyó leer a Platón “Lysis”, exclamó: “¡Oh Hércules!, cuántas mentiras dice este joven de mí”.

La virtud y el talento crean fieros enemigos. Era proverbial que Sócrates poseía ambas cualidades y ello desató en su contra una guerra de acusaciones, indirectas inicialmente. El chisme, el cuchicheo y el susurro iban de la mano de la perversidad. Se habló entonces que era un descreído de los dioses y que estaba inventado otro: el daymon. Sócrates pasaba por esto sin inmutarse. No había nadie que pudiera hacerle una imprecación pública, tam-

poco nadie sería capaz de enfrentarle de viva voz una acusación. Todos habían visto su modo de vivir lleno de austeridad, sin ambiciones. Amaba a los jóvenes, es verdad, pero los amaba por su pureza. Los vicios resaltaban en los demás, al lado de la existencia moderada y justa del maestro.

En Atenas cualquier ciudadano tenía derecho constitucionalmente a elevar una acusación a otro. Entonces unos tales Anyto y Lycon comparecieron ante el tribunal de los arcontes y elevaron varias acusaciones contra Sócrates. Estos comisionaron para que actuara como fiscal a otro tal Méleto, quien debería concretar la sindicación y así lo hizo el día en que, en la Acrópolis, se celebraría el juicio delante de todos los atenienses, los cuales se movieron en masa por la curiosidad de ver enfrentadas la iniquidad y la virtud. Eran los jueces.

Sócrates compareció con la misma calma e indumentaria con que todos lo habían visto pasar por años y años frente al pórtico de los cínicos y por todos los lugares de la ciudad, siempre enseñando ideas de justicia y averiguando la verdad de las cosas, no su simple apariencia. Para él la pobreza por sí misma no era una virtud. Sencillamente no se preocupaba de bienes materiales, porque su meta eran los bienes del espíritu.

Los cínicos, el más célebre de los cuales lo fue Diógenes el Can, habían llegado a toda clase de exageración en la pobreza. Vivía en su tonel y portaba harapos por vestimenta. Su maestro, iniciador de la escuela, lo fue Antístenes, del mismo porte desarrapado. Alguna vez Sócrates lo ridiculizó delante de todos. “¡Oh Antístenes!, veo salir tu vanidad por los agujeros de tu manto”.

Inició Méleto su acusación, mientras Sócrates observaba indiferente, casi con desprecio por él y por el Tribunal. Sus cargos básicos fueron dos, según puede leerse en la “Apología de Sócrates” escrita por Platón: “Sócrates –dice el primero– es culpable; se entremete en porfiadas inquisiciones acerca de las cosas subterráneas y supracelestiales; endereza las malas razones que le resultan excelentes y enseña a otros a hacer lo mismo”.

“Sócrates –dice el segundo– es culpable de pervertir a los jóvenes; de no reconocer a los dioses reconocidos por la ciudad, sino a otros demonios nuevos”.

Evidentemente no hay ninguna fuerza acusatoria, ni crímenes, que no sean un fanatismo irracional. Lo de la corrupción de los jóvenes no se refería a pederastia, que es un cargo moderno, sino a una desviación en el sentido de hacerlos partícipes de su descreimiento y sus porfiadas inquisiciones. Más o menos el juicio de Galileo. Sólo que Sócrates no se retractó de nada.

La defensa fue un alegato de rotunda argumentación dialéctica. Inicia su discurso refiriéndose a los autores de calumnias cebadas contra él: “Muchos han sido mis acusadores ante vosotros –se refiere al pueblo de Atenas– y desde mucho tiempo atrás y siempre en falso. A esto temo yo mucho más que a los que rodean a Anyto, y eso que son también temibles; pero los primeros lo son mucho más pues os tomaron cuando érais pequeños casi vosotros y os persuadieron, acusándome de mil cosas, todas falsas: Que hay un Sócrates, varón, sabio, astrólogo sospechoso, rebuscador zahorí de cuanto oculta la tierra, bien enderezador de malas razones”. Y, agrega luego: “Y lo

más desconcertante de todo es que ni siquiera se puede averiguar quiénes son los tales acusadores y llamarlos con sus nombres... no hay modo de hacer subir a este Juzgado a ninguno de ellos ni de refutarlos, sino que es preciso defenderse sin técnica alguna, cual el que lucha con sombras, y argüir sin que nadie responda”. Termina esta parte diciendo: “De manera que mucho me sorprendería si fuese capaz de expulsar de vosotros en tan poco tiempo, tan crecida calumnia”.

Cierto es que había un prejuicio marcado sobre él, que a él, por lo demás nada importaba. El mismo pueblo ateniense, culto y amante de la virtud, no había podido tolerar a Aristides, porque le llamaban El Justo. Ahora repetía la historia con el filósofo, pero esta vez en un juicio a muerte.

Sócrates fue interpellando a Méleto, utilizando una fina ironía. Méleto respondía con palabras simples lo que le parecía lógico. Rodeaba en sus preguntas al acusador de melifluas palabras: “¡Oh admirable Méleto! ¡Oh bueno de Méleto!, ¡Oh sabio Méleto! y en esta forma lo fue llevando, en una estudiada cadena lógica al punto en el cual resplandecía su verdad.

En una de sus respuestas, Méleto dijo: “Esto es precisamente lo que digo: que no crees de ninguna manera en dioses”. Sócrates dijo entonces: “¡Oh admirable Méleto! ¿Por qué dices esto? ¿Es que ni siquiera creo, como los demás hombres, que sean dioses el Sol y la Luna?”. Méleto sin tardanza respondió: “¡Por Zeus! Varones, jueces, que dice ser el Sol piedra y la Luna tierra”. Entonces Sócrates contestó: “Piensa que estás acusando a

Anaxágoras, amigo Méleto; y ¿tan en poco tienes a los presentes, y por tan analfabetos que no sepan que los libros de Anaxágoras, el de Claxomene, están llenos de semejantes razones? Y además, si los jóvenes aprendiesen de mí tales cosas, que cualquiera tiene ocasiones frecuentes de aprender comprándolas, piensa que se rieran de Sócrates si pretendiese hacerlas pasar como mías”.

Imaginando el razonamiento de Méleto, dice: “¿Caerá en cuenta Sócrates el sabio que estoy bromeando y contradiciéndome, o bien lo engañaré a él y a los demás oyentes?, porque me parece –continúa Sócrates– que está ahora diciendo Méleto lo contrario a lo que él mismo dijo en la acusación escrita, cual si dejara: “Sócrates es culpable de no creer en dioses pero cree en dioses. A esto se le llama bromear”.

Avanzando en su discurso dijo: “Pues bien, varones atenienses; que yo no delinco a tenor de lo escrito en la acusación de Méleto, me parece no necesitar de más larga defensa, que la hecha es ya suficiente. Pero lo que dije antes, “que me he malquistado con muchos” y hay que saber que, esto es, por cierto, verdad”.

“Y esto será lo que me pierda, si es que me pierdo, no Méleto ni Anyto: la calumnia y la envidia de los más, que a muchos otros varones buenos perdió ya y pienso que perderá. Así que no tiene nada de particularmente terrible el que se detengan en mí”.

A continuación arremetió, con fino desdén contra todos los atenienses que juzgarían por votación popular, sin importarle el resultado que daba por descontado:

“Por último os diría: varones atenienses: os creéis a Anyto o a mí; y tanto que me absolváis como no me absolváis, no he de hacer otra cosa, ni aunque me exponga miles de veces a morir”.

Después redondeó: “Sabed, pues, bien sabido que si me matáis, siendo quien soy y como yo digo lo soy, no es a mí a quien hacéis mayor daño, sino a vosotros mismos. Que a mí en nada me dañarían ni Méleto ni Anyto, porque no pueden; que no tengo por posible; según la inmutable justicia, que el varón peor, dañó al mejor. Podrá tal vez asesinarlo, desterrarlo, infamarlo; cosas que tal vez este Anyto y aún alguien más tenga por grandes males, más que yo tengo por tales, que muchas peores cosas son las que está haciendo Anyto, proponiéndose injustamente matar a un varón justo”.

Al final dijo: “Pero es tiempo ya de marchar: que yo tengo que morir y vosotros tenéis que vivir. Más quién de nosotros vaya a lo mejor, cosa es para todos, menos para el dios, desconocida”.

La votación fue reñida. Lo condenaron por escaso margen. El tenía derecho a hablar una vez más, incluso a pedir clemencia y le habría sido impuesta una pena de destierro. No lo hizo. Al contrario, habló en términos aparentemente de jactancia. Sabía que no era justo el veredicto y solicitar perdón habría sido reconocer su culpabilidad. La segunda votación, a muerte, tuvo más votos que la primera. En nada alteró Sócrates su semblante ni rectitud. No sólo esperaba la condenación, sino que su mentalidad lo hacía ver la muerte como la máxima aspiración del filósofo. Era el “Luz, más luz” de Goethe.

Su ejecución por la cicuta demoró un largo tiempo, siguiendo una tradición ateniense desde la época de Teseo. Cuando éste partió para Creta con 14 valientes, hizo el juramento de que si regresaba, cada año mandaría un navío a Delos, cosa que así ocurrió por siglos. En el tiempo que durara la travesía y el regreso de la embarcación, en acción de gracias, no sería ejecutado ninguno en Atenas. Cuando Sócrates fue condenado, el navío hacía dos días que había partido. Así, pues, éste debió soportar prisión por varios meses.

En ese tiempo sus discípulos iban diariamente a visitarlo y salían no solamente impresionados por la entereza moral del maestro, sino convencidos de que la muerte era una liberación.

Cuando el barco regresó de Delos, dos días después llegó a la cárcel el esclavo portando la cicuta. Eran unas yerbas que el verdugo molía en la misma celda y luego mezclaba con agua y daba a beber.

Sócrates, con gran aplomo, le preguntó cómo hacía mejor efecto. El esclavo le contestó que al tomarla debería caminar hasta que sintiera pesados los pies. En ese momento debería acostarse, e iría sintiendo fríos todos los miembros, hasta que el mismo frío, portador de la muerte, llegara al corazón. Sócrates la tomó serenamente e hizo lo que su verdugo le había recomendado, mientras sus discípulos lloraban y él los reprimía por eso, luego se quedó quieto, con los ojos abiertos, por primera vez hacia la eternidad.

Antes de morir, mientras analizaba la atracción de los contrarios, dijo: “Me parece que si Esopo hubiese caído en la cuenta de esto, habría podido componer una fábula en que dijese que peleando una vez el placer y el dolor, el dios, no pudiendo reconciliarlos de otro modo, ató sus extremidades a una misma cadena y por esta razón, cuando uno de los dos nos viene, luego el otro se presenta, como me parece experimentar a mi mismo en este instante; después que los grillos hacían sufrir mi pierna, ahora al sufrimiento ha sucedido el placer”.

EL GENERAL EPAMINONDAS



Escultura que adorna la tumba del guerrero caído en Esparta.



tenas, después de las guerras de Peloponeso, no volvería a ser una potencia mundial de primer orden. Sólo volvería a tener murallas, bajo la protección del Rey de Reyes persa y la dirección de un gran capitán: Conón. Sus reservas de hombres providenciales no se habían agotado.

Lisandro, igual que Pausanias, había sufrido el vértigo de la gloria. Desató una ola de tiranía sobre todo el mundo griego. En Atenas, con los treinta tiranos, y en las demás ciudades-estados, con las que llamaron decarquías o gobierno de diez tiranos pro-espartanos. Fuera de las exacciones a que sometió a todo el archipiélago, que le granjearon odios generales, Lisandro había cambiado sus costumbres austeras y había intentado corromper las de sus compatriotas.

Cuando Esparta, consolidado su dominio sobre Grecia entendió que su batalla próxima era contra los persas, el Rey de Reyes Artajerjes II repartió inmensas riquezas entre Tebas, Corinto y Atenas, a fin de que se armaran y sacaran “la castaña con mano ajena”, brillante estrategia ideada antes por Alcibíades. Y así fue. Inicialmente fueron los tebanos los que le hicieron frente.

Siete jóvenes patricios, al mando de Pelópidas, se disfrazaron de mujeres y penetraron a una fiesta donde estaban los más connotados miembros de la tiranía. Cuando la embriaguez regaba su lascivia entre los anfitriones, las bellas “mujeres”, pródigas en caricias, también lo fueron con el puñal y les dieron muerte. Ese mismo día el pueblo se sublevó y arrojó a los espartanos. A los “colaboracionistas” les dieron muerte.

Esto ocurría en el 379. Cuando los espartanos, ciegos de la ira mandaron su flota en una expedición de reconquista al mando de Lisandro, éste murió en la contienda –salvó así su gloria– y se inició el florecimiento de Tebas, que breve fue como la vida de un hombre llamado Epaminondas.

Un año después, se estaría formando, bien financiada por los persas, la segunda Liga Atica, entre Atenas, Corinto y otras ciudades, que reemplazaría la Liga de Delos de un siglo atrás, cuando se iniciaron las guerras del Peloponeso.

Conón armó una flota al estilo de la mejor tradición naval de los atenienses; y dio muestras de estrategia y esforzado jefe militar. Reverdecía laureles y esperanzas. La plenitud de su gloria se registró, cuando en una acción de gran intrepidez, derrotó a la totalidad de la flota lacónica en el mismo sitio cuyo nombre había sido sinónimo de grandes desgracias por sus compatriotas: Egos Potamo, donde había ganado Lisandro y donde habían perdido la independencia y el honor de los atenienses.

Allí vencía Conón y de allí había partido en medio de gran jubileo, hacia su patria, donde fue aclamado como antaño lo fueran Temístocles y Pericles, Cimón y Pisistrato. Así pues, en medio de tanta fiesta, se inició la reconstrucción de las murallas. Pero la independencia era una simple apariencia. Estaban sometidos a los persas.

Y éstos, ya lo habían aprendido de Alcibíades, no jugaban a una sola carta. También estaban jugando con los espartanos, ante el temor de que volviera a levantarse el poderío de la Liga. Entonces firmaron una paz con los lacedemonios y confiaron a éstos el derecho de vigilar el cumplimiento de las cláusulas del tratado que, por lo demás, devolvía su independencia a cada uno de los estados griegos. Eran una paz y una independencia vigilados por los espartanos. La “Paz del Rey”, sinónimo de ultraje y humillación, de predominio e imposición.

Quedaba reducido Conón a la impotencia y los atenienses atrapados en una férrea telaraña, donde los días evocarían con nostalgia y desesperación las viejas glorias, sus antiguos generales y estadistas. Sólo que, entretanto vivían Platón y Aristóteles y Sófocles y Aristófanes y Tales y Diógenes, quien a la sazón, había abandonado su tonel para irse caminando con una lámpara en la mano buscando por todos los caminos la verdad. Era un florecimiento metafísico. Pero los persas y los espartanos no lo eran, es decir, su presencia era física y amenazante.

Tal coyuntura histórica favoreció a los tebanos. Cuando los “Siete contra Tebas” hicieron su aparición al mando de Pelópidas, esta brigada se mantuvo y se denominó la “Falange sagrada”. De ella tomaron modelo otras,

y, finalmente, todas las fuerzas tebanas quedaron compuestas de falanges. Allí estaba llamado por todas las coordenadas históricas, uno de los más grandes conductores y estrategias de la historia del mundo, llamado simplemente Epaminondas.

Formó la flota, armó un ejército nunca visto en tales tierras, y a pesar de su alianza con Atenas, recorría el velo de sus ambiciones, punto neurálgico para los griegos. Los recelos entre sí permitieron durante siglos, en los cuales, como en un baile de abalorios, los persas dominarían, cambiando de pareja cada que sonaba una nueva melodía.

Entonces los atenienses —¿no era insólito?— se aliaron con los espartanos contra Epaminondas. Y esto ocurría en el año 371. Iba a tener lugar la batalla más importante en cuanto a estrategia militar en veinte siglos: la batalla de Leuctra, en Beocia. Los espartanos invadieron con un ejército cinco veces mayor. Cuando éste hizo la formación en el campo de Leuctra, Epaminondas que estaba perdido con todos sus tebanos, a pesar del valor de Pelópidas, mandó a formar todas sus falanges en dos cuerpos. El primero era simplemente defensivo. El segundo, al fondo, era de ataque y tenía una profundidad de cincuenta hombres. Cuando el gran ejército lacónico cargó, la primera falange los contuvo. Fue entonces cuando la gran genialidad del tebanos brilló. La falange ofensiva contra-atacó en una formación oblicua a todo el grueso del ejército del enemigo.

En este punto estaba lo brillante de su táctica. El enemigo se desconcertó, al romperse su formación por los

tebanos. Cuando trataron de buscar una retirada, la primera falange hizo un movimiento envolvente que dejó a los espartanos sin salida. La victoria fue nítida, rutilante. Estos pidieron un armisticio y se comprometieron a reconocer la hegemonía tebana. Bien pronto Epaminondas invadiría Laconia y la arrasaría, libertando a los ilotas (esclavos espartanos). Con éstos fundaría un estado modelo, al cual se agregarían los mesenios que llegaron de Italia, en pleno centro del Peloponeso, el que sería conocido por la posteridad como paradigma de vida sencilla, feliz, bucólica, pacifista, pues no tenía ejército y gozaría de la protección de su inspirador.

Se trata de la Arcadia, cuya vida también duraría lo que la vida del gran Epaminondas.

Atenas reforzó las fuerzas menguadas de los espartanos; y en la ciudad de Mantenea, nueve años después de Leuctra, se dio el combate. Atacó la caballería ateniense. Los tebanos daban la sensación de rehuir la pelea. Entonces cargaron los espartanos. Epaminondas, en número menor, continuaba su táctica de demostrar temor. Fue cuando los enemigos se confiaron en una victoria fácil, para la que no necesitaban tanta gente. Muchos pues hasta se despojaron de sus defensas, y luego llegaron oportunamente las órdenes del general tebano. El ataque oblicuo en medio de la mayor sorpresa.

Los aliados espartanos y atenienses lucharon fieramente, mas sin organización. Empezaron sin remisión la retirada; pero allí estaba Epaminondas, hermoso como un dios vindicativo, persiguiéndolos. Muchas bajas hubo en las filas aliadas. Muchas más que en las de

los vencedores tebanos. Pero éstos tuvieron una más grande que todas juntas: el general había caído gravemente herido con una lanza incrustada en el pecho. Los médicos le dijeron que si sacaban las astillas la hemorragia lo mataría. Si no la sacaban, también moriría. Epaminondas dijo que dejaran el mando a sus dos generales inmediatos. “Han muerto”, le contestaron. “Entonces, pactad la paz”, ordenó, porque alguien recordó que el jefe no dejaba descendencia para establecer una dinastía. “Es cierto”, dijo serenamente. “No dejo hijos varones pero os dejo dos hijas inmortales: las victorias de Leuctra y Mantinea”.

Luego ordenó le extrajeran la lanza. Así lo hicieron, y mientras la sangre brotaba como manantial, se iba disipando la historia del pueblo tebano. Mas la estrategia militar de aquél subsistiría hasta el siglo dieciocho. Su inteligencia y valor, todavía viven.

ALEJANDRO EL GRANDE



Alejandro Magno.



Batalla de Issos entre Alejandro y Darío.



Las guerras del Peloponeso decretaron el eclipse de toda preponderancia como potencia de los griegos. Ya se ha anotado cómo los persas se aprovecharían de los odios y recelos que surgieron entre los pueblos hermanos, para manejarlos como marionetas, en un juego de intrigas, de sobornos, de traiciones, en el que todos se unirían para evitar que otro surgiera, y en esa forma nadie tenía el derecho a convertirse en potencia. Producto de toda esta parafernalia de los persas, ideada originalmente –ya se ha dicho también– por el genio maléfico de Alcibiades, puede decirse que se contuvo el expansionismo griego; pero los largos años de lucha fratricida condujeron a la fragua de varias generaciones de guerreros. Como lo analiza Arnold J. Toynbee, “El éxito de los persas en esta estrategia no les aprovechó largo tiempo, pues uno de los resultados de la guerra fratricida de la Hélade fue convertir a los helenos en expertos en el arte de la guerra”. Sí, realmente se estaba fraguando un hombre superior, arquetipo de toda su época: Alejandro el macedonio.

El hijo de Filipo y de Olimpia, extraña y bella samotracia, de la cual se enamoró el príncipe Filipo, casi niños ambos.

El nacimiento de Alejandro fue precedido de una serie de leyendas que le atribuían origen divino. Olimpia, iniciada en las fiestas de Baco, llevaba en tales oportunidades grandes serpientes que dejaba enrollar en su cuerpo. Como el Oráculo de Delfos recomendara a Filipo que hiciera ofrendas al dios del sol Amón, cuéntase que el rey macedonio se quedó tuerto, porque habiendo aplicado el ojo en la cerradura de la puerta de la alcoba donde yacía su mujer, vio al dios, en forma de dragón, cómo se enredaba como las serpientes en el cuerpo de la lasciva Olimpia, y los rayos que despedía le cegaron.

El día en que nació, se incendió el templo de Diana; y Hegesías el Magnesio, explicó que el incendio se había debido a que la diosa lo había descuidado para irse a presenciar el parto de Alejandro.

Cuando nació, pues, toda Grecia supo que estaba predestinado para enormes hazañas. Su padre, Filipo, fue un rey muy grande. Magnífico guerrero, hábil político y estratega, bajo sus instancias se organizó una gran paz, en el 338, que dio por terminadas las guerras del Peloponeso. Penetró varias veces en el recinto continental del Asia Menor y enseñó a los persas el temple del acero griego. Trató de poner orden en Atenas, pero contra él se encendió el verbo de Demóstenes. Este, en una de sus famosas “filípicas” decía: “Es deber vuestro, atenienses, detener a los salteadores, arrebatarles su botín y ayudar a los pueblos a recobrar su libertad perdida... Pues cuando más se extiende el reino de Filipo, tanto más peligroso se hace para nosotros. La situación es grave, cumplamos con nuestro deber y actuemos, pues aquello que los hombres libres consideran un peligro, pesa ya sobre nuestros hombres.

¿Queréis que además venga lo que los esclavos llaman peligro, es decir, la servidumbre y la opresión”?.

Demóstenes organizó una de las muchas alianzas, como las que se habían hecho en el pasado, entre los tebanos, los atenienses, los corintios y los persas, es decir, el oro de los persas; y toda la actuación, era natural, se enderezaba contra Filipo.

Lograron derrotarlo en el mar. Pero Filipo sabía esperar. La batalla decisiva iba a tener lugar en Deocia. Y en ella el príncipe Alejandro, de 18 años, tendría un papel estelar. Exactamente en Queronea, año de 338, antes de Cristo. Filipo dividió su ejército en dos alas, una bajo su mando, la otra, la famosa “falange macedónica”, bajo el mando de su hijo. La primera se enfrentó a los atenienses; la segunda a los tebanos, y aquí Alejandro, ávido y precoz lector de las estrategias militares, utilizó precisamente la que hizo grandes a aquellos, a los tebanos, que fue el “ataque oblicuo” de Epaminondas. Y con esa estrategia los venció, no quedando nadie vivo en la “falange sagrada” de los tebanos.

Por su parte, Filipo dio cuenta de los atenienses; pero al emprender la retirada cruenta éstos, no los persiguió. Extendió su mano generosa y magnánima a los vencidos y proclamó la paz y la independencia de todos los estados griegos. Como Esparta no se sumara, la invadió y sometió. Los atenienses, observando la grandeza del rey vencedor que no los esclavizaba como lo había anunciado Demóstenes, le dieron la ciudadanía a él y a Alejandro y les levantaron estatuas. Entonces, unificando el mundo heleno, convocó Filipo a un Congreso en Corinto, donde

se creó la Confederación de todos los Estados griegos. Filipo, con el nombre de “Hegemón” –de donde viene la palabra hegemonía– fue nombrado presidente y generalísimo.

Queronea había marcado el fin de las guerras del Peloponeso, y había anunciado la grandeza épica del joven Alejandro, en absoluta compenetración con su padre, el gran Filipo.

Pero no siempre las relaciones fueron buenas entre éstos. Cuando Alejandro tenía dieciséis años estuvo encargado del gobierno del reino de Macedonia, mientras que Filipo andaba conquistando Bizancio. A su regreso, habiéndose éste enamorado de una bellísima mujer llamada Cleopatra, morena y grácil como la que también enloqueció a César, decidió casarse con ella. La llevó entonces a Macedonia y previo el repudio de su mujer Olimpia, que llenó de amargura a Alejandro, celebró sus bodas con pompa y mucho vino. Cuando todos estaban borrachos, Atalo, tío de Cleopatra, dijo en los brindis que debía rogarse a los dioses para que dieran al matrimonio un sucesor legítimo del trono. Oyó esto Alejandro, y mustio de ira, increpó al insolente: “¿Te parece acaso que soy bastardo?”, y lanzó el cáliz en que bebía a la cabeza de Atalo, habiéndolo herido. Filipo entonces, beodo y altanero, sacó la espada contra su propio hijo y se lanzó contra él, distante tres mesas; pero al pasar la segunda tropezó por la borrachera y cayó.

Alejandro, viéndolo a sus pies, casi sin poder moverse, con ironía e inteligencia dijo a su padre en alto tono: “Este es ¡Oh! macedonios, el hombre que se prepa-

raba para pasar de Europa a Asia; y pasando ahora de un escaño a otro ha venido al suelo”.

Por supuesto que tal frase le valió el que Filipo lo alejara de la corte. El incidente dejó una raíz de odio entre los familiares de las dos mujeres de Filipo, que por cierto condujo a la muerte de éste. En efecto, Atalo y Cleopatra injuriaron a un joven valiente llamado Pausanias. Este clamó justicia y reparación a Filipo; y al no hacerle caso, Olimpia lo incitó a que tomara venganza y lo hizo: mató al rey.

Se diría que Alejandro no tenía interés en adular a su padre ni en ganar su cariño. Un día Filipo fijó sus ojos en un gran caballo. Lo mandó a traer y ordenó que lo montaran. Uno por uno el animal fue derribando a los jinetes. Entonces mandó, fastidiado, que se llevaran al caballo. Oyó esto Alejandro y dijo: “Qué caballo pierden por no saber de caballos”. Filipo lo volteó a ver y con ira le dijo: “Pues como tú sí sabes de caballos, móntalo”. “Eso haré –dijo Alejandro– y lo haré mejor que todos, pero si soy capaz de montarlo necesito tu palabra de que el caballo será mío”. “Bien está –contestó Filipo–, pero si no eres capaz, tendrás un castigo.” –“Sí, pagaré el precio del caballo”, contestó orgulloso el príncipe.

Había observado que el caballo se encabritaba cuando veía su propia sombra. Entonces montó y lo condujo de frente al sol. Como el caballo no viera la sombra, caminó dócilmente bajo el gobierno hábil del joven. Al regreso todos se quedaron asombrados, y Filipo dijo a su hijo: “Busca hijo mío, un reino igual a ti, porque en la Macedonia no cabe”. Aquel caballo se llamaba Bucéfalo.

Lo acompañó en toda su gloria y murió mayor de veinticinco años.

Desde entonces, Filippo esmeró la educación de su hijo. Mandó a traer como preceptor a Aristóteles, de quien mucho aprendió y al que mucho amó Alejandro.

A los veinte años ascendió al trono. Sancionó de muerte al que mató a su padre por las reyertas de que ya se habló entre su madre Olimpia y Cleopatra; y aún impuso castigo a su madre. Era impetuoso, inteligente, valiente y confiado en el destino. Irradiaba energía y genio. Era ordinariamente moderado en gusto y placeres. Amaba a las mujeres, aunque no perdía ni tiempo ni vida en ellas. Y se dice que era homosexual. En la mesa era refinado y congruo. Poco bebía, y no obstante ello, muchas veces lo hizo en exceso y cometió demasías de vida o muerte, de aquellas que se reservaban a los dioses o a los reyes. Después de tales excesos se sumía en profundas depresiones.

Generalmente era magnánimo y espléndido, aunque inflexible. Cuando en Corinto le mostraron a Diógenes el Cínico, tendido al sol, se fue donde él para ver si podía impresionarlo con el esplendor de su regia y apuesta persona, caballero sobre Bucéfalo. Diógenes lo miró sin interés, y como el gran rey le preguntara si algo se le ofrecía o necesitaba, aquél respondió: “muy poco es lo que necesito: que te quites y no me tapes el sol”. Ese era el mismo Diógenes que cuando Parménides exponía su teoría sobre la materia y agregaba que el mundo todo estaba compuesto de ella y por lo tanto en reposo y completamente inmóvil, se le burlaba bailándole al frente para demostrarle el movimiento.

Alejandro, impresionado, le dijo a sus amigos: “Pues yo, de no ser quien soy, preferiría ser Diógenes”.

Al morir Filipo, Demóstenes se vistió de fiesta y se fue al Areópago donde pronunció uno de sus vibrantes discursos, en el cual felicitaba al asesino e invitaba a los pueblos para que proclamaran su libertad. Al referirse a Alejandro lo zahirió tildándolo de “mozo” o “jovenzuelo”. Su ejemplo fue seguido en Tebas, cuando Alejandro se encontraba sometiendo a los Tríbalos, a los que dejó atónitos con su destreza en el movimiento de las tropas. El rey de éstos, Sirmo, habría de reconocer el poderío macedonio del joven rey. Se vino entonces a marchas forzadas, a la cabeza de su ejército y pasó las Termópilas, para escarmentar a los tebanos. Llegó hasta Tebas y penetró por la ciudad de Cadmea. Allí les ofreció una paz honrada, a cambio de que le entregaran a los cabecillas. La patria de Epaminondas contestó con arrogancia rechazando el pedido y exigiendo a su vez que los macedonios le entregaran a Filotas y Antípatro, dos amigos y generales muy apreciados por Alejandro. Este se enfureció. Penetró en la ciudad en medio de la mayor carnicería, a pesar del valor de sus habitantes; y fue implacable y cruel como pocos, o mejor, como todos los guerreros.

De los treinta y seis mil habitantes, murieron seis mil. Treinta mil fueron vendidos como esclavos y la ciudad, menos la casa de Píndaro y los templos, fue incendiada.

Tebas se insurreccionó por instigación de los atenienses. Cuando fue destruida en ese acto especial de ferocidad de Alejandro, del cual se arrepintió con sincera

aflicción después, según lo cuenta Plutarco, los mismos atenienses –¡Oh el arribismo y el oportunismo humanos!– enviaron embajadores para que le felicitaran por la victoria obtenida y le juraran fidelidad.

Alejandro aceptó las razones, dispuesto como estaba a organizar el gran imperio griego sobre el resto del mundo. Entonces, reunidos en Corinto una vez más los líderes de todos los pueblos helenos, otorgaron todos los poderes al joven rey de veinte años, iluminado por un destino reivindicador. Organizó un ejército no muy numeroso, si se tiene en cuenta que con él partiría a la gran aventura de invadir, no sólo a Persia donde reinaba a la sazón el Rey de Reyes Darío III, cuyas legiones podían sumar millones de hombres y cuyo tesoro excedía cualquier imaginación humana. Pretendía trascender al Medio Oriente y a Egipto, hasta llegar a la India.

El ejército estaba compuesto por treinta y cuatro mil infantes y cuatro mil de caballería. Cualquiera entendería que era un sueño desenfocado el que pretendía. Pero aquellos hombres eran héroes, casi dioses; y al frente de ellos estaba un adolescente cuyas limitaciones no las establecía su condición de ser humano.

El patrimonio con que contaba tal batallón no pasaba de setenta talentos. La logística sólo estaba acreditada para un mes. Por lo demás Alejandro, antes de partir, hizo repartición de todos sus bienes entre sus amigos. Como uno de sus más fieles generales, Perdicas, le preguntara: “Y para ti, ¡oh rey! ¿qué es lo que dejas?”. Contestó; “La esperanza”.

Así, listo estaba, y partió a través del Helesponto. Al llegar a tierra asiática se detuvo en el sitio donde estuvo la ciudad de Troya; y admirador de Héctor y de Priamo, visitó los templos, que era lo único que quedaba, cargados de historia, e hizo sacrificios. En la columna levantada a Aquiles corrió desnudo con sus amigos, en señal de veneración; y después de evocar su memoria, dijo: “Aquiles es un bienaventurado, porque en vida tuvo un gran amigo: Patroclo; y en la muerte, un gran poeta: Homero”.

Allí, muy cerca, le esperaba la gran aventura. Darío había congregado a su gran ejército, con el cual había preparado el recibimiento a los intrusos, en una de las márgenes del río Granico. Desde allí llovían las flechas contra los macedonios, temerosos de pasar el río. Entonces, en un arrojó sin antecedentes, Alejandro el primero, montado en su cabalgadura –no en Bucéfalo– exclamó: “Si no hemos tenido miedo de cruzar el Helesponto, mucho menos lo tendremos de cruzar el río”, y con sus espuelas pinchó los ijares de su caballo y se introdujo en el Granico, desafiando flechas, pero seguido de la caballería estimulada por su valor.

Lucía el héroe un elevado morrión, del que fulgían dos alas blancas que llamaban la atención del enemigo. La tropa persa los esperaba con ardentía, y el acceso a la ribera contraria era por lo demás difícil y escarpado. Cuando Alejandro intentó, después de haber sobrellevado la recia y mortífera descarga de dardos, subir al otro lado, cayeron sobre él dos esforzados gigantes persas. Uno de ellos, con la azcona, le hendió el yelmo cortándole una de las alas y penetrando la punta hasta el cuero cabelludo. Cuando el guerrero trataba de rematar al rey, uno de sus

más valientes oficiales, el negro Clitos, pasó con su lanza a aquél, salvándole la vida.

Alejandro mató al otro. El combate arreció y como el joven macedonio era el blanco de los persas, uno de ellos, griego mercenario, le arrojó la jabalina con tanta fuerza que atravesó su caballo dejándolo muerto. Alejandro se irguió lleno de ira y tomó otro caballo. Su voz retumbaba como la de Estentor, y su brazo se agitaba como el de Aquiles. Sus soldados eran su propia réplica, multiplicados, llenos de coraje. Los persas se dispersaron y emprendieron la retirada.

Los mercenarios griegos peleaban con furor y Alejandro dio orden de que los eliminaran. Y así se hizo. Con la desbandada de aquellos y la derrota de éstos, se había ganado la batalla. En el campo habían quedado muertos veinte mil infantes y dos mil caballeros de las filas persas. De las filas griegas sólo habían caído treinta y cuatro héroes, a los cuales ordenó Alejandro les levantaran allí mismo estatuas de bronce, hechas con escudos y espadas enemigos fundidos.

A su madre le envió los ricos vasos de oro y los vestidos recamados que cobró como botín. A Atenas mandó trescientos escudos, uno para cada tribu del ejército, como trofeo de su primera victoria en tierra asiática contra los persas. En la dedicatoria decía que el triunfo había sido conquistado por todos los griegos, menos los lacedemonios. Esto último tenía el claro sabor de un reproche amargo contra éstos.

Alejandro había iniciado la conquista del mundo airosamente.

La tierra asiática y la africana absorberían en adelante toda su vida. Era tan joven y tan grande, ansioso y necesitado de la gloria, como de un alimento corporal. Su planta y sus ojos no volverían a pisar ni a ver el claro mar Egeo ni las tierras abruptas y rocosas de esa Grecia por cuya civilización luchaba.

A continuación, tomó la poderosa y legendaria Sardes, antigua y rica ciudad, embellecida por el fabuloso rey Cresos; y con esto dominó la navegación y el comercio de casi toda la región. Se resistieron Halicarnaso y Mileto. Pero sus garras de águila las sometieron al vuelo. Todo en adelante fue una cadena. Tomó la ciudad de Fasilis, remontó la montaña Clímax, desde cuya cumbre observaba un horizonte sin límites, que era su desafío; venció a los pisidas, domeñó la Frigia y llegó hasta el antiguo señorío del mitológico rey Midas, donde estaba la ciudad de Gordio.

Aquí había una carreta amarrada con grueso esparto que ostentaba un nudo con todos los cabos ciegos y una leyenda que había desafiado siglos: el que desatara el nudo sería el rey de toda la tierra.

El macedonio, alentado por su destino mesiánico intentó la empresa. Pero el nudo seguía cada vez más enredado. Entonces, ofuscado, acudió a la solución hecha para su genio y formación militar: la espada. En el aire sonó el metal afilado impulsado por su brazo musculoso, y el esparto saltó partido en dos. Unos pensaron que había

cometido un sacrilegio; pero para la historia triunfadora, muchos años después, se había cumplido el vaticinio.

Después de cortar el nudo gordiano, continuó su campaña venciendo a los plafagonios, después a los capadocios. Sin perder tiempo se encaminó hacia el centro del imperio persa. Pero Darío tampoco había estado quieto. Durante estos meses reclutó un ejército de seiscientos mil hombres venidos de todos los confines de esos territorios ilimitados en los que su palabra era la ley. Bajaba por el camino de Susa en busca de Alejandro que solo tenía treinta mil infantes. Y mientras buscaba el combate, éste, que se hallaba en Cilicia, enfermó gravemente. Fiebres y vómitos quebraron su fortaleza, se apago su semblante y la debilidad lo invadió.

Los médicos, desconfiados de su ciencia, sentían temor de que el paciente muriera en sus manos y quedaran como criminales, sicarios del oro persa. Por lo tanto, no le recetaban nada, mientras el mal avanzaba. Pero hubo uno, Filipo de Acarnania, llamado como su padre, al cual no le impresionaron los temores o la mirada fiera de los macedonios, e intentó la curación a base de brebajes viscosos y de raíces amargas.

Parmenión, uno de los generales más devotos a Alejandro, le escribió una carta donde le decía que tenía pruebas de que Filipo había sido sobornado por Darío. Alejandro guardó la carta debajo de la almohada; y cuando el médico entró, al tiempo que tomaba la pócima, le enseñó la carta. Filipo balbuceó juramentos de protesta. Alejandro le dijo que confiaba en él; y después de la crisis, curó. Este médico lo acompañaría siempre en toda la

campaña, hasta la segunda enfermedad, cuando sus conocimientos fueron escasos ante la fuerza del destino.

Restablecido completamente el macedonio, organizó sus fuerzas y partió en busca de Darío. ¿Cómo —podrá preguntarse uno— este hombre sale acompañado de tan pobre ejército en número a enfrentar en su propia tierra a otro multiplicado por veinte? Era la misma sangre aquea de Leónidas y de Temístocles.

Al lado suyo tenía Darío a un macedonio renegado, que conocía muy bien a Alejandro. Se llamaba Amintas. Este aconsejó a Darío que por ningún motivo le diera combate a aquél en las escarpas. Darío contestó que le daría la batalla en cualquier lugar, pues lo que deseaba era hacerlo de prisa, antes de que huyeran los macedonios. “Seguramente, dijo el persa, ya habrá emprendido la retirada”. “Por eso, ¡oh rey!, dijo Amintas, no paséis pena, porque él vendrá contra vos, o quizás viene ya a estas horas”.

Y así era. Caminando de noche, sorprendió Alejandro a Darío en tierras montañosas. Este entonces reconoció su error al haber desoído a Amintas. Pero ya era tarde. Con gran habilidad, Alejandro dividió sus legiones en dos alas, y en vez de dejarse envolver, él mismo envolvió con el ala derecha de su ejército al de los persas, apasionado de rocas y precipicios que no le dejaban libertad de movimiento. Cuando se inició la batalla, bien pronto los persas sintieron la superioridad de los griegos. Estos caían como leones de las rocas superiores, blandiendo la lanza y la espada, en una carnicería despiadada.

Entre tanto, Alejandro buscaba a Darío. Y lo encontró. Se trabó el combate cuerpo a cuerpo, y el persa

logró herir, como París a Aquiles, al macedonio en un muslo. La herida no disminuyó la fiereza atlética de Alejandro. Darío, ayudado por la suerte, logró huir, dejando abandonados, a su ejército, a su madre, a su esposa y a sus hijas, que le acompañaban en frívolo cortejo. El ejército, igualmente huyó, dejando en el campo, muertos a más de ciento diez mil de los suyos.

En las doradas tiendas de campaña Darío transportaba su corte sibarítica. Cuando Alejandro entró a la de Darío a bañarse, y encontró tales tesoros, refinados lujos, obras de arte, joyas, alfombras y muebles de exquisitas artesanías, exclamó: “En esto consistía, según parece, el reinar”.

Trató Alejandro con especiales delicadezas a la madre, a la esposa y a las hijas del monarca persa. Bellísimas todas, Alejandro corriendo el tiempo, se enamoraría de una de las hijas y después la haría su esposa. La batalla tuvo lugar en Iso. Era el año 333.

Después de esta nítida victoria llegaron a él los reyes de Chipre y de Fenicia, para rendirle vasallaje y sumisión. Tiro, altanera, manifestó estar dispuesta a luchar hasta morir sin entregársele al usurpador. Alejandro la sitió durante siete meses, y los tirios resistían. El agorero Aristandro, después de haber hecho un sacrificio, vaticinó que en ese mes caería la gran ciudad amurallada. Los que estaban reunidos soltaron la risa, porque ese era un día treinta, es decir, último de mes, y era imposible que tal ocurriera un día y un mes que estaba por finalizar. Entonces Alejandro entendió que a los dioses, como a todo el mundo, había que ayudarlos, y sin demora modificó el ca-

lendarario por medio de un decreto, ordenando que aquel día no se contara como treinta sino como tercero; y acto seguido acometió la tarea redoblando el ataque, sonando las trompetas y armando tal algarabía, que los tirios se rindieron ese mismo día.

La profecía se había cumplido inexorablemente.

A continuación, siguió Gaza, la ciudad más populosa de Siria que también dobló, aunque salió herido en un hombro. Entretanto Darío le había escrito una carta respetuosa y amable en la cual le decía que le dejaría toda el Asia Anterior donde sería reconocido como soberano y le ofrecía su amistad, en cuya prenda le daba la mano de su hija. Todo esto a cambio de que le devolviera a su madre, a su esposa –que era su hermana– y a su otra hija.

Alejandro le contestó con desdén olímpico: “En adelante, cuando me escribas, no me trates como a igual, sino como al soberano del Asia y dueño de todo cuanto te perteneció antes. Si no, te trataré como a enemigo. Y si no compartes mi opinión acerca de la soberanía del Asia, mídete conmigo en el campo de batalla y no huyas”.

Parmenión, su general amigo, le reprochó: “Si yo fuera Alejandro aceptaría esa propuesta ventajosa, antes de exponerme a nuevos peligros”. Alejandro replicó: “Y yo también, si fuera Parmenión”. Sin darle importancia a Darío mientras organizaba otro ejército, Alejandro se fue a Egipto. Allí lo acogieron con gran respeto y afecto y le entregaron la soberanía. Vistió las ropas de los faraones. Viajó hasta la ciudad sagrada de Menfis, donde hizo sa-

crificios a Apis. Después, desafiando consejos y el peligro del desierto, se fue por el Sahara en busca del Templo de Amón, de quien corría la fábula, era hijo. Al llegar, el sumo sacerdote lo recibió como a un ser divino, y le expresó que en los oráculos del padre de los dioses, equivalente a Zeus, le había dicho que Alejandro era su hijo.

No se dejó halagar por tales augures. Un tiempo después, cuando en una batalla fue herido, decía a sus aduladores: “Pueden mirar, lo que corre es sangre humana, no el licor de los dioses”.

Fue allí donde concibió la idea de fundar una ciudad sobre el canal de Suez, que entonces ya existía y tenía veinticinco metros de ancho, según cuentan las crónicas; y escogió él mismo el lugar, en una isla, entonces llamada Canobica. La ciudad llevaría su nombre por los siglos. Alejandría, cuya biblioteca sería la más grande del mundo, después de la de Sardanápalo, ya entonces sepultada bajo las arenas de Nínive.

Y regresó por el largo camino. Hizo, a su paso, reconstruir a Tiro. Entretanto ya Darío había equipado un nuevo ejército, esta vez de un millón de personas. En la primera línea irían los elefantes traídos de la India, y carros de guerra con afiladas alfanjes en las ruedas. Y ahora sí seguiría el consejo de Amintas, es decir, escogería un campo llano para su batalla decisiva. Por eso, sin prisa, lo esperó a que volviera. Se apostó junto al Tigris, en Gaugamela. Alejandro había cumplido los veinticinco años. Darío tenía una pena honda que movía su resentimiento: no sólo la humillación de dos derrotas, sino que su mujer de nombre Estatira, había muerto en el cautiverio al lado de Alejandro.

La pelea, pues no solamente era de Estado, política, sino personal. Llegó Alejandro y organizó al frente a los suyos. Viendo tantos persas esa noche, le aconsejaron a éste que atacara amparado por la sombra y la sorpresa. El macedonio, desdeñoso, contestó; “Yo no hurto la victoria”.

Al día siguiente se inició el combate temprano. Alejandro descubrió en el centro del gigantesco ejército persa desplegado, al rey Darío muy protegido en su suntuoso carro de combate. Ordenó entonces que sus tropas penetraran como un ariete en el centro, dejando las alas de los asiáticos sin oficio útil. Se encarnizó la lucha con tal crudeza, que los persas caían como moscas, inmovilizando el carro de su soberano.

Alejandro le fijó el ojo y se lanzó contra él, seguido por los griegos. Darío falló otra vez. No era un gran capitán. Tenía horror a la sangre, sobre todo si la perspectiva era el derramamiento de la suya propia. Se bajó del carro atascado entre tantos cadáveres y huyó, como era su costumbre, esta vez en una yegua recién parida. La victoria en Gaugamela o Caugamelos estaba consolidada, frente a la fuga colectiva de los sobrevivientes persas.

Y Alejandro victorioso, entró al otro día a Babilonia montando a Bucéfalo. Los jardines de esta gran ciudad se habían vuelto rastrojos y malezas y sus palacios amenazaban ruina. Allí llegaron los Sátrapas del Imperio a rendirle pleitesía. Pero mientras esto hacían, uno de ellos, días después, se proclamaba Rey de Reyes con el nombre de uno de los antecesores, Artajerjes, después de haber asesinado al infortunado Darío III.

El imperio persa tenía cuatro capitales. Babilonia era una. Alejandro siguió a ocuparlas todas. Pasó a Susa, la más bella. Ocupó el palacio y por primera vez vistió ropas persas y revivió los protocolos orientales, mientras tomaba los tesoros inauditos de los soberanos. Sus soldados vistieron como aquéllos y disfrutaron el lujo, entre tanto tomaban esposas persas, de deslumbrante belleza. Luego siguió a la tercera, Persépolis, la más rica, y allá vivió las mismas suntuosidades, aunque cuando salió, hizo incendiar el palacio. Finalmente ocupó la cuarta capital: Ecbatana. Aquí se maravilló Alejandro con una colina de fuego eterno, que ardía como el lugar sagrado, y a su lado había una laguna negra como el betún. Por supuesto se trataba de Persia, es decir, Irán.

Todos sus súbditos se enriquecieron y derrochaban fortunas en grandes fiestas. También él gustaba de la orgía. Ebrio mandó a incendiar el palacio de los persas, para vengarse de Jerjes, quien había incendiado Atenas. Pero antes de caer en la muelle vida de los príncipes, decidió partir hacia Oriente, muy a disgusto de sus generales y tropas. Partió, primero en pos del falso Artajerjes; después, a la conquista de lo desconocido.

Artajerjes fue prendido y sometido a juicio. Jueces persas ejercieron con él las refinadas artes de la tortura y la muerte. Alejandro, para atraerse el favor de los pueblos, adoptó costumbres, vestuario y hasta la lengua persa, que era el arameo –la misma de Cristo–. No esclavizaba, se hacía amar. Su espíritu abierto y agudo a la investigación, al progreso y las ciencias, iba dejando una huella por donde pasaba.

En lugares estratégicos fundaba ciudades que aún hoy subsisten, llamadas cada una en su honor, Alejandría. Pero también adquirió la crueldad oriental. Porque le reprochó algo, mandó a ejecutar a su amigo de la niñez Filotas. Como el padre de éste, el general Parmenión, que había servido a Filipo se enfureciera por la muerte de su hijo, también mandó a ejecutarlo. Y una noche de vinos abundantes, Clitos, aquél que le salvó la vida en Granico, le hizo ver sus excesos y crueldades. “Mira, le dijo, esta mano abierta, que te salvó la vida. También podrás humillarla como hiciste con Parmenión”.

Alejandro borracho e insensible cogió una lanza y le dijo: “Extrañas mucho a Parmenión, vete pues a buscarlo”, y con su destreza incomparable le arrojó la lanza, dejándolo clavado en el asiento. Varios días después estuvo deprimido y sin salir, presa de arrepentimientos.

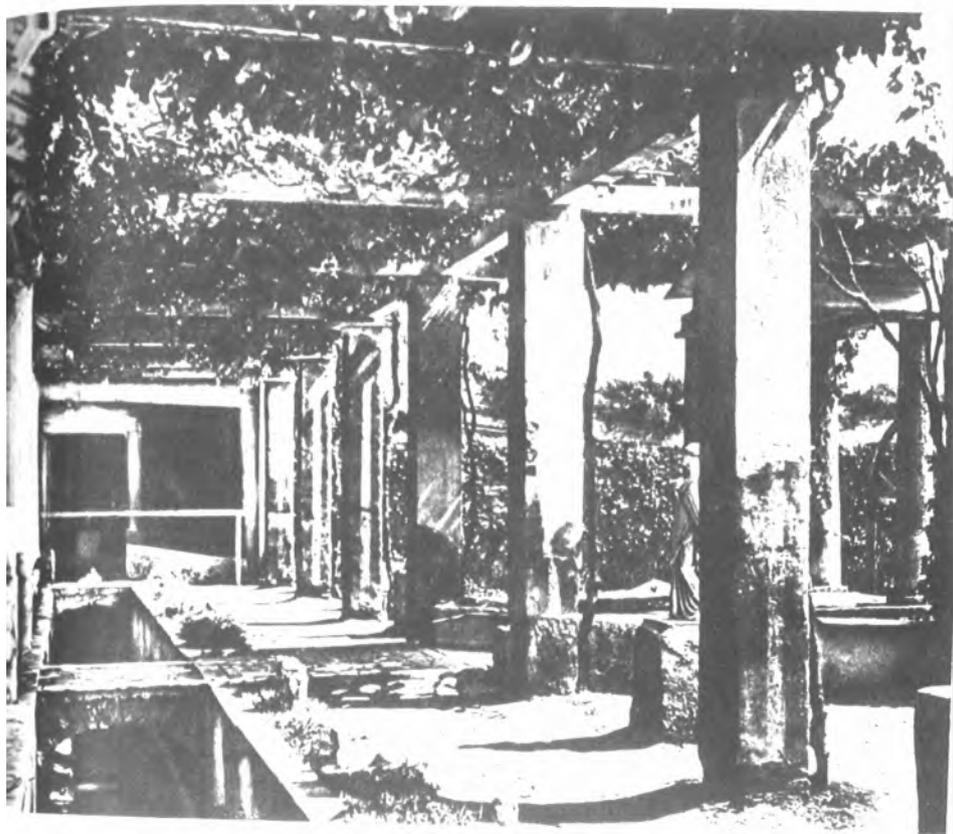
Y partió para las legiones del Indo. La exótica y legendaria tierra, donde había tanto oro y al mismo tiempo tanta miseria. Allí todos se hicieron sus amigos, menos uno, el rey Porus. Este armó un ejército inmenso y al frente puso una hilera innumerable de elefantes, para aplastar a los griegos. Mas Alejandro, genio de la guerra, no lo atacó de frente, sino por lo lados. Había ganado otra vez.

Como tratara a Porus con nobleza, conservándole el rango real, éste se volvió su amigo y vasallo, y a su lado pudo Alejandro reinar sin dificultades en la India. Sólo le faltaba llegar hasta la desembocadura del Ganges en el mar, donde terminaba el mundo. Dio orden, pero sus soldados se negaron a marchar, vencidos por el clima y la fatiga. El rey comprendió que la aventura había terminado y dio orden de regresar.

Es larga la epopeya de la ida y la del regreso. Cuando estuvo de nuevo en Persia, dándose cuenta que sus veteranos, seres humanos al fin y al cabo, estaban ya cansados, organizó un nuevo ejército y licenció a algunos. Todos entonces se insurreccionaron. Alejandro fue duro entonces. Mató él mismo al más energúmeno y a otro lo hizo ejecutar. Luego dirigió a los restantes un discurso en que les recordaba lo que, tanto su padre Filipo como él mismo, habían hecho por ellos. Sacados de pastores, habían sido sátrapas y príncipes y ricos. “¿Me he quedado yo con algo –agregaba– aparte de la púrpura y la diadema? Nada he guardado para mí. Nadie puede mostrar mis tesoros. ¿Qué necesidad tengo de tesoros yo, que como y duermo como cualquiera de vosotros? ¿No me vistéis preocupado cuantas veces sufríais o estabáis en peligro? Si alguno de vosotros tiene cicatrices, que las muestre y yo enseñaré las mías”.

Días después sus soldados imploraban su perdón. Pero el fin estaba cerca. Cuando preparaba la segunda expedición a la India, enfermó nuevamente de fiebres y vómitos. No sirvió la ciencia. Al poco tiempo se agravó. Sus soldados estaban presentes. Ellos lo despedían con lágrimas y él con los ojos abiertos y un leve movimiento de la mano. Tenía sólo 33 años y había conquistado el mayor esplendor político conocido. Qué ironía, que esa vibrante historia de gloria, cayera vencida por la triste fragilidad de la vida. Y después de él, caerían Grecia y el mundo en el insondable vacío de los siglos.

EN LA ANTIGUA ROMA



Antigua casa romana.



Grabado de la familia de Augusto.



a tradición sostiene que Roma fue fundada en el año 753 antes de Cristo. Plutarco agrega que el día de la fundación fue el 11, antes de las calendas de mayo, es decir, el 21 de abril. Quiero esto significar que a 1.996, Roma cumple la tierna edad de 2.749 años.

Su origen está sumido en las brumas, colindando entre la realidad y la leyenda. Lo cierto es que, tomando la versión más probable, la fundó Rómulo y a él debe su nombre, a pesar de que hubo algunas princesas que eran homónimas. Y la historia de aquél y de su hermano gemelo Remo, también se pierde en la mitología que asciende hasta el troyano Eneas, trashumando su exilio por tierras extrañas, luego de presenciar el gigantesco incendio que destruyó a su patria Ilión. El era su ascendiente más ilustre. Después de haber echado raíces en las feraces campiñas junto al Po, Eneas fundó la ciudad de Alba Longa.

Los descendientes de Eneas, pues, fueron los reyes de Alba. Y ocurrió que al morir uno de los soberanos, Silvio Procas, dejó dos hijos: Numitor y Amulio. Entonces, para dividirse la herencia, Procas en su lecho de moribundo propuso que Amulio escogiera entre el trono y los tesoros troyanos que aún conservaban; y Amulio esco-

gió el trono. Entonces, con la riqueza que le correspondió a Numitor, sobornó soldados y guardias y se apoderó también del trono.

Amulio tenía una hija llamada probablemente Ilia. Los arúspices dijeron que la descendencia de Ilia vengaría el crimen cometido contra Amulio; y para que ésta no tuviera descendencia que pudiera vengar la usurpación que había hecho Numitor, ordenó que Ilia entrara como vestal en el culto del fuego sagrado, honor que imponía la castidad bajo pena de muerte.

Hay que suponer que Ilia fue casta. Pero un día apareció embarazada. La leyenda dijo entonces que cuando ésta dormía a la orilla de un río, acató a pasar por allí el dios Marte; y deslumbrado por su belleza, la poseyó antes que la vestal saliera de su sueño.

Amulio prendió en cólera y ordenó el sacrificio de la sacrílega. Pero aquí intervino Anto, hija del rey, a cuyos buenos y bondadosos oficios debe la posteridad el haber conmovido al duro monarca, su padre, para salvar la vida de Ilia, a quien también se conoce como Rea. Dio a luz un par de gemelos, que fueron depositados, al igual que Moisés, en una cesta y lanzados al río. Total, era a ellos a quienes temía Amulio, y éstos, recién nacidos, morirían sin remedio en las procelosas aguas. Esa fue la humanitaria propuesta triunfante de Anto, que hizo posible la existencia de Roma.

La corriente se llevó la cesta, pero adelante del camino, los navegantes encallaron en una playa; y hasta ella llegó una loba, la cual, movida por la curiosidad, des-

cubrió a los infantes. Después la movió el sentimiento de especial nobleza y les dio de mamar y los prohijó, como si fueran dos hermosos lobeznos. Y salvados así –hijos al fin y al cabo de un dios muy poderoso– un tiempo después los descubrió un tal Faustulo, que era uno de los pastores del rey, quien los llevó a su casa y los crió, con la asistencia del abuelo Amulio, quien vivía pobremente.

Los muchachos crecieron y se educaron llenos de inteligencia y fortaleza. Cuando fueron adultos, conocedores de toda la historia, organizaron un motín y derrotaron las fuerzas de Numitor, quien pereció en la trifulca.

Restablecieron al abuelo Amulio en el trono; y cumplida esa misión, tomaron camino asistidos por un buen número de partidarios y se allegaron hasta las riberas del Tíber, con el propósito de fundar una nueva ciudad.

Pusieron cimientos a la urbe; y a continuación edificaron un templo al dios Asilo, en símbolo a la invitación que se formulara en todos los contornos para que a la ciudad llegaran los que quisieran, fueren esclavos o deudores, homicidas o ladrones, en la seguridad de que allí encontrarían refugio seguro. Esto, por supuesto, causó malestar entre todos los pueblos vecinos, con los cuales entrarían en sucesivas guerras.

Cuando iniciaban el levantamiento de las murallas, Rómulo, que era el líder más caracterizado, promulgó la pena de muerte para el que se atreviera a pasarlas. Pero su hermano Remo, díscolo como era, no sólo intentó saltar la línea del trazado, sino que derribó la construcción para mostrar lo débil de la misma.

Rómulo, a pesar de que amaba con pasión a su hermano, compañero de los mismos infortunios, hizo cumplir la ley; y no hay precisión acerca de si fue con su propia mano o con la de Celer, su veloz compañero, pero le dio muerte.

La ciudad se levantó dentro de un sagrado respeto por la ley. Ese respeto y las medidas heroicas fueron su característica por muchos años.

De todas partes llegaban nuevos habitantes y la aldea creció rápidamente. Sólo que el número de hombres llegó a ser muy superior al de las mujeres. Fue entonces cuando Rómulo se urdió una estratagema no muy limpia. Organizó unas fiestas con competencias deportivas e invitó a las gentes de las ciudades vecinas, entre ellas a los sabinos. Estos asistieron con sus hijas y hermanas núbiles y fueron recibidos con grata hospitalidad. Pero cuando el festival estaba en todo su apogeo, he aquí que los romanos hurtaron a las hijas y hermanas de los sabinos y los echaron a éstos.

Empero, la cosa no era tan sencilla, porque los sabinos regresaron a su tierra y en adelante toda su vida giró en los preparativos y adiestramiento de un gran ejército para regresar en una expedición punitiva y de rescate, aliados a algunos otros pueblos vecinos. Y hubo escaramuzas sin mayor importancia, hasta que Tacio, el general sabino comandante de las fuerzas invasoras, logró sobornar a la hermosa hija del gobernador Tarpeyo, de nombre Tarpeya. Aquél era el encargado de vigilar la muralla, cerca del Monte Capitolino.

El pago de la traición de Tarpeya, era que, habiendo visto ésta los ricos brazaletes de oro que portaban en ambos brazos los sabinos, exigió que le entregaran todo lo que portaran en el izquierdo.

Tarpeya cumplió y abrió la puerta a los enemigos de su patria y éstos entraron avanzada la noche. Tacio el sabino, hombre de palabra que al mismo tiempo odiaba a los traidores, le pidió a sus tropas que cumplieran lo prometido a la pérfida y bella Tarpeya; e inició él primero soltando sus brazaletes y el escudo que portaba, encima de ésta. Así lo hicieron los demás, de tal manera que con el peso de los escudos la aplastaron, quedando muerta al lado de una roca que en adelante tomó el nombre de la traidora.

Después, por siglos y siglos, a los criminales y a los perjuros el castigo que se les dio en Roma fue despeñarlos de la roca Tarpeya en señal de infamia.

Un poeta romano del milenio pasado escribió unos versos que dicen:

*Ocupaba Tarpeya el alto alcázar
Capitolino en Roma mal segura,
y encendida del celta en amor vano,
fue guarda infiel de los paternos lares;
mas oprimida de marciales armas,
estas fueron su digna sepultura.*

Los sabinos, ya dentro de Roma, hicieron pasar un trago muy amargo a sus habitantes, a los que obligaron a desbandarse hacia el monte Palatino, habiendo sido he-

rido Rómulo con una piedra. Cuando los romanos, a cuya cabeza estaba éste, ya repuesto, se aprestaban a bajar de la colina para afrontar a los bravos sabinos, sobrevino un tierno espectáculo que calmó los ánimos de todos: las sabinas que habían sido raptadas se interpusieron entre los dos ejércitos y suplicaron con lágrimas en los ojos, a los romanos por sus padres y hermanos sabinos; y a éstos por sus esposos romanos con los que habían unido sus vidas bajo los lazos del amor que entre ellos floreció.

Conmovidos ambos bandos hicieron la paz y convinieron en que serían hermanos todos, viniéndose a vivir a Roma los sabinos que así lo quisieran. A partir de ese momento los romanos, en homenaje a los sabinos, se llamarían de manera honorífica Quirites. Y Tacio fue llamado a reinar conjuntamente con Rómulo, lo cual ocurrió por años.

Nadie presenció la muerte de Rómulo, porque simplemente desapareció; aunque se comentó que algunos senadores fueron los que lo hicieron desaparecer. Sólo lo volvió a ver, como Hamlet a su padre, un patricio muy amigo suyo, llamado Julio Proclo. Estaba resplandeciente, con todas sus armas. Entonces Rómulo le dijo: “Los dioses han dispuesto, Oh Proclo, que sólo hayamos permanecido este tiempo en medio de los hombres, siendo de allá, y que habiendo fundado una ciudad grande en imperio y gloria, volvamos a ser habitantes del cielo. Regocíjate pues y di a los romanos que si ejercitan la templanza y fortaleza, llegarán a lo máximo del humano poder; y yo, bajo el nombre de Quirino seré siempre para vosotros el genio tutelar”.

Revelada esta aparición por Julio Proclo, los romanos le elevaron a la categoría de dios a su rey y le rindieron culto como tal, hasta el cristianismo. En honor suyo se edificó un templo en una colina que tomó el nombre de Quirinal. En la actualidad allí se levanta el palacio que también lleva ese nombre, donde vive el Presidente de la República.

Qué lejos estaban los romanos de haber alcanzado la paz. Tal vez la sangre de Remo sobre los cimientos de la muralla, fuera su bautismo, premonitorio de las luchas futuras. A la muerte de Rómulo siguieron muchos reyes en el gobierno. El más sabio de ellos fue Numa Pompilio, quien lo sucedió. El más cruel, Tarquino el Soberbio.

Numa Pompilio, uno de los personajes de las “Vidas paralelas” de Plutarco, organizó el culto a los distintos dioses, fue amante de la justicia y durante su reinado se levantó el templo de Jano, dios tutelar de los romanos, el cual, con sus dos caras, veía el pasado y el provenir. Este templo sólo debía cerrarse en época de paz. Permanecía abierto en época de guerra. Para poder apreciar quién fue Numa Pompilio, basta saber que durante su largo reinado permaneció cerrado; y en adelante estuvo abierto todo el tiempo, salvo una sola vez, hasta la época del emperador Augusto.

Fue Roma, un pueblo, durante sus albores, de hondas convicciones religiosas. Hasta los vicios tuvieron su dios, pero en la misma forma las virtudes, las artes, la poesía, la música, la danza, la agricultura, la guerra, la sabiduría. Como ha dicho alguien, formaron dioses de todo, menos del verdadero Dios.

Su religión fue, pues, un panteísmo pagano, como el de los griegos. Los meses del año, por ejemplo, son muy interesantes en su origen –hoy son los mismos–. El año comenzaba en la primavera, y lo llamaron con el dios de la agricultura que alejaba las tempestades y el granizo de los campos labrantíos y al mismo tiempo de la guerra, Martius. El siguiente mes llevaba el nombre de Aprillils, mes de la germinación. Maius era el mes de Maia, hija de Atlas, la mayor de las Pléyades, ninfa del monte Silenio (Arcadia), a la que Júpiter se unió para engendrar a Mercurio. Era el mes del crecimiento. Junnius era el mes de Juno y de la prosperidad. Los siguientes meses no tenían nombre de un dios, sino número: Quintilis, Sextilis, que mucho tiempo después recibirían los nombres de Julius, por Julio César y Augustus, por Octavio, primer emperador, quien se llamó a sí mismo César Augusto. Los siguientes meses conservaron el nombre de un número hasta hoy: September, October, November, December. El siguiente fue consagrado a Janus, el terrible dios de las dos caras y se llamó Januarius. Finalmente el último mes fue consagrado a Februs, dios subterráneo de las purificaciones.

Los tarquinos eran una familia etrusca que se radicó en Roma. Tarquino Prisco o el Antiguo, fue el quinto rey de la Ciudad Eterna. Sucedió a Anco Marcio, y fue catalogado como rey extranjero, que se había hecho elegir gracias a su poderosa fortuna, que puso al servicio de la plebe, a la que sobornó con grandes porciones de trigo y espectáculos. Para entonces, los reyes eran elegidos popularmente. Por supuesto, los patricios, a quienes se denominaban los optimates, lo juzgaron siempre como un extranjero.

Tarquino Prisco era hijo de un griego llamado Demarato, quien le transmitió la cultura helénica, que a su vez aquél transmitió al pueblo. Bajo su reinado, entonces, se dio un gran impulso a las artes clásicas. Pero embarcó en sucesivas guerras a los romanos, incluso contra los sabinos, cuyo territorio recortó para anexarlo a Roma.

Como lo odiaba el patriciado, un hijo del anterior rey, Anco Marcio, de nombre Servio Tulio, le dio muerte. La viuda de Tarquino el Antiguo, llamada Tanaquil, manifestó a los cuatro vientos que su marido había sufrido una herida y que mientras se curaba de ella, había dispuesto que reinara Servio Tulio, precisamente el asesino, además su hijo político, como que era casado con la hija del occiso.

Servio Tulio era un arribista social. Hijo de una sierva, a esa condición debía su nombre. Contra todo lo que se diga del régimen de sangre y terror que estableció, fue un gobernante progresista. Construyó monumentos que embellecieron la urbe, consolidó conquistas, y tuvo una visión de estadista que se introdujo en la adopción de instituciones políticas. A él se debe el servicio militar obligatorio y la reforma tributaria, que extendió a todos, eliminando privilegios. Dividió a Roma en cuatro grandes clases, según su fortuna y no su nacimiento, por lo cual se pensó que la suya fue una reforma democrática y que su concepción del Estado era similar a la de Solón en Atenas.

Tuvo dos hijas, y a ambas las llamó Tulia. Eran de distintos temperamentos, pues una era hacendosa y discreta; la otra ambiciosa y violenta. Buscó maridos a am-

bas, cruzando caracteres, para lo cual escogió a dos primos de la familia de los Tarquinos, uno de los cuales era igualmente ambicioso y violento, al cual casó con la Tulia hacendosa y discreta. El otro, discreto y sencillo, lo unió a la Tulia ambiciosa y violenta. Los matrimonios, como sería obvio para cualquiera, no funcionaron; y lo que es peor, los ambiciosos y violentos buscaron desembarazarse de los discretos; y a la vuelta de poco tiempo, cada uno se ayudó a enviudar y se buscaron entre sí y se casaron. Así, entre ambos temperamentos ambiciosos y violentos, la hija Tulia acicateó a su marido Tarquino para que se desembarazara igualmente de su padre. Y éste, siguiendo la misma ruta que antaño tomara Servio Tulio, también mató a su suegro y se apoderó del trono, en medio del repudio general de los ciudadanos romanos. Nada molestó esto a Tarquino, porque sabía él muy bien de qué manera se apagaban las inconformidades: el terror. Y Tarquino II fue llamado, a contentamiento propio, el Soberbio. Buscó los lujos y el boato, edificó un palacio, guerreó con todos sus vecinos, se constituyó una guardia personal muy poderosa y eliminó de tajo las conquistas populares que había implantado su antecesor.

Tarquino el Soberbio fue un tirano de toda la marca y reinó sobre la sangre derramada de su pueblo.

Tenía un sobrino llamado Junio, al cual, por lo obtuso de su mente llamaron Bruto, apodo que no le disgustaba y que adoptó, para eterna memoria, como su apellido. Este Junio Bruto estaba en desgracia con su tío, por cuya razón hubo de fingirse loco, para poder expatriarse. Y tenía una hija muy hermosa, llamada Lucrecia, la cual había casado con un primo nombrado Tarquino Colatino.

También tenía Tarquino el Soberbio un hijo que llevaba por nombre Sexto Tarquino, más cruel que su padre, y además libertino.

La cuestión es que Tarquino Colatino se encontraba visitando a su suegro Bruto, fuera de Roma. Entonces aprovechando su ausencia, Sexto Tarquino llegó a hospedarse en casa de su primo Colatino. Esa noche, mientras degustaba el espeso vino del valle del Po y abusando de la hospitalidad, requirió los amores, infructuosamente, de la bella Lucrecia. Ante las dignas negativas de ésta, Sexto adoptó el camino del chantaje.

Le era fácil, por lo demás, obrar con bellaquería. Llamó a un esclavo hasta el salón adornado con cómodos canapés, y desenfundando su espada que colocó en el cuello del pobre infeliz, le dijo a Lucrecia que lo mataría y al otro día diría al marido que había muerto al esclavo, en el momento de yacer adúlteramente con Lucrecia, defendiendo el honor mancillado del primo Colatino. Ante tan siniestro plan, Lucrecia cedió y se entregó al infame.

Al otro día, la esposa atropellada mandó al mismo esclavo con una misiva donde su padre y su esposo, requiriéndoles su presencia inmediata. Al anochecer llegaron los dos, y Lucrecia, con lágrimas en los ojos, les contó lo acontecido con el libertino hijo del rey. “Mi cuerpo ha sido manchado, pero mi alma está limpia”, dijo ella altiva, mientras desenfundaba un puñal que clavó en su pecho.

Padre y esposo, presas del dolor, se precipitaron a la calle, llevando uno el cuerpo exánime de la esposa; y el

otro el puñal ensangrentado con que se había suicidado su hija.

Arengaron a la multitud y contaron el crimen. El cerebro obtuso de Junio se tornó disertado y elocuente su palabra, y ocurrió la primera revolución romana. Se fueron a palacio y pasaron por encima de la guardia, habiendo tenido apenas tiempo el rey Tarquino para huir en compañía de su hijo Sexto. Era el año 509 a.d.C.

Se acababa de terminar la monarquía, comenzaría la república que duraría casi cinco siglos y que había germinado en el espíritu de los romanos un concepto que no tiene una traducción exacta en ningún otro idioma: la “virtus”. Era el respeto por sobre todo, el dolor y la dicha, la fortuna y la desgracia, que se guardaba hacia la ley, el orden, la patria y las normas morales. Por el sentido filosófico de la palabra, enmarcaban su vida los auténticos patriotas, y ese fue el verdadero secreto del engrandecimiento de Roma.

A partir de la revolución, el poder fue regentado por dos cónsules que gobernaban en conjunto por un año. Eran elegidos popularmente, y andaban por las calles en medio de doce líctores, cada uno de los cuales portaba un “fasces” —de donde después surgiera la palabra fascismo—, que era un hacha cuyo mango estaba ligado a doce varas amarradas. El hacha era el símbolo del decapitamiento y las varas de los azotes, para los que se atrevieran a desconocer su poder o cometieran crímenes.

Por supuesto, Junio Bruto fue uno de los primeros cónsules. Y como al partir Tarquino hacia las tierras

etruscas, de donde era originaria la familia, los jóvenes romanos añoraban las fiestas y orgías del hijo de aquél, se fue fraguando una conspiración, a la cual entraron los dos hijos del cónsul. La ley vigente establecía que los conspiradores frustrados eran penados con la muerte. El complot fue descubierto y apresados sus integrantes, entre ellos los dos hijos de Bruto. Todos los jóvenes, en un acto público al que asistieron los dos cónsules, fueron desnudados y azotados. Después les cortaron la cabeza.

Tito Livio describió el suceso: “Durante las ejecuciones, las miradas se dirigían a Bruto, a su rostro y ademanes; todos veían cuánto sufría el padre, mientras el magistrado castigaba a los culpables”. Esa era la virtud romana.

No mucho tiempo más vivió el primer Bruto, pues murió en un duelo en medio del combate con las tropas etruscas, las cuales, a partir de la fuga de Tarquino el Soberbio, le declararon la guerra a Roma. El rey de los etruscos era Porsena (Proseno o Prosina). Armó un ejército poderoso y se fue hacia Roma. En el camino encontró a los romanos y los derrotó, debiendo replegarse éstos hacia su ciudad.

Proseno los siguió de cerca y los alcanzó en el puente sobre el Tíber. Los romanos alcanzaron a pasar y se encerraron en sus murallas. Era cosa de poco tiempo el que llegaran allí los etruscos y derribaran las puertas. Entonces todo estaría perdido.

Pero la virtud vuelve a jugar su papel. Un romano tuerto llamado Horacio Cocles (Cocles significa tuerto)

comprendió de inmediato que era necesario cortar el puente, sobre el cual ya corrían las tropas etruscas; y mientras ordenaba a sus compañeros que a pesar de estar él sobre el puente lo derribaran, sólo enfrentó la furia de los soldados etruscos. Horacio Cocles se movía como un rayo en todos los sentidos y blandía su espada corta, al tiempo que esquivaba las espadas de sus enemigos. Su heroísmo detuvo la fuerza arrolladora de un ejército tan potente y numeroso, hasta que las cuerdas que sostenían el viaducto fueron cortadas. En ese momento Horacio Cocles se encomendó al espíritu del río y se lanzó a las profundas aguas del lado de la muralla. Del otro lado cayeron todos los etruscos que se ahogaron; pero el héroe, esforzado como era, logró salir a nado hasta la orilla donde lo recibieron jubilosos sus compatriotas.

Porsena, naturalmente, no pudo entrar a Roma. Pero decidió sitiarse. Cuando pasaban los días y el hambre empezaba a hacerse sentir, las virtudes hicieron otra demostración de su presencia entre los romanos.

Un día un joven llamado Cayo Mucio logró burlar el campo enemigo y con su puñal rasgó la tienda principal donde suponía que se encontraba el rey de los etruscos y penetró. Allí divisó a un personaje principal que daba órdenes y se abalanzó con el puñal en alto y le dio muerte. Inmediatamente fue capturado, y ocurrió que aquél a quien había acuchillado no era el rey Porsena, sino su secretario. Así, pues, fue conducido ante el soberano. “¿Cómo te llamas?” Inquirió el Rey. “Cayo Mucio –contestó– soy romano y quería dar muerte al tirano enemigo de mi patria que pretende quitarnos la libertad”. “Ajá –respondió Porsena– con que querías matarme: en la cruz lo pagarás,

a menos que me digas cuáles son los planes que tienen los romanos”.

Cuando esto dijo Porsena, Cayo Mucio se adelantó hasta donde estaba el fuego sagrado y colocó encima de las llamas su mano derecha, sin pestañear ni hacer un gesto de dolor. “Mira –dijo entonces–, cuán poco puede importarme el dolor o la vida, cuando defiendo un alto ideal”. Y la mano se iba achicharrando y el olor pestilente de la carne quemada inundó la estancia.

Porsena se conmovió ante tanto estoicismo y ordenó que lo quitaran del fuego. “Estás libre”. le dijo. Cayo Mucio replicó: “Trescientos jóvenes romanos nos hemos disputado el deber de venir ante ti a darte muerte por defender lo que amamos. Yo me voy, pero otros vendrán en pos de mí”. Porsena meditó en lo dicho por el joven y envió a sus embajadores a los romanos para pactar la paz. A Cayo Mucio, que prácticamente había perdido su mano derecha, le dieron como título honorífico el nombre de “Escévola”, que quiere decir “el zurdo”, el cual pasó de generación en generación a sus descendientes.

Este hombre había salvado a su patria. Desde entonces, aunque el común de las gentes desconozca el origen de la expresión, los hombres dicen para defender la verdad de alguien, o su honradez, o su justicia, o los valores nobles del espíritu, “meto mi mano en el fuego”. Aunque en verdad, nadie lo hace; y seguramente no habrá mucha gente por quién exponerla.

En el calendario de los romanos se dividían los días entre “fastos” y “nefastos”. Los primeros eran aque-

llos en que era lícito administrar justicia, y tramitar negocios públicos. Los segundos eran conmemoraciones lucrativas en las cuales era prohibido ventilar asuntos o negocios y administrar justicia.

Cuando los ejércitos romanos obtenían una victoria de resonancia, hacían grandes festejos, como los han hecho todos los pueblos en tales circunstancias; y si el triunfo tenía repercusiones históricas, se escribían los fastos conmemorativos con exaltaciones de héroe para el general victorioso, a quien se coronaba con laurel. Su entrada a la urbe se realizaba bajo grandes arcos, y lo hacía en una carroza de guerra o cuadriga. Detrás de él venían los reyes o generales vencidos con su familia, amarrados con cadenas; y en grandes carretas detrás de éstos, las riquezas confiscadas que aumentarían el poderoso erario de Roma.

Empero, ningún general podía entrar en la Ciudad Eterna con su ejército, que debería quedar a muchos kilómetros, pues se tenía el temor de que la ambición lo llevara a cometer el crimen sacramental de intentar apoderarse del gobierno. Para excitar la humildad, al lado del general que clamorosamente obtenía el triunfo —se denominaba el “imperatur”— iba un esclavo que constantemente, ante los vítores de la muchedumbre, le repetía al oído: “Recuerda que eres mortal”.

La dictadura, a que se acudía excepcionalmente y en las ocasiones de grandes peligros públicos, consistía en otorgar plenos poderes —de todas maneras por debajo del Senado— a un patricio investido con el consulado, para que pudiera conjurar la crisis. Se usaban los poderes dic-

tatorias, “pro t mpore” por un término de seis meses, y el premio que se confería al dictador, único por lo demás al cual aspiraba, era el reconocimiento público de sus conciudadanos.

El caso de mayor relieve de este virtuoso renunciamiento, ejemplo para los pueblos de todas las épocas, la dio Lucio Quincio Cincinato, viva encarnación del desinterés y el patriotismo. Una ciudad norteamericana lleva su nombre: Cincinnati que en lat n, significa ciudad de Cincinato.

Su vida discurrió a mediados del siglo V a.d.J. cuando aún Roma no había consolidado su hegemonía sobre la Península Itálica.

Era un patricio de cuerpo alto y fornido. Su nombre significa “el del cabello ensortijado”. Tenía tierras y se dedicaba a ellas, pero además era poseedor de un fino sentido del Estado y la política y de una inteligencia sobresaliente para la guerra.

Cincinato había sido senador y tribuno; y sus conciudadanos lo ungieron con el consulado que desempeño por el período ordinario de un año, dentro del cual se destacó por el respeto a la ley y el afianzamiento de las conquistas que él mismo dirigió. Dentro del mayor respeto y dignidad, cumplida esta misión, se retiró a sus tierras.

Los equos, como los etruscos, eran un pueblo vecino a Roma, con el cual habían hecho la guerra. Y los equos, fortalecidos, se acercaban una vez más a la urbe. La ciudad tembl . Los dos cónsules no encontraban ni autori-

dad, ni la decisión para enfrentar el peligro. Se formó una gran histeria colectiva y no hallaban a nadie capaz de salvar a la patria. En los acalorados debates del Senado habló uno de los patricios para proponer un nombre y pedir que se le otorgara la dictadura. Cuando eso ocurrió todos estuvieron de acuerdo y por unanimidad se nombro dictador a Lucio Quincio Cincinato. A la mañana siguiente fueron hasta su hacienda para comunicarle el nombramiento. Lo encontraron en la campiña con el arado. Cincinato aceptó la túnica y la toga blancas orladas de púrpura.

Organizó el ejército con su elocuencia, y marchó, con todo el mando, a encontrar a los equos. Al divisarlos, esperó la noche. Cuando ésta cayó, en medio de la oscuridad, los rodeó, al tiempo que hizo construir una grande empalizada. Al salir el sol, los equos se encontraron cercados y combatieron con denuedo, pero el genio militar del dictador les había ganado la partida. Se rindieron y Cincinato los perdonó. Sólo llevó a Roma a los cabecillas a los que les impuso un tratado de paz.

Habían transcurrido solamente seis días. Cincinato lleno de gloria, frente a las aclamaciones de los romanos que le pedían que continuara en el mando supremo para el cual había sido elegido por seis meses, se despojó de la toga máxima y regresó a su arado.

Allí lo volvieron a encontrar veinte años después, cuando por segunda vez lo hicieron dictador. Estaba ya anciano, pero vigoroso. Un nuevo peligro se cernía sobre la república. Un hombre muy rico, Espurio Melio, había venido comprando trigo a los etruscos hasta acapararlo todo. El pueblo tenía hambre y él se aprovechó de esta

situación, creada por él mismo, para hacer política comprando votos y partidarios. Entonces Espurio Melio –bien puesto el nombre–, compró armas y las repartió entre la plebe, al tiempo que, como lo hiciera antes Coriolano, se dedicó a hacer demagogia y populismo contra los cónsules en ejercicio y el Senado. Fue entonces cuando, ante la conspiración tan poderosa, pensaron en el gran patricio y lo nombraron nuevamente dictador, con todas las prerrogativas y autoridad. Cincinato aceptó.

Su solo prestigio concitaba a las gentes alrededor del orden, pero Espurio Melio era ya muy fuerte, y con los “dineros calientes” que había repartido, tenía muchos partidarios. Cincinato, con toda la majestad de la república, envió al jefe de la caballería, el centurión Servilio, para que dijera a Melio que el dictador lo llamaba. Melio tuvo temor y no fue, tratando de hacer que el pueblo se levantara. Pero era tal el respeto que inspiraba Cincinato, que no hubo sublevación.

Servilio le dio muerte a Melio, y el peligro quedó superado.

Nuevamente Cincinato, con la naturalidad del patriota sin ambiciones, se despojó de la toga y regresó, con modestia y sencillez, a depositar su sudor sobre el surco y las espigas.

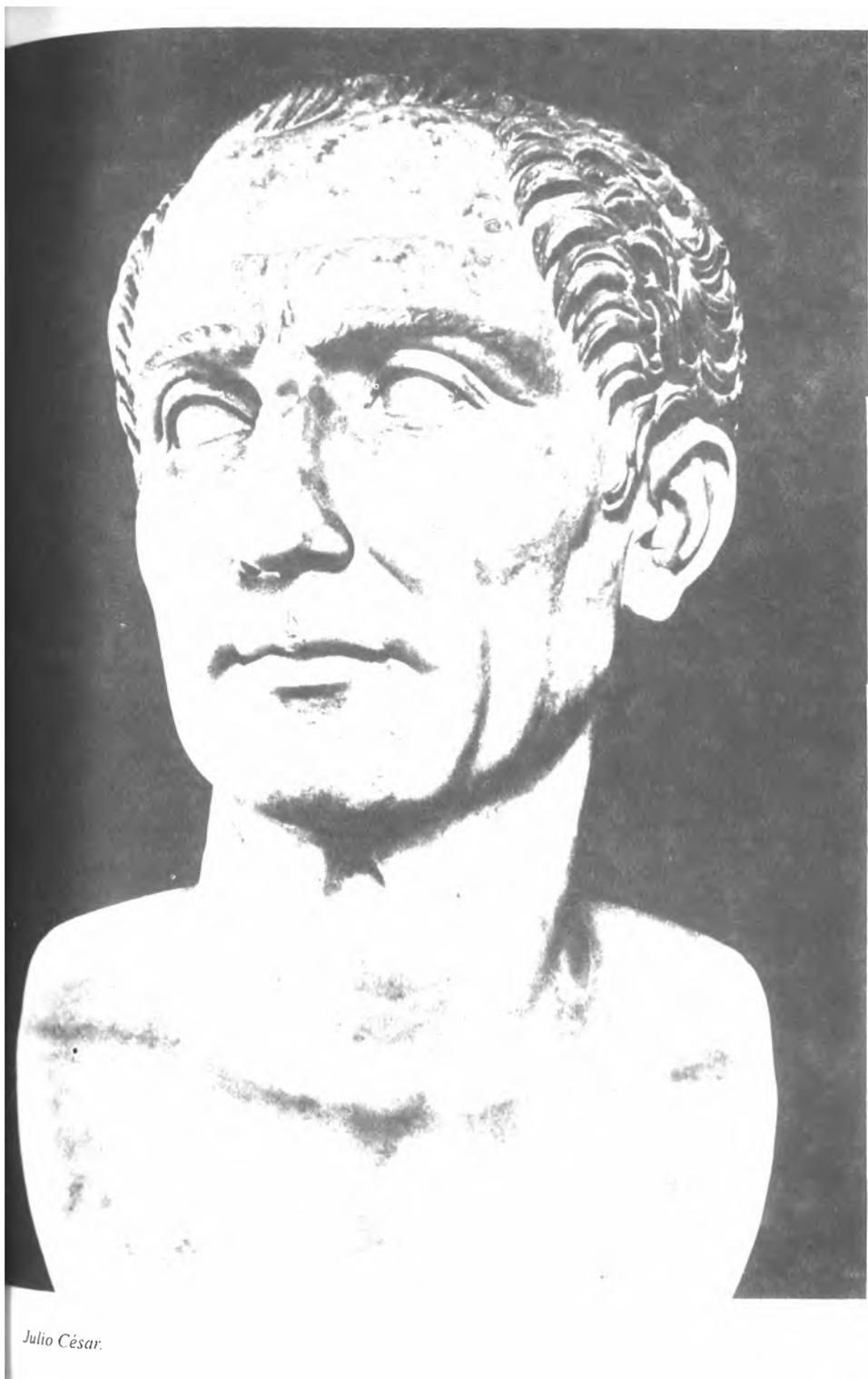
Sobra advertir que no todo en Roma fue “virtus”, y que de ella nos han llegado muchos vicios que, aún hoy, afectan la democracia y el gobierno de los pueblos. Los ciudadanos que aspiraban a un cargo, tenían por costumbre sonreír y aparentar simpatías entre el pueblo, pues casi

todos los honores administrativos eran discernidos por el voto popular. En esos trances vestían una túnica y manto blanco, que se llamaba la “toga cándida”, de donde viene la palabra “candidato”. La demagogia era la regla. Por eso el hermano menor de Cicerón le aconsejaba para una campaña: “Hay que desempeñar la comedia de tal manera que el pueblo crea que uno es amable por naturaleza, sin sospechar timidez. La mímica es muy importante y debe ser tan cuidada como la voz. Por último hay que tener perseverancia y olvidar la fatiga”.

Los dineros se repartían a manos llenas. Se distribuía con generosidad trigo y se daban espectáculos con grandes libaciones. “Panem et circenses”. Y estos grandes gastos, una vez elegidos, eran recuperados y aumentados con creces en la administración de una provincia después de terminado el período del cargo. Entonces se enriquecían con tierras, tesoros y esclavos.

El populacho, objeto de la demagogia, cada vez exigía más, hasta llegar a los macabros espectáculos del circo, donde un pueblo tan culto y virtuoso desato su sed de sangre y su crueldad. Manchas de la democracia en quienes fueron los padres de ésta y del derecho.

JULIO CESAR



Julio César.



César cruza el río Rubicón.



uando perseguido por el dictador Sila, siendo muy joven, Julio César, debió errar por caminos y países y fue secuestrado por unos piratas que le pidieron veinte talentos por su rescate, aquél soltó a reírse desenfadadamente mientras decía a los forajidos: “Bien se ve que no sabéis quién soy. Yo os ofrezco cincuenta”. Y el rescate fue cancelado; pero una vez en libertad, el joven César se puso al frente de una nave y los persiguió tenazmente entre golfos y ensenadas hasta capturarlos. Entonces también reía a carcajadas y entre tanto recibían su castigo, les recordaba: “Bien os dije que no sabíais quién era yo”.

Y a pesar de que en un discurso Curión el padre dijo de él que “Era marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos”, aludiendo por supuesto a que según usos muy comunes alternaba indistintamente en el tálamo con hembras y varones, es lo cierto que no hubo un hombre de su altura, después de Alejandro, su modelo, en toda la antigüedad. Austero en el comer y en la bebida, cultor de la escuela de Apolonio Morón, maestro que también fue de Cicerón, de grácil figura, cuerpo flexible, torso atlético, piernas esbeltas que se hacía depilar como una joven, Era además elegante, vestido de patricio con la

laticlavia larga guarnecida de púrpura; y cuando vestía arreos militares, era también estricto en la confección y la postura, no obstante que no solía usar morrión ni sombrero alguno.

Tenía el rostro anguloso y agradable y disimulaba la prematura calvicie con el resto del cabello que se echaba hacia adelante. La boca fina y elástica, fácil a la risa o al sarcasmo, dulce o autoritaria, constituía en Cayo Julio César su rasgo más estereotipado. De ella derivaba su enigmática e inasible personalidad.

No era afeminado, a pesar de que tampoco era fruto de la calumnia lo dicho por Curión. Efectivamente se recuerda cómo en la corte de Bitinia, donde reinaba Nicomedes, siendo mancebo Julio César, sirvió a la mesa real el vino y después, según lo dijo Cicerón, compartió el lecho de oro con el rey, quien lo colmó de presentes. Y el caso se repitió con éste y otros hombres.

De esclarecida prosapia, se decía que descendía de Venus por la línea de los Julios –que tal no era nombre sino apellido– y por la materna era vástago de los reyes Marcios, los cuales habían dado esplendor a Roma. Vivía orgulloso de tales linajes y sabía que la vida le reservaba un largo camino, a pesar del triunfo férreo de Sila que sustituyó a su tío Mario, muerto ya, pero cuya memoria sólo podía ser evocada en el más recóndito silencio del pensamiento. Se diría que César no se daba prisa. Discurría su vida entre frivolidades y derroches. Suelto de manos, eran famosos sus banquetes. En una de sus fiestas, a las que invitaba con generosa munificencia a la plebe, costeó él solo –endeudándose por supuesto– el espectáculo

lo de trescientas veinte parejas de gladiadores traídos de los más remotos y exóticos países.

Por supuesto que más allá de tan pródigas manifestaciones había un cálculo político; y el pueblo comenzó a venerarlo. Así pudo proponerse como candidato al Tribunado Militar contra el patricio Cayo Pompilio y ganar ventajosamente. Ya elegido, lo primero que hizo fue desempolvar las estatuas de Mario –claro que Sila ya se había retirado del mando y había regresado, como Cincinato, a la labranza– y las hizo llevar hasta el Capitolio. Al día siguiente, como muchos protestaron, arengó al pueblo para hacer la apología de su pariente, y al final del discurso todos glorificaron el nombre de Mario.

En adelante su política se orientaría hacia la clase popular, contrariando al partido de los optimates, nombre que asumían los aristocráticos. Cuando murió el Pontífice Máximo, Metelo, siendo aún muy joven Julio César, aspiró a tan eminente dignidad, contra la postulación de Cátulo, hombre de consagrados merecimientos y de rica fortuna. Pensó éste que sería fácil sobornar a aquél con generoso ofrecimiento de dinero para que no se presentase. Pero a pesar de sus deudas, César adquirió nuevas para irrigar “donaciones” entre el pueblo. El día de los comicios dijo a su madre: “Esta noche tendrás a tu hijo de Pontífice o desterrado”. Pero el pueblo lo respaldó y fue elegido, mientras los notables patricios tascaban el freno.

En lo futuro sabrían a qué atenerse con él. Estos años juveniles no dan la dimensión de su genio. Su vida oscila en la incertidumbre entre lo banal e intrascendente, comprometido en mezquinas intrigas y conspiraciones y

el verdadero sentido de la grandeza. Estuvo enredado – cuando era pretor– en la conspiración de Catilina, siendo cónsul Cicerón y hasta logró engañarlo. Pero no ocurrió lo mismo con Catón. Su voz lanzaba llamas de indignación contra él. También estuvo comprometido, cuando fue edil, en un nefasto complot urdido por Craso, quien se proponía sangrientamente dar el golpe de estado e imponer su dictadura. Esa noche los conjurados darían muerte en el Senado a los principales patricios. La señal para iniciar la carnicería estaba convenida: al entrar César en el augusto recinto dejaría caer la toga de su hombro. Pero llegado el momento no lo hizo porque Craso, por temor de última hora, no se presentó.

Fue por esta época en que, después de haber repudiado a su primera mujer Cossucia, de haber muerto su segunda Cornelia, madre de su hija Julia, a la que tanto amó; y desposado a la tercera, la hermosa Pompeya, su hogar se vio comprometido en un escándalo. Pompeya inflamaba pasiones y sentía como todas las mujeres, especial deleite al saberse deseada. Publio Clodio, joven patricio de disoluta vida –hasta incestuoso fue con su hermana Clodia – y cuyas andanzas en el futuro dieron mucho de qué hablar, no se limitó a las miradas. Con el consentimiento de ella penetró en su casa disfrazado de mujer, cuando se celebraban los ritos y festividades de la diosa Bona, madre de la Tierra, en los cuales sólo mujeres, en medio de libaciones órficas, consagraban sus devociones a la deidad. La presencia de hombres era, naturalmente, sacrílega. Y Clodio fue descubierto, aunque nadie lo vio al lado de Pompeya.

Las mujeres contaron a sus maridos y éstos llevaron la especie hasta el Senado, donde se presentó la acusación contra aquél. César, ganando a Clodio inexplicablemente para su partido, lo defendió y salvó de la muerte, pero repudió a Pompeya. Cuando alguien le hizo ver que era absurdo que sancionara a ésta y defendiera a Clodio al mismo tiempo, dijo: “Es que la mujer de Julio César no sólo ha de ser virtuosa, sino aparentar serlo”. Pasado un tiempo casaría con Calpurnia.

Vendría entonces su primera responsabilidad seria: iría a España como pro-cónsul, cargo que no era tan atractivo en ese tiempo. Pero sus acreedores lo asediaban y no podía partir. Sobraría advertir que la ley permitía al acreedor, por un proceso muy común entonces que se llamaba de “*manus iniectio*” reducir a esclavitud a su deudor insolvente. Entonces vino en su auxilio Craso, el hombre más rico que había en Roma y a quien, como se dijo antes, había servido de cómplice Julio César y calmó la furia de los cobradores. El destino les depararía varias oportunidades para afianzar esa amistad.

César en España bien pronto demostraría el genio que le animaba. Su sentido estratégico lo llevó a someter a los rebeldes y a imponerse. Trabajaba febrilmente. Agotaba las distancias sin darse tregua ni reposo. Aprovechaba aún las horas de sueño y dormía a voluntad en los momentos y sitios más insospechados. La noche era aliada para su gran arma: la sorpresa. Pero mientras desarrollaba sus especiales talentos, fue igualmente en España donde descubrió que un terrible mal lo aquejaba: sufría de intensos dolores de cabeza y en Córdoba le sobrevino el primer ataque epiléptico.

Empero no se arredró y por el contrario su empuje vital aumentaba. Su cuerpo era flaco y débil, pero una energía interior superaba sus limitaciones humanas. Cuando tenía todo en orden, la misma fortaleza que había demostrado en la guerra con los españoles la puso al servicio de la paz. Su visión de estadista descubría un nuevo panorama. Y tal vez recordando su propia situación, lo primero que hizo fue cambiar las leyes civiles. Los acreedores no tendrían más derecho sobre el deudor que el percibir, por embargo, la tercera parte de las rentas de éste.

En un año había llevado la paz y el progreso, sin descuidar su propio peculio y el de sus soldados. Ya era rico.

Pero cierto día, cuando leía sobre la vida de Alejandro el Grande se quedó pensativo y dijo a sus amigos: “No os parece que mi vida no tiene sentido, pues a mi edad ya Alejandro reinaba sobre tantos pueblos y yo no he hecho nada”. Y tomo resolución y regresó a Roma. Desde la frontera mandó emisarios al Senado solicitando le concedieran el triunfo —que era el derecho a entrar triunfalmente a Roma—, a que tenía derecho como general vencedor, y al mismo tiempo se inscribía como candidato al Consulado. Nuevamente la voz de Catón se elevaba fustigando tal conducta, pues no podía ser candidato a la primera magistratura quien tuviese mando de tropas. Catón era una especie de conciencia moral de Roma, intransigente en el cumplimiento de la moral y de las leyes.

César entonces debió declinar muy a su pesar el triunfo y conformarse solamente con la candidatura, que era competida por muchos. Así pues, ya en Roma, como

cualquier ciudadano inerme, su cerebro planificó una estrategia audaz. Se empeñó en reconciliar a Pompeyo, el hombre más poderoso de tal época y a Craso –su antiguo cómplice– quienes eran, por desafinadas políticas, terribles enemigos. Y lo logró a base de astucia y tacto. De allí por supuesto salió con el apoyo de los dos grandes hombres para las elecciones y triunfó con Calpurnio Bíbulo. El consulado que era el poder ejecutivo, se integraba constitucionalmente por dos cónsules y alternativamente gobernaban. Pero en Julio César comenzaba a irrumpir el autócrata que siempre fue; y el pobre Bíbulo no pudo gobernar. Es más, ni siquiera salir a la calle. Hubo de recluirse, por el año que duraba el consulado, en su residencia, mientras su colega César gobernaba omnímodamente como cónsul único.

Naturalmente que Marco Poncio Catón, crecía en indignación. Mas César estaba apoyado por el pueblo. Cicerón por su parte fue más tolerante, como quiera que entonces pertenecía al partido de Pompeyo, a pesar de que las instituciones del Estado se encontraban grandemente amenazadas.

Sin embargo tales alteraciones no conducían a la instauración de una tiranía, sino a establecer profundos y beneficiosos cambios, que se tradujeron en la propuesta de leyes de muy amplia cobertura social. La reforma agraria por sí misma, da una idea de la sensibilidad del gobernante. Las tierras de Stella y la Campania, abundantes y feraces, serían repartidas por sorteo entre los campesinos desposeídos que eran, obviamente muchísimos. Y como los terratenientes se irguieran en contra en el Senado, con-

vocó al pueblo a que lo respaldara, al igual que lo hicieron Cneo Pompeyo y Marco Licinio Craso.

Se rebajaron los arrendamientos y los impuestos, y el Senado se vio precisado a aprobar las revolucionarias medidas.

Como el conservador Catón siguiese increpándolo en el Senado, sin vacilación ni temor, un día mandó a un lictor a que lo sacase del recinto y lo llevase preso. Y lo tuvo en la cárcel sin preocuparle las reacciones contra tan arbitraria medida. Así era César.

Evidentemente la unión con Pompeyo y Craso redundaba en obvios beneficios. Para afianzarla y darle prenda de larga duración, César entregó a su única hija, Julia, muy joven, en matrimonio a Pompeyo, no obstante que para ello fue preciso desbaratar la promesa contraída por ella misma, amorosamente, con Servilio Cepión; y estando éste burlado, no tuvo inconveniente en entregarle a Cepión a la hija de Pompeyo. El propio César se volvía a desposar con Calpurnia, hija de Pisón, al cual preparó para que asumiera las altas funciones consulares, cuando hubiese cesado su período. Y no hubo amigo ni enemigo a los que no atrajera con un conveniente matrimonio. Catón, por su parte, continuaba sus acres censuras; pero la rueda de la felicidad le irradiaba sus frutos a César. Era el arte de la política.

Terminado este primer consulado, le fue confiado el encargo —que tanto apeteciera— de ir como procónsul a las Galias Cisalpina y Transalpina y además a la Iliria. Casi todo el mundo desconocido y bárbaro de Europa. Lo

esperaban allá la gloria y la riqueza. Plutarco sintetiza esa larga campaña así:

“El tiempo de las guerras que después sostuvo y de las campañas con que domó la Galia, como si hubiera tenido un principio y se le hubiera abierto otro camino para una vida nueva y nuevas hazañas, le acreditó de guerrero y caudillo no inferior a ninguno de los más admirados y más célebres en la carrera de las armas; y antes, comparado con los Fabios, los Escipiones y los Metelos, con los que poco antes le habían precedido, Sila, Mario y los dos Lúculos, y aún con el mismo Pompeyo, cuya fama sobrehumana florecía entonces con la gloria de tal virtud militar, las hazañas de César le hacen superior a uno por la esperanza de los lugares en que combatió; a otro, por la extensión del territorio que conquistó; a éste por el número y valor de los enemigos que venció, a aquél, por lo extraño y feroz de las costumbres que suavizó; a otro por la blandura y mansedumbre con los cautivos; a otro, finalmente, por los donativos y favores hechos a los soldados; y a todos, por haber peleado más batallas y haber destruido mayor número de enemigos; pues habiendo hecho la guerra diez años, tomó a viva fuerza más de ochocientas ciudades y sujetó trescientas naciones.

En tiempo récord, ocho días después de haber salido de Roma, estaba pasando el Ródano y bien pronto encontraría a los helvecios y los tigurinos, que en número de trescientos mil marchaban hacia aquella ciudad; y después de varios combates encarnizados, los venció. Seguiría la guerra contra los terribles germanos de allende del Rin, los cuales pasaron el gran río en fiera actitud de guerra; y su inteligencia militar y el coraje se impusieron. Los

germanos atravesaron a nado, de regreso y en retirada, el río dejando ochenta mil muertos regados en el camino.

Pero las acciones no habrían de terminar pronto con ellos. Eran un pueblo grande, feroz e inteligente. Sus acometidas serían constantes y cruentas. Julio César estableció su campamento a orillas del enorme río, de donde salió un caserío que pasados los tiempos se convertiría en la actual ciudad de Colonia —de allí viene su nombre—; y recuerda la historia cómo, en un prodigio de ingeniería, el propio César construyó un gran puente de madera, desafiante de la anchurosa densidad de las aguas, en el término increíble de diez días. Y por allí pasó con sus hombres, habiendo sido el primer romano que se internó en las misteriosas regiones de la Germania, para dar guerra sin cuartel y victoriosamente a aquellos hombres rubios y corpulentos de ancestro sempiternamente guerrero.

Pero no satisfacía a un espíritu conquistador como el suyo la consolidación de estos triunfos. La Bretaña legendaria era considerada por la mayoría como el fruto imaginario e ilusorio de algunas mentes poéticas. Empero no sería óbice para él el encrespado Mar del Norte. Construyó una flota y partió con su gente a la conquista de lo ignoto y misterioso. Una tempestad estuvo a punto de destruir las endebles y frágiles embarcaciones. Con todo, a pesar de las dificultades, finalmente llegarían a la actual Inglaterra y someterían a los bretones, pobres e ignorantes. Aún hoy pueden verse las venerables ruinas de las construcciones romanas en Londres y en otras partes.

Los usipetes, los tencteros, los sicambros y los suevos, sucesivamente fueron oponiéndose al general ro-

mano, y de la misma manera los fue venciendo. Pero implacable en la guerra, en la paz era el estadista que respetaba costumbres y cultura de los vencidos y estimulaba los adelantos y el progreso. César no fue realmente un déspota, no obstante que sabía servirse de la fuerza.

Mas en Roma, para tales calendas, las cosas no marchaban bien. Un hormiguero de intrigas se urdían contra César. La violencia se enseñoreaba en las calles. Catón encendía los espíritus conservadores y la ley agraria que no había tenido cabal cumplimiento, iba a ser derogada. Entretanto los cónsules abogaban porque se cancelara el período del mando a César, se le nombrara reemplazo y se le despojara de sus tropas. Fue entonces cuando éste dejó en el invierno sus fuerzas en las Galias y se fue a reunir con Pompeyo y Craso a la ciudad de Luca, en la Toscana, y después de largas conversaciones, se conformó la que se llamó “Coalición de Luca”, según la cual Pompeyo y Craso, aseguraban, con el apoyo de César, el consulado siguiente. Aquellos garantizaban el mando y alargaban el período de éste, al tiempo que le autorizarían a aumentar, con cargo al Estado, el grueso de su ejército. Cuando terminaran su consulado los dos generales, tendrían asegurado el mando y el gobierno de España y Siria. Y este pacto se abrió camino en el Senado y se cumplió.

A su regreso a las Galias había una gran sublevación promovida por los auvernios y los carnutes, quienes habían elegido como líder al príncipe galo Vercingetórix, altivo joven de sinigual valor, arrogante estampa y especiales condiciones de estratega y caudillo. La batalla de Vercingetórix fue toda una epopeya. Pero César era sorprendente. Pueblos enteros que se habían levantado fue-

ron convencidos de volver a su amistad. Cuando creían que César huía, reaparecía bien pronto donde menos lo creían. Se movía como un duende en la noche y sus hombres lo seguían más allá del heroísmo. Como si fueran dioses. Se cuenta por ejemplo el caso de Asio Esceva, al cual en la batalla de Dirraquio de un flechazo le sacaron un ojo, le traspasaron el hombro con una lanza y el muslo con otra, mientras en su escudo quedaron clavadas ciento treinta flechas. Estaba acorralado con sus pocos hombres. Entonces fingió rendirse; y cuando el enemigo se le acercó, se incorporó como un rayo y blandiendo su espada le desgajó el hombro a uno, a otro le partió la cara e hirió a los demás, y pudo de esa suerte salvar a los suyos.

La guerra contra los galos tendría término con el sitio de la ciudad de Alesia, donde se refugiaron éstos. Julio César rodeó fuertemente las murallas. Pero de pronto el sitiado, con un nuevo ejército de unos treinta mil galos, apareció y puso a su vez sitio a las fuerzas romanas. Entonces el genial general debió combatir en dos frentes; pero aprovechó una circunstancia psicológica. Los defensores de la plaza ignoraban que eran sus amigos los que habían llegado y pensaron que eran refuerzos para el César. Tal error entonces les hizo perder la moral y se rindieron, entre tanto éste arrancaba una victoria muy sangrienta a los recién venidos.

Vercingetórix salió de la ciudad amurallada en su caballo con todos los arreos militares, mientras César lo esperaba sentado. Se quitó la coraza y la lanzó donde se encontraba el general romano. Inmediatamente se sentó a los pies de Julio César. Era el final. Pero al mismo tiempo el comienzo de una larga desventura. Uncido a su carro

triunfal, Julio César lo pasearía con una cadena por Roma. Después ocuparía una mazmorra durante seis años y al cabo de atroz sufrimiento, fue condenado a muerte, mientras su pueblo gozaba de la “pax” romana.

En el ínterin de la larga campaña de las Galias había muerto de parto Julia, la hija de César y esposa de Pompeyo. También había muerto Craso. Y en el pequeño mundo de las envidias y los celos de dos hombres providenciales, la ausencia de aquella prenda de afecto permitió que el camino se fuera llenando de abrojos. César comprendía que fatalmente el destino los enfrentaría y trató de tender un nuevo puente ofreciendo a Pompeyo a la joven y hermosa Octavia, nieta de su hermana. Pero Pompeyo contrajo nuevas nupcias con la hija de Escipión. Quedaban pues por fuera del lar familiar y propensos a las inexorables y acuciantes intrigas de los aduladores.

Sucedió entonces que el cónsul Claudio Marcelo dictó un decreto, invocando la salvación de la República, por el cual exigía al Senado que le nombraran sucesor de César y, alcanzada como estaba la paz, disolviera el gigantesco ejército a su mando, debiéndose presentar inmediatamente a Roma. César sabía que querían cogerlo inerte para acusarlo, mientras Pompeyo disponía de todo su mando. Entonces propuso al Senado que igual medida se adoptara con Pompeyo y él consentiría en someterse, para presentar su candidatura al segundo consulado. El Senado se negó a aceptar las propuestas y lejos de favorecer la causa de Julio César, se desató una persecución contra sus amigos, los tribunos militares.

Este proceso de agrietamiento duró dos años. César había llegado a Rávena, lindes de Roma, con sus tropas. Allí lo recibieron los tribunos militares que huían de la persecución del Senado. Es entonces cuando César llega al río Rubicón y, atendiendo los presagios de un flautista que con su música pasó las aguas del río —lindero de la capital, donde no podían entrar las tropas—, entendió que lo que los dioses querían era que él también llevara el mensaje de una nueva época. Sabía que su destino y el del mundo en adelante, lo definían las armas. Intrépido, sin vacilación y muy dueño de sí mismo, cruzó el Rubicón con sus hombres, mientras esculpía para la historia su frase: “*Alea jacta est*”. (La suerte está echada).

La noticia bien pronto llegó a Roma. Entonces los dos cónsules y gran parte de los senadores, aterrorizados, emprendieron la fuga. Roma no era una ciudad sitiada, era una ciudad desierta. Y los patricios todos, sintiéndose amenazados por César, miraron al otro polo salvador: Pompeyo. Entonces la gran mayoría partió a engrosar su ejército.

Mientras tanto César, con los pocos senadores que quedaban en Roma, se hizo nombrar cónsul único y dictador y se fue a perseguir a Pompeyo a España. No lo encontró, pero libró combates victoriosos contra los amigos de éste. Pompeyo había viajado a Macedonia con su formidable ejército, acompañado de Escipión, su suegro y brillante general, y por Catón. Se instaló cómodamente y dispuso de todo a su favor para acondicionarse de la mejor manera a fin de enfrentar a César. Sabía que él vendría a buscarlo.

César viajó por Bríndisi, en medio de mil dificultades y peripecias. Y a base de tenacidad lo halló. El primer encuentro fue terrible para César. La superioridad numérica, el descanso y el buen avituallamiento de las tropas de su enemigo terminaron por imponerse, mientras los soldados de César huían descaradamente. Pero Pompeyo se limitó a verlos huír sin perseguirlos. Si lo hubiera hecho habría triunfado definitivamente. César se refugió en su tienda esa noche lleno de desesperación y furor. Entonces comprendió que no era allí el sitio para la batalla y esforzándose prodigiosamente pudo salir hasta llegar a Farsalia. Con especial cuidado estudió todo aquí y esperó pacientemente a Pompeyo.

Llegó éste y se dispuso en el campo la premeditada batalla. Pompeyo tenía siete mil jinetes bien equipados, César mil. Pompeyo tenía cuarenta y cinco mil infantes, César veintidós mil. Pero Pompeyo cometió el error de lanzar primero la caballería, que estaba integrada por señoritos aristocráticos, mientras los jinetes de César eran hombres rudos, de baja condición social. Entonces éstos, como estrategia, herían en sus caras a aquellos y aterrorizaban la caballería del gran Pompeyo que dio vuelta atrás y huyó aplastando a su propia infantería. El genial Pompeyo había perdido su estrella. Se recluyó en su campamento presa de angustia, dejando a sus hombres al garete, en espera de un prodigio que no se presentó.

Cuando sintió al enemigo cerca, se despojó de sus ropas de general y adoptó las de un paisano y también huyó vergonzosamente. Se fue a Egipto.

Desgraciado ocaso para quien durante cuarenta años había dado gloria a las armas romanas. César se em-

barcó inmediatamente con una parte de sus tropas y se fue a perseguir al fugitivo. Hizo escalas en el Asia Menor y finalmente arribó a Alejandría. Aquí tuvo noticias de la muerte de Pompeyo a manos del pérfido y taimado eunuco Potino. Cuando Teodoro le mostró la cabeza de quien había sido su enemigo y yerno y le presentó el sello del anillo, Julio César lloró amargamente.

Siguieron ocurriendo en Egipto hechos enmarcados en lo inusitado. Movidos por las intrigas del nombrado Potino, los egipcios harían toda clase de sabotaje a las fuerzas romanas. Tapiaron el acueducto y además bloquearon la pequeña flota de César, el cual, para impedirlo, debió provocar un incendio en el mar que, infortunadamente, se extendió a la ciudad y en él sucumbió la inmensa y famosa biblioteca de Alejandría. Cuando César descubrió las artimañas del eunuco, le dio muerte y después todo se tranquilizó. No quedaba para entonces ser alguno que tuviera capacidad en Roma para enfrentarse a César. Había llegado la hora inobjetable de la victoria. Y a ella seguiría la hora del amor.

La reina de Egipto, Cleopatra, que gobernaba con su hermano Ptolomeo –además era su esposo a pesar de ser niño, pues los faraones se casaban desde niños con sus hermanas– una noche se enrolló en una alfombra y al ser desenvuelta a los pies de César, salió radiante, coqueta y maliciosa. Era morena como las aguas del Nilo, de boca lujuriosa, cimbreante talle, cabellera sedosa y negra, nariz fina y respingada y acusaba esa dulce y exótica sensualidad de los dátiles. Julio César se enloquecería por ella, y ella pondría calor a las largas noches estivales en las cuales el guerrero creía reposar.

Pero no obstante las delicias pasionales que iluminaban la vida del héroe, tuvo tiempo para volver a Asia Menor a combatir al legendario y temible rey de Ponto, Farnaces, hijo de Mitrídates. En un combate de sólo cuatro horas lo venció, y de paso organizó Capadocia, Bitinia y la Armenia Menor. A su regreso a Egipto diría lacónicamente: “Veni, vidi, vici” (vine, vi y vencí).

Escipión y Catón habían levantado un ejército con los rezagos del de Pompeyo; y como aquél, descendiente de Escipión el Africano, creía en un oráculo que amparaba a los de su linaje en el sentido de que en Africa no serían vencidos, estaba prevalido de tales augurios. Pero César tenía entre sus tropas a otro de los descendientes de Escipión el Africano, llamado Escipión Salución. El augurio pues tendría valor para ambos. Por cierto que cuando se libró la lucha decisiva, César no participó en ella, aquejado de convulsiones epilépticas y guarecido en una humilde cabaña. Y Escipión, el amigo de César, triunfó. Perdió el suegro de Pompeyo. Casi todos los sobrevivientes de los vencidos se dieron muerte a sí mismos, siguiendo la tradición del valor romano. Catón no había participado en la contienda. Se encontraba al mando de un batallón en Utica. Entonces el propio César, personalmente, se apresuró para cogerlo vivo, a él que había sido su más implacable censor, hombre moral y de principios insobornables. Cuando llegó a Utica vio su cadáver. El, igualmente se había suicidado con honor. Y ante sus despojos César también lloró, al tiempo decía: “No hubiera querido, oh Catón, que tuvieras la gloria de esta muerte, como tú no has querido que yo tenga la de salvarte la vida”.

Vendrían los fastos, el gran triunfo, la Vía Apia colmada de gentes y el desfile bullicioso en la urbe, en medio de palmas, aclamaciones y vítores, los arcos triunfales, ceñidas las sienes encanecidas por el laurel. El Senado le daría todos los títulos que humano alguno hubiera ostentado, mientras unos le ofrecían la corona del rey. César se conformó solamente con el consulado. Y ejerció el mando con sereno espíritu de gobernante progresista.

Cuando su deseo era la paz, bien pronto debió salir de regreso a la guerra. Los hijos de Pompeyo habían armado un ejército inmenso en España, y aun cuando César trató por todos los medios de disuadirlos, el rencor corroía a los dos jóvenes. Sólo las armas debían hablar.

Partió pues para España, donde había estado hacía quince años en su primera gran misión. Y debió dar batalla cerca de la ciudad de Munda. Fue una confrontación amarga y dura. Los enemigos se imponían y sus tropas empezaban la retirada. César les increpó por su cobardía, y al final de la tarde, después de tan dura prueba, la victoria se inclinó a su lado. Los muertos cubrían el extenso campo. Un hijo de Pompeyo huyó. Del otro le trajeron la cabeza. Y en medio de su aflicción ante el despojo del valiente joven de la sangre noble de su émulo, dijo que siempre había combatido por defender la victoria. Esta era la primera vez que lo había hecho para defender la vida.

Y sería su última guerra. El guerrero había dejado de existir. Ahora sólo sobresalía en él el genio. Las ideas fluían en su cabeza con creadora imaginación. Mientras estructuraba un nuevo código civil, avizoraba cortar

el istmo de Corinto para abreviar la navegación. Se proponía unir en un gran canal los ríos Tíber y Anine y sacarlos al mar de Terracina.

Establecería igualmente un gran sistema de canales tomados de las enormes lagunas de Pomecio y Cesio, para irrigar grandes extensiones de terrenos áridos, que se volverían cultivables. Introdujo, con la ayuda del sabio egipcio Sosígenes, el nuevo calendario que enmendaría las fallas técnicas del anacrónico anterior.

El Senado le dio el título de Dictador “ad vitam”, que administró con prudencia y sin ostentación. Se negó a usar una guardia personal y paseaba en las calles sin escolta. Y se volvió un legalista. Se seguían eligiendo normalmente dos cónsules. Cuando murió un día antes de expirar su mandato el cónsul máximo, para dar cumplimiento a la ley hizo que el Senado eligiese a Caninio Revido, quien acepto encantado. Y cuéntase que mientras los senadores lo felicitaban por el alto honor, Cicerón que formaba fila para dar su propia felicitación, dijo: “Apresuraos para hacer estos cumplidos antes de que Revido se nos anticipe a dejar el consulado”.

Cuando en unos juegos atléticos Marco Antonio –a la sazón cónsul– ganó una carrera y le fue ofrecido el premio que era una diadema, en presencia de todo el público la ofreció por tres veces a César y éste la declinó. Todos entendieron el significado simbólico del ofrecimiento. Y sin embargo sus enemigos empezaron a conspirar, instigados por Marco Bruto, hijo adoptivo de César y yerno y sobrino de Catón, Casio Longino y Casca. Y el furor que les anima era originado, según lo pensaban ellos, en

que César pretendía la corona. Bruto, recordaba que era de la estirpe de Julio Bruto, quien en el pasado había abolido la monarquía de Roma.

La conspiración no durmió la noche anterior. Y se afirma que un agorero había predicho a César que correría un gran peligro en el mes de marzo y que, por lo tanto, debía abstenerse de ir al Senado en los Idus de este mes. César que era tan inclinado a los augures, no creyó lo que se le decía. Tampoco creyó en los sueños de Calpurnia y en sus ruegos para que no fuera al Senado en los Idus de marzo.

César había retornado a esta Corporación la estatua de mármol de Pompeyo, que ocupaba sitio de honor, como antaño lo hiciera con la de Mario. El día señalado marchó hacia allá, desoyendo ruegos y previsiones. En el camino se encontró con el augur, e irónicamente le dijo: “Ya han llegado los Idus de marzo”. El adivino entonces replicó: “Sí, pero no han pasado”.

A los cincuenta y seis años de edad, cuatro después de haber muerto Pompeyo, los puñales desenvainados se volvieron una tempestad de muerte contra él, que no tenía para defenderse más que la toga de magistrado. Bruto lo hirió en la ingle, y cuando César lo vio acercarse con la mirada torva, alcanzó a balbucirle: “¿Tu quoque Brutis fili mi?” (¿Tú también Bruto hijo mío?).

Estaba de pies a un lado de la efigie de Pompeyo, y al caer sin vida, su sangre mancho abundantemente la blancura de la estatua, como la sangre de aquél y de sus hijos también habían salpicado su gloria.

JUSTINIANO Y TEODORA



Justiniano con el Obispo Maximiano y diversos funcionarios y guerreros.



Theodora en la corte.



obre el agreste precipicio, desde donde se divisaban las lejanas y azules aguas del Bósforo, Pedro Sabbatius caminaba al lado de una mula en la que llevaba todas sus pertenencias. Era un muchacho de dieciocho años, alto, desgarbado y de vestido campesino. Había dejado atrás el rico valle del Vardar, en la remota Iliria; y se dirigía hacia la entonces capital del mundo, la nueva Roma, fundada por Constantino el Grande: Constantinopla.

El camino era abrupto y largo, como largos eran aquellos días de verano. Un tío suyo, Justino, había hecho la misma ruta muchos años atrás. Se convirtió en militar y logró sobresalir por su valor en la corte del emperador Anastasio. A los cincuenta años carecía de hijos, pero era patricio y con fortuna. Con un mercader le envió una carta, que dada su ignorancia le fue escrita por un amanuense, en la que lo invitaba a venir a vivir con él. Llevaría una vida holgada, alejado de las cabras que hasta entonces cuidaba y tendría posibilidades de estudiar, que era lo que más ansiaba de la vida. Debajo del brazo portaba un libro de historia y otro de jurisprudencia, que leyó con pasión repetidas veces hasta saberlos de memoria.

Era todo lo que había llegado de cultura a sus manos.

La mula se la envió como presente su tío, a la sazón, general del Imperio. Llevaba ya varios días de caminar y el sol abrasaba, a pesar de ser las seis de la tarde. La sed lo hizo parar en una posada. Allí bebería el refresco común de vino mezclado con miel con su ración de pan y aceitunas, y descansaría al lado de su mula en el pajar. Reemprendería su marcha cuando el sol iniciara a filtrar sus primeros rayos en la hora más temprana del amanecer.

Pernoctaban también en el lugar unos soldados, los cuales llevaban en su caravana la cuadriga del general Vitaliano, con las ruedas de plata y una V grande de oro sobre el carro. Al otro día, cuando Sabbatius se disponía a continuar su camino, el capitán que conducía la cuadriga lo invitó a que viajara con ellos en una carreta, de la cual iría amarrada la mula. Pedro aceptó encantado ante tanta bondad, y como le dijeron que era necesario descargar la acémila, así lo hizo. Cuando fue a subirse a la carreta, le dieron una patada y lo bajaron. A un lado le tiraron sus cosas y la caravana continuó la marcha, llevándose su preciada mula. El robo le dolió profundamente, pero más le humillaron las carcajadas de la soldadesca.

Pedro Sabbatius, ingenuo campesino, acababa de recibir el primer cruel desengaño de la vida, en el 500 año de nuestra era, 1254 de la fundación de Roma.

Su tío Justino era en verdad un hombre ignorante, pero tenía personalidad y noble corazón. Le adoptó como hijo y le dio una estancia en su casa, junto a los jardines,

en la cual le instaló una biblioteca. Pedro asistía a clases en las distintas escuelas de la ciudad, hasta que los maestros no tuvieron más que enseñarle. Usaba la túnica de patricio desaliñada y grande. Parecía prestada pero no daba ninguna importancia a ello. Para entonces ya había leído las enseñanzas de Sócrates en Platón, y siguiendo su ejemplo, ambulaba por las calles trabando diálogo con todos. No obstante, era distraído.

Cuando fue adoptado, su padre Justino le cambió el nombre, como también su suerte. En adelante y hasta nuestros días, se le conocería como Justiniano. Un tiempo después tuvo oportunidad de conocer a Vitaliano. Era un general apuesto, inteligente y naturalmente intrigante. Su tío entonces le dijo, refiriéndose a aquél, que podría confiar en el aprecio que les tenía, pero debían desconfiar de su inteligencia. “Esta es un arma de la que hay que cuidarse”, le había agregado.

Pero no fue la inteligencia lo que falló, con relación a Justino de parte de Vitaliano. Fue su aprecio. Unos meses después Vitaliano enredó en intrigas ante el senil emperador Anastasio a Justino, a quien tildó de conspirador; y Anastasio ordenó el encarcelamiento de aquel. Había caído en desgracia, y de contera también Justiniano por cuenta del nombre fatídico, para él, de Vitaliano.

El encargado de llevar al calabozo a Justino, fue su amigo Juan el Jorobado. Y he aquí que esa noche, cuando dormía éste, tuvo un sueño profético que lo impresionó. Una figura sobrenatural le dijo que debía poner en libertad al prisionero, pues él y su familia eran necesarios para la grandeza del Imperio. Al otro día, muy temprano,

Juan el Jorobado fue donde el emperador y le contó el sueño. Anastasio oyó a su súbdito Juan con piadosa credulidad; y así se salvó Justino del cadalso.

El incidente no se quedó solamente en eso. Vitaliano, que era el Conde de los “excubitors” o guardias imperiales, se disgustó grandemente con el emperador por haber devuelto su libertad a Justino y se declaró en rebeldía. Reclutó unos rufianes del puerto de Crisoseras e integró una flota. Y un día apareció su galera en el Cuerno Dorado, puerto de Constantinopla, seguida de otros barcos. Justino divisaba todos estos movimientos desde la bahía, sin tomar parte en ellos, pues estaba retirado de todo mando. De pronto observó un prodigio: aparecieron las naves del emperador con un arma aterradora, que provenía de una extraña mezcla de azufre y salitre con piritas pulverizadas en un mortero, a todo lo cual se añadía cal viva. Impregnaban una piedra grande que incendiaban y lanzaban con una catapulta y producía un fuego calcinante y aterrador.

A las primeras de cambio Vitaliano vio llegada su hora y dio vuelta a su proa y emprendió la retirada. El anciano emperador había triunfado una vez más. Pero también Justino, sin tomar parte en la contienda. Unos pocos días después, Anastasio lo nombró Conde de los Excubitors y se fue a vivir al Palacio Sagrado con su mujer y su hijo Justiniano. Ninguno de los tres abandonaría en adelante la regia mansión.

Justino tenía ahora obligaciones muy serias en la administración del Imperio. Pero como estaba viejo y era ignorante, estas funciones en realidad las cumplía

Justiniano, pues era él quien debía realizarlas todo el día. Sólo la noche le pertenecía para leer hasta la madrugada en la recoleta y solitaria habitación, mientras Bizancio dormía o pecaba.

Mucho era lo que había variado la vida del pastor de cabras, y mucho más cambiaría después...

El emperador en Constantinopla o Bizancio –era lo mismo–, era en realidad el César del Imperio Romano. Era un autócrata, pues el Senado sólo cumplía funciones secundarias.

El viejo circo romano de gladiadores o de cristianos enfrentados a las fieras para que los devoraran, había devenido en otras diversiones. Ahora era un hipódromo donde se daban cita la nobleza y la plebe.

Entre carrera y carrera se presentaban malabaristas, magos, volatineros, bailarinas orientales y músicos venidos de los más remotos puntos cardinales. Después del espectáculo y mientras continuaban las carreras, el pueblo tenía derecho a hablar, porque por esos tiempos se había elaborado el adagio “vox populi, vox dei”. Los oradores hablaban y el emperador contestaba a través del Anunciador, que era un funcionario de potente voz.

En las graderías se formaron dos bandos o “demos”: los verdes y los azules. Los primeros se integraban por la plebe más heterogénea e irreligiosa, algo así como decir la moderna izquierda. Los llamaban despectivamente “maniqueos, judíos, samaritanos”. Los azules eran la burguesía. El partidismo era irreconciliable, y algunas

veces, en el propio Hipódromo, habían hecho renunciar o habían cambiado al Emperador.

Un día se presentaron tres niñas: Comito, Teodora y Anastasia. Era sobre el año 505, buscando protección de cualquiera de los dos bandos, pues su padre, cuidador de osos, había muerto dejándolas en la mayor pobreza. Su madre era actriz, lo que significaba una combinación de profesiones que daban al espectador no sólo derecho a ver el espectáculo, sino a convidar al lecho a la artista.

Los verdes no apoyaron a las tres niñas, motivo suficiente para que los azules lo hicieran. Mas el apoyo que les dieron no valía de mucho. Sólo les permitieron trabajar en el Hipódromo, y de qué manera. Comito, de diez años, entretendría a los hombres como mujer prematuramente sabia en las secretas artes del amor. Teodora, de cinco, vestiría de payaso y haría chistes en la mesa de las pantomimas, para que al final, los hombres ebrios de vino y lascivia, la abofetearan con risas y burlas, mientras otros, más audaces, irían penetrando su mano grosera entre los pétalos de la doncellerz, debajo del liviano tul.

Teodora habría de reír celebrando y recibiendo monedas que caerían en su infantil regazo. Más tarde, aún antes de los diez años, su clientela exigiría que se subiera el vestido hasta las axilas dando volteretas encima de las mesas, y finalmente se desnudaría con cierto arte, cuando los hombres exigían nuevas sensaciones.

Ya era la edad en que éstos apetecían sus tiernas carnes y su delgada figura impúber. Durante los siguientes cinco años Teodora conoció en la más criminal intimi-

dad a la mayoría de los habitantes libertinos del Hipódromo.

A los quince años partiría con un hombre tosco y ruin, llamado Hacébolo, originario de las costas sirias como ella. Iría él hasta Pentápolis en Africa y entraría al servicio del gobernador de la provincia. Con él viviría un tiempo hasta tener una hija; y hastiada, sin ningún recurso, emprendería otra vez el camino a través del desierto, acogida a una caravana de beduinos, hasta Alejandría. Conoció entonces el hambre y otras humillaciones. Deambulaba como paria, y en las noches del silencio, cuando el hambre y la fatiga eran un puñal penetrando sus entrañas, recordaría con nostalgia las bulliciosas noches de la orgía.

En medio de estas sombras, dejaría a su hija en una casa de Alejandría cuya dirección grabó indeleblemente en su memoria. Pero no le fue dado volver, ni siquiera cuando ya poderosa vestiría la púrpura imperial.

En el muelle de Alejandría, una mañana, vio partir a Porfirio el auriga, rodeado de bellas mujeres en una galera de dorados brocales. De regreso, cuando pasaba por la catedral en momentos en que entraba con pompa el patriarca Timoteo, se arrojó sobre las piedras ardientes del piso. Este la recogió, calmó su hambre y le dio asilo. Por primera vez Teodora se sintió una persona.

Pero su trashumancia no le permitía echar el ancla. Con recomendaciones de Timoteo partiría hacia Antioquía donde también sería huésped del patriarca. Después regresó a Constantinopla, y no volvería al Hipódromo.

mo, porque la rueca de su destino estaba marcada, y en su camino se cruzaría con Pedro Sabbatius. Este, que absorto en su trabajo y en sus estudios había descuidado las cosas del amor, cuando vio la delgada y blanca silueta aceitunada, la cabellera negra reluciente, las cejas altas, y la mirada profunda y soñadora, en medio de una rara majestad, se enamoró de ella, de Teodora la actriz paria; y sus vidas, en adelante, estarían incorporadas como la playa y el mar.

Cuando el emperador Anastasio un día amaneció muerto, ya había muerto su esposa Ariadna. No tenía hijos y tampoco había señalado a su sucesor. La cuestión es que nadie entró en su aposento, pues el personal de los “silenciaros”, que eran nobles dedicados a la servidumbre doméstica del César, esa mañana inexplicablemente, no fue a las augustas habitaciones privadas del Palacio Sagrado. El primero que lo hizo fue Justino, general de los excubitors, quien diera la noticia con cierta prudencia, pues el pueblo en estos casos especiales llegaba a excesos tratando en el Hipódromo de imponer con su voto al sucesor.

A fin de evitar la anarquía, el bien del Estado imponía reunir primero a la guardia del imperio y señalar un candidato que fuere aceptado por el Senado y el Patriarca.

Las intrigas surgieron en todas las direcciones hasta tal punto, que sin saberse cómo ni por qué, el pueblo se enteró y colmó las graderías del Hipódromo. Un grupo de soldados vio a Juan el Jorobado y lo alzaron en hombros, indicando que era el señalado. Le pusieron improvisadamente a manera de diadema, una cadena de oro, y si el empeño no se cristalizó, fue porque cuando la gritería

efervescente pedía la púrpura, como este color estaba reservado sólo al emperador, no encontraron una tela de ese tono que sirviera de manto. Por lo mismo, nadie creyó en él, pues sin la púrpura no era posible ser emperador.

Entretanto en el palacio sagrado el chambelán de nombre Amancio, con el afán de colocar a un amigo y quedar muy alto con el nuevo autócrata, entregó a Justino grandes riquezas para que repartiera entre los miembros del Senado y comprometiera su voto por Teócrito, un sobrino del fallecido Anastasio.

Justiniano intuyó la oportunidad, y sobornados ya los senadores, hizo que el maestro Geler, hombre de potente voz, cuando Justino se reunió en el rincón con los excubitors para decirles que proclamaran a Teócrito, en el momento en que aquél iba a abrir su boca, gritó con recio y severo ademán: “Larga vida a Justino nuestro emperador”. Los excubitors hicieron eco clamorosamente, mientras Justino no alcanzaba a salir de su asombro. Los senadores oportunistas creyeron que tal cosa estaba planeada y decidida y, agradecidos como estaban con Justino por los regalos, corearon la misma frase. El patriarca, desconcertado, tampoco se quedó atrás y bendijo la corona improvisada; y sin más demoras, colocaron el manto púrpura. Uno de los partidarios de Teócrito le lanzó una piedra que le hirió en el labio, pero la púrpura de la sangre se mitigó con la púrpura del Imperio.

Se dijo entonces que había un vaticinio que predecía que emperador sería el que primero entrara en las habitaciones del César, después de muerto; y se recordó el sueño que tuvo Juan el Jorobado.

Justino reino largo tiempo, pero el que gobernaba era Justiniano, nombrado cónsul y posteriormente, cuando una llaga de la guerra en una pierna que nunca se curó, imposibilitaba al viejo soldado, fue nombrado “César del Imperio, con vocación hereditaria”.

No deslumbró el reinado a Justino. Pero Justiniano acogió en esa época la costumbre de pasar quince o dieciséis horas diarias trabajando. Por ese tiempo también conoció a Teodora y la hizo su amante. Le regaló una casa en la cual ella fue aprendiendo modelos imperiales y las cosas del gobierno que, en definitiva, son cosas simples y sencillas, para las cuales el único talento que se necesita es la oportunidad.

Cuando Justino murió, viejo y achacoso, asumió el mismo día Justiniano. Se le vio entonces por primera vez y durante muy largo tiempo, con las sandalias púrpuras, la túnica púrpura y sobre un costado el globo y la cruz, símbolo del Imperio creado por Constantino, en brocado de oro. La toga también púrpura con ribetes áureos en los bordes, y sobre la cabeza, de manera majestuosa e imponente, la diadema de rica pedrería y en macizo oro, de la que colgaban cuatro perlas de los mares de China. Teodora también tenía un trono de marfil igual, vestía las mismas ropas y joyería, que hicieron decir a todos, postrada una rodilla en tierra: “Larga vida a Justiniano, larga vida a Teodora, nuestros emperadores”. “Tu serás conquistador”. Eran las fórmulas consagratorias.

Justiniano tenía un delirio de actividad y cambio. Era como si pretendiera volver a hacer la creación del mundo. En todas las áreas, en la espiritual y en la mate-

rial, debía dejar su impronta, cual si presintiera que la vida lo dejaría muy pronto, tenía prisa. En realidad, duró más de ochenta años, que vivió como si cada uno de sus días fuera el último. Desde un comienzo empezó por hacer cambiar toda la legislación.

Descubrió a un gran jurista de nombre Treboniano —era maestro en descubrir talentos— él que también fue uno de los más grandes de todos los tiempos; y le ordenó que trabajara con un equipo de hombres en la reposición de todas las leyes, y le fijó un plazo de cinco años. Descubrió también a Juan de Capadocia, un avaro economista, a quien nombró logoteta de la economía, puesto que no era otro que almojarife o mejor, ministro de hacienda. Le faltaba un gran guerrero —pues él no lo era— para consolidar sus planes de expansión, progreso y cambio. Soñaba con el “siglo de Justiniano”.

El pueblo estaba satisfecho con las leyes vigentes y no le entusiasmaba la perspectiva de la nueva legislación. Pero lo que verdaderamente lo exasperó, fue la reforma tributaria, que Juan de Capadocia aplicaba con la mayor severidad, con lo cual aumentaban las arcas del Estado, y por que no, las suyas propias.

Entonces, al comenzar los juegos del Hipódromo en el 532, el pueblo habló. Un orador de los verdes acusó a Justiniano de haber asesinado al Conde Vitaliano. Como Justiniano, a través del Anunciador, le contestara en forma despectiva, el orador increpó la tiranía, los desenfrenos de Capadocia y la inconformidad con las leyes que proyectaban y pidió el cambio de Treboniano y de aquél.

Justiniano amenazó con mandar a cortar la cabeza al orador. Esa fue la chispa. Lo demás, fueron los gases explosivos de la ira popular. La muchedumbre enardecida se rebeló. La revolución había estallado, la revolución de Nika, que así se llamó. Quemaron la basílica, el Senado, las casas de los patricios, los edificios públicos y coronaron a Hipatio, sobrino del antiguo emperador Anastasio. Pero tampoco hubo púrpura para colocarle sobre los hombros.

El emperador se acobardó, y oyendo los consejos de Juan de Capadocia, dispuso un barco, lleno de riquezas del tesoro público, para huir. Entonces se levanto Teodora, sus ojos tenían el brillo de una espada. Dijo con recia voz: “César, puedes marcharte. Yo no iré. Allí está el mar y el barco que te aguarda. Pero yo creo que quien ha vestido la púrpura imperial jamás debe despojarse de ella. Me gusta el adagio que dice que la púrpura hace la más bella mortaja”.

Un hombre rubio, de azules ojos, de bella estampa, nacido en Germania, miraba con admiración el temple de Teodora, que puso a temblar las manos de Justiniano. Joven, muy joven, sobre la cota tenía una alta insignia militar: era el general Belisario. Valeroso e intrépido, levantó su espada e hizo un juramento. Salió al frente de dos mil soldados hunos, armenios y germanos, para enfrentarlos al ejército rebelde y al pueblo armado e iracundo. Belisario y otro general llamado Mundus, llegaron al Hipódromo y por donde iban pasando iban dejando muertos. Los hombres caían como si fueran espigas de trigo cegadas. Del Coliseo siguieron a las calles y la carnicería continuaba. En seis horas treinta mil personas ha-

bían quedado tendidas, muertas, y la sangre corrió por las calles como cuando llueve torrencialmente. Belisario no perdió un solo soldado.

Justiniano tenía ya al guerrero que lo había consolidado a sangre y fuego en el solio de marfil.

El imperio de Justiniano, ya se señaló, era el imperio romano. Cuando las hordas bárbaras invadieron a Europa, se estableció la capital en la ciudad fundada por Constantino, y desde esa ya lejana época, habían discurrido emperadores unos tras otros. Pero Justiniano, ya grande en el Medio Oriente, un día se dio cuenta de que siendo él la cabeza del imperio romano, no tenía Roma. Como lo cuenta Harold Lamb, llamó entonces a los estrategas y les ordenó que hicieran un plan para recuperar la histórica urbe. Lo hicieron, y cuando estuvo listo, Justiniano y Teodora llamaron a Belisario. Le expusieron el proyecto en detalle, y luego inquirió Justiniano: “¿Qué te parece el plan?”. “Muy bueno, –contestó Belisario, según lo anota Lamb–, pero le veo un ligero inconveniente: los godos”.

Partió Belisario en una fría mañana y sus galeras se perdieron tras el horizonte y la niebla. Se tomó Catania, Cartago y otros reinos de Africa. Desembarcó en Roma y entró victoriosamente por la que se llamó “la puerta de Belisario”.

Fue aclamado como conquistador. Derrotó Vitigis, el rey godo y tomó su corona. Vitigis le propuso que se coronara él, Belisario, y ellos le rendirían vasallaje, pero Belisario envió a la corte de Bizancio la corona y gobernó en nombre de su emperador, que nunca había salido ni salió del Palacio Sagrado.

La guerra no terminó. En realidad ésta fue la primera guerra mundial y duraría 18 años. Un tiempo después Totila, bárbaro y godo, se volvió fuerte y aprovechando una traición, se apoderó de Roma una vez más. Entonces envió a un santón llamado Pelagio a Justiniano para exigirle un tratado de paz. Como éste le contestara que Belisario tenía todo el mando y debía dirigirse a él, Totila se enfureció y estaba listo a quemar todos los monumentos de Roma. Belisario que estaba enfermo, le mandó una carta en la que decía que él, Totila, podía destruir a Roma o dejarla intacta, sin que esto cambiara los destinos de la guerra. Pero los monumentos de Roma no le pertenecían ni a Totila, ni a Belisario, sino a la posteridad.

Y agregaba que “su magnanimidad, dejando intactos estos tesoros, sería reconocida por las gentes civilizadas.” El bárbaro oyó esta voz y con gesto de gran caballero, abandonó la ciudad y se fue a buscar otros senderos para las batallas que surgieron por años y años.

La historia del noble conde Belisario termina triste. Justiniano lo hizo regresar porque también se dijo que conspiraba. El emperador lo despojó de sus títulos y riquezas, que no eran muchas. Lo privó de su casa y de todo su sustento.

Debió dormir, con su caballo mientras lo tuvo, en los bancos del parque, pero con gran respeto y veneración sus soldados le obsequiaron lo que necesitaba. No obstante, según refiere la leyenda, se colocó un doloroso aviso sobre el pecho que decía “Yo fui el general Belisario.”

Este dechado de virtudes, de desprendimiento, de pundonor, en realidad nunca traicionó a su emperador, que fue ingrato con él. Curiosamente murieron ambos en el mismo año 565.

**¿VIVIMOS EL FINAL DE LOS
TIEMPOS?**



Ottón El Grande (relieve marfil de la época)



El calendario y las actividades características de cada uno de los meses dieron los nombres a estos.



na fascinación especial tiene para las gentes, a través de toda la historia, el año que alcanza un gran número redondo. Será tal vez porque los números poseen una especie innegable de vida interior, en veces cabalística. Es por esto, además, que aún la Biblia concede a ciertos signos de ellos un carácter esotérico. El número 6, 7, el 12. Hay otros también –que cambian según la geografía– que conllevan inexplicablemente un temor fatídico y que, por lo mismo, se vuelven signos trágicos. El número 13, por ejemplo.

En la historia revistió especiales expectativas la llegada del año 500 de nuestra era. Para aquella época ya se hablaba, con ciertas interpretaciones bíblicas y alusiones –nunca confirmadas– del Apocalipsis de San Juan y del fin del mundo. Era cuando Pedro Sabattius partía de su lejana Iliria hacia el centro de la civilización, Constantinopla, donde había de convertirse en el emperador Justiniano. El tiempo siguió su curso inexorable y los profetas de desgracias, al no llegar el cataclismo, tuvieron que mascullar su frustración. Imagínese el lector lo que debía acontecer cuando se iba acercando el año 1.000, en medio de esa noche llena de oscuridad y fanatismo que fue la alta Edad Media.

Comencemos por decir que nunca hubo precisión en cuanto al comienzo de nuestra era cristiana. Antes del advenimiento de Cristo, las naciones llevaban una numeración muy imperfecta de los años, a partir de cualquier fasto o hecho histórico. Nos queda difícil imaginar ahora lo que ocurría por aquellas centurias, cuando la geografía no existía sino alrededor de un mundo conocido muy pequeño. No se sabía que la tierra era redonda, es más, la simple consideración de tal posibilidad repugnaba como absurdo palpable y contrariaba peligrosamente todos los dogmas religiosos.

Cómo podía el hombre amoldarse a la falta de relojes, se pregunta hoy cualquiera pues sólo los había de sol, imposibles de funcionar de noche o en los grises días otoñales o de invierno. Las clepsidras sólo servían para medir espacios de tiempo muy breves, sin que éste estuviera dividido, con precisión, en las veinticuatro horas del día que hoy tenemos, éstas igualmente subdivididas en minutos y segundos. No obstante esa exacta cronometría actual, también sabemos que cada año nos sobran cuatro horas y algo más, en razón de lo cual, para atender a nuestro prurito de exactitud, cada cuatro años establecemos un día más en el mes de febrero -antes ese mes tenía dos días menos, sin saberse por qué- y esto es suficiente para que la fantasía popular mire el número 29 del año bisiesto como fatídico.

La aguda observación de que al término de un año sobaban las cuatro horas con unos minutos y segundos de más, se debió a Sosígenes, astrónomo egipcio de la época de Julio César, quien, con asombrosa versación en tan difíciles materias, dió la explicación acertada a César,

el cual observaba que existía un descuadre en los meses, que transtornaba la agricultura, porque en verano podía caer nieve y en el tiempo del frío podía hacer calor de estío. Sosígenes, pues, dió una respuesta que aún hoy sorprende por su plena validez científica. Como quiera que los años iban dejando de concordar en sus estaciones - explicó- ello se debía a la acumulación de las sobrantes horas, que se transformaban en días y meses al pasar los años -ya este astrónomo sabía que los años eran de 365 días-, formando un verdadero caos. Entonces el sabio egipcio sugirió simplemente que se aumentara un día cada cuatro años.

El gran estadista entonces reorganizó el calendario y llamaron al nuevo día “bixesto Kalendas Martii”.

Pero el problema del tiempo no era en verdad tan importante, según parece. La mayoría de los hombres vivían sin preocuparse de esos asuntos secundarios. Solo algunos mantenían el deseo de saber la hora, como el rey Alfredo de Inglaterra, según cuenta Jean Duché, quien por las noches hacía que su secretario, Etelredo, encendiera una tras otra grandes velas, y cuando quería saber cuál hora era, simplemente preguntaba “Etelredo qué hora es? Este contestaba: “ Son tres velas y media, Sire”.

Solo después de muerto Cristo, y cuando ya el cristianismo iba tomando cuerpo como doctrina, los neófitos en sus cartas hacían cuenta de los años de su muerte, más los de su vida, y hablaban en sus prédicas y documentos del año 10 al 15 del nacimiento o de la muerte de Nuestro Señor. No era ciertamente fácil que esas cuentas coincidieran entre quienes las llevaban en la clandestinidad de

las catatumbas, los cuales además nunca intentaron ponerse de acuerdo. Solo una tradición oral mantenida por la fé pero sometida al error, hizo que se conservara un punto de referencia con el Reinado de Tiberio. Oficialmente el cristianismo solo tuvo aceptación después de la conversión de Constantino, y solo entonces se reunieron los datos conservados.

Sobraría advertir que esto ocurría en el año 306, y este mismo año de su reinado es verdaderamente incierto. La cosa es que unos países estaban, a este respecto, más adelantados que otros. Pero de hecho, según lo observa el mismo Duché, “hoy sabemos que Cristo nació seis años antes de Jesucristo”.

Cuando se aproximaba el advenimiento del año 1.000, los profetas de desgracias volvieron a las interpretaciones del Apocalipsis y veían llover el fuego eterno y purificador por todos los costados. Cualquier signo exterior, un verano abrasante, un invierno de muchas aguas dilatando los otoños sombríos, o las enfermedades epidémicas y la peste hicieron ver a las gentes de elevada ignorancia el próximo final, por supuesto como un castigo de Dios, vengador del pecado de tiempos tan corrompidos.

Fue entonces cuando surgió un monje, Glaber, de vida ascética y vindicativa, santón de castigante cilicio, quien decía haber visto al demonio a los pies de su lecho de penitente, con patas de cabrón, cuernos, piel escamosa y el pestilente olor a azufre. La visión lo conduciría a la convicción indubitable de las grandes desgracias que determinarían el ocaso final de los hombres. Glaber pronostica, con la fé del fanático, el fin del mundo; pero como los años no seguían la misma cronometría en los distintos

países, ocurrió que algunos llegaron primero al temido número 1.000. Los otros, los que no habían llegado, pero los que también creían en la desastrosa profecía, argumentaban la equivocación en la numeración de los que ya habían pasado el peligro, y seguían esperando la hecatombe en sus propias cuentas.

Otón III, rey de Germania, decía premonitoriamente en sus documentos: “Nosotros, los que hemos sido colocados al final de los tiempos...” Murió joven este monarca, recién pasado el año 1.000, con lo que se confirma que para él la profecía sí funcionó y así se salvó el prestigio de los agoreros.

Son cosas de la historia que parecen repetirse aún hoy. Porque proféticamente ya existe la nueva interpretación del libro de San Juan, esta vez escrita por un médico francés, Michel de Notre Dame, a quien conocemos como Nostradamus, según la tendencia cientifista de latinizar nombre y apellidos en aquellas calendas del Medioevo. Charles Jacques Fontbrune en un extenso estudio recopiló la obra del médico francés, con una interpretación un tanto exegética acerca del tremendo alcance del vaticinio hecho por éste. La obra fue publicada en Francia antes de la segunda guerra mundial, y mandada a recoger por el nazismo, pues en ella se barruntaba la ocupación alemana en Francia, la derrota de Hitler y la llegada de De Gaulle victorioso. El hijo de Fontbrune, del mismo nombre, ha hecho ahora una nueva recopilación, ampliamente divulgada en un extenso libro bajo el título “Nostradamus”. En él puede leerse la famosa carta del visionario a su hijo, en la que aparece el siguiente escalofriante pasaje, datado en marzo 10 de 1.555:

“Pero hijo mío, para no verme arrastrado demasiado lejos por la capacidad futura de tu perfección, sabe que los hombres de letras harán tan grande incomparable jactancia sobre el modo como he encontrado el mundo antes de la conflagración mundial que debe aportar tantos bombardeos y tan fuertes revoluciones, que no existirá país que no sea alcanzado por los transtornos y ello durará hasta que todo haya muerto salvo la historia y los lugares. Por ello, antes y después de tales revoluciones en varios países, las lluvias serán tan reducidas y caerán del cielo tan gran abundancia de fuegos y proyectiles incendiarios que nada se librará de arder. Y ello ocurrirá antes de la última conflagración (1.999). Pues, antes de que la guerra termine su siglo (siglo XX) y al final de su último período (1.975-1.999), esta mantendrá al siglo bajo su imperio.”

Podría pensarse que esta profecía es verdaderamente apócrifa o simplemente acomodada. Pero Fontbrune es un hombre acreditado por su seriedad, y además reproduce los originales en el francés romance de esos lejanos tiempos, las cuartetas en las cuales Nostradamus predice la muerte de los reyes que existieron siglos después de él, la revolución francesa, etc. En la carta enviada al rey Enrique II de Francia hace las cuentas para llegar al número clave 1.999, es decir, a la terminación del siglo XX y del segundo milenio.

La verdad real es que, cuando llegaba el año 500, los hombres a duras penas habían descubierto la catapulta; cuando el año 1.000, estaban en las ballestas y las grandes espadas, tipo la Tisona del Cid. Hoy podemos saber que el prodigio bélico de aquellos guerreros no podía determinar el gran cataclismo. Pero la historia actual sí sabe

del poder del dios Marte. No obstante, no se ve posible que el podería nuclear conduzca a la gran hecatombe, porque como lo había previsto Julián Marías en “Las guerras de la postguerra”, el poder aniquilador de los paraguas nucleares conlleva el poder disuasivo para evitar una tercera gran guerra.

EN EL TEMIDO MILENIO



Enrique IV pidiendo la Condesa Matilde de Toscana interceda ante Gregorio VII para pedir su perdón.



tón III fue rey de Alemania y emperador romano de occidente. Influidó hondamente por su preceptor, un francés llamado Gebert D'Aurillac, hombre de ciencia y sabiduría profundas que habría de ser, con el nombre de Silvestre II, Papa de toda la cristiandad, le imprimió gusto por las artes y la cultura griega y un misticismo penitente de autoflagelaciones y largos ayunos, que debilitaron su resistencia. Como ya se anotó, murió muy joven, a la edad de 22 años, en el comienzo del temido milenio. Una princesa bizantina de deslumbrante belleza, había recién pisado tierra italiana en busca del joven emperador. En pocos días, bajo la bendición del Papa, irían a celebrar sus bodas. Pero ella, en medio de plegarias y lágrimas, sólo alcanzaría a conocer su tumba.

Le sucedió, al no dejar descendencia, un primo de nombre Enrique II, de un misticismo todavía más acendrado. Como no era guerrero y creía en la paz, no dejó acciones que interesaran a la historia; y en verdad, si no hubiera sido porque la virtud de su vida recatada y austera le valió ser llevado —a su muerte en 1024— a los altares como santo, nada de él sería conocido.

Vendría entonces Conrado II de Franconia, nieto de Otón I, el Grande y de Conrado el Rojo. Este príncipe

de talla y fuerza descomunales, ignorante como eran casi todos los príncipes de entonces, sobresalía también por una gran inteligencia natural, de tal manera que de él se dijo que “era tan fuerte como Sansón y tan sabio como Salomón”.

Fue también piadoso, sencillo con sus súbditos y justo, aunque iracundo con los infractores de sus leyes severas. Durante su reinado Alemania se ensanchó a costa de la Borgoña, que iba desde Basilea hasta Marsella, llevándose media Francia. Epoca próspera. Los vikingos, esta vez bajo el reinado de Canuto el Grande, quien gobernaba desde Dinamarca sobre Noruega e Inglaterra, pactaron la paz y cesaron las continuas invasiones de algunos siglos atrás.

También se pactó la paz con los húngaros y con Polonia, nación ésta conformada por los eslavos, enemigos sempiternos de los alemanes —después se invertiría la relación—, cuya conformación política apenas estaba naciendo.

Con Conrado II se iniciaba una dinastía. Le sucedió su hijo Enrique III, el cual fue considerado como el más grande soberano de aquellas épocas de la naciente Edad Media, no propiamente como guerrero, sino como verdadero apóstol de la paz. Su reinado dejaría la impronta piadosa del cristianismo verdadero, en su incesante esfuerzo por cambiar las instituciones al servicio del respeto al derecho ajeno. Se coronó a los 25 años, cuando ya se había iniciado un movimiento reformista en la célebre abadía de Cluny, el que abogaba por la introducción de sanas costumbres en el clero, generalmente disoluto, y por el celibato eclesiástico, que no existía.

Enrique III, a partir de 1039, le daría un gran impulso al movimiento clunicense. Y claro, era natural que tales empeños despertaran la reacción de los clérigos libertinos. Pero ya el cambio había comenzado. De aquella concepción cristiana tiene origen la institución del derecho de asilo, pues iglesias y conventos deberían considerarse en el futuro sitios de paz y amparo, donde los perseguidos alcanzarían salvación.

Por lo demás, los ciclos depresivos económicos habían comenzado una profunda labor de miseria. Las cosechas se malograron en esos tiempos del milenio, los ríos se secaron, los rebaños murieron de hambre y sed, como los hombres, forzados a comer –en la más nefanda desesperación– la carroña de sus semejantes. La enfermedad diezmo la población de las naciones, y la voz del clero aterrORIZADA clamaba imprecadora contra el pecado; era el castigo de Dios.

Cuando se regularizaron otra vez las estaciones y el astro rey volvió a iluminar con suave matiz primaveral la tundra desértica donde esmaltaron las flores de nuevo y los rebaños pacieron en las praderas de intenso verdor, la humanidad, unciosa en el temor de Dios, pensó en un cambio que eliminara la guerra y el crimen. Qué bella esperanza. A aquellos buenos propósitos que habían tenido comienzo en las reformas de Cluny, se los llamó entonces la “Tregua de Dios”, que fue proclamada en Toulouse en el año 1027. Se reducía a una fórmula que indica por sí misma, cuáles eran las costumbres contra las que la religión y el orden estatal debían luchar. Los príncipes y señores feudales y los mismos reyes debían jurarla solamente al asumir el gobierno, so pena de ex-comunión.

La “Tregua de Dios” decía:

“1.- No invadiré de ningún modo la Iglesia: no forzaré las dependencias en torno a la Iglesia, a causa de la protección que le es debida.

“2.- No asaltaré al clérigo o monje que no lleve armas seculares, ni a quien va con ellos sin lanza ni escudo; ni me apoderaré de su caballo, a menos que haya cometido alguna falta de la que pueda quejarme.

“3.- No robaré ni buey, ni vaca, ni cerdo, ni oveja, ni cordero, ni cabra, ni asno, ni la carga que lleva, ni yegua, ni potro.

“4.- No robaré a villano ni a villana, ni a los comerciantes, no tomaré su dinero, no les exigiré rescate, no me apoderaré de su haber... y no les azotaré para obtener sus bienes.

“5.- No cogeré a la fuerza mulo, mula, caballo, yegua, ni potro, paciendo desde el primero de marzo hasta la fiesta de todos los santos (primavera), salvo si veo que me causan daño.

“6.- No incendiaré ni destruiré casas.

“7.- No cortaré ni arrancaré, ni vendimiare las viñas de otro bajo el pretexto de guerra, a no ser que estén en mi tierra.

“8.- No destruiré ningún molino y no robaré el trigo que allí se encuentre, a no ser que esté cabalgado o cosechado y se halle en mis tierras.

“9.- No protegeré al ladrón conocido de camino real.

“10.- No asaltaré al comerciante ni al peregrino, ni tomaré sus bienes si no son culpables de nada.

“11.- No mataré a los animales de los villanos, salvo para mis necesidades y las de los míos. No desvalijaré al villano ni tomaré con perfidia sus bienes so pretexto de ser su señor.

“12.- No asediaré a las mujeres nobles que estén sin marido, ni a quienes las acompañen.

“13.- No quitaré el vino a quienes lo llevan en su carro, ni a los bueyes que tiran”.

El derecho de pernada -que consistía en el privilegio del señor feudal o el príncipe a poseer a la novia la primera noche del matrimonio- seguía existiendo por un tiempo más; pero en el juramento de la “Tregua de Dios” al menos las mujeres nobles estaban a salvo de la lujuria de los caballeros con feudo -¿era algo?-.

El juramento de la “Tregua de Dios” fue evolucionando las costumbres hacia la búsqueda de un derecho que tuvo vigencia entre los romanos y posteriormente con Justiniano, quien había promulgado un nuevo código civil. Pero los tiempos que siguieron a las grandes invasiones bárbaras y la barbarie que se desató, perdido el intelecto en la ignorancia común, hicieron que esas leyes se olvidaran y el único derecho conocido fuera el que dictaban los nobles con señorío en sus territorios, donde la vida de los hombres y sus bienes les pertenecían.

Ahora se abría campo una tendencia hacia el derecho natural. Fue entonces cuando, a la fórmula del juramento de la tregua, los señores nobles agregaron el de “luchar contra toda forma de injusticia, y proteger a las doncellas, viudas y huérfanos”.

Acababa de tener nacimiento la Orden de la Errante Caballería.

Enrique III fue el primer soberano en jurar la “Tregua de Dios”. Fue en el Concilio de Constanza en 1.043, subió las gradas del púlpito de la Verdad y formuló un gran discurso que concluía con el juramento. En ese discurso quedaban fortalecidas las bases para una paz firme y duradera. Y para una Iglesia respetuosa del derecho y de las buenas costumbres, sin que se vendieran las dignidades y los oficios en un sucio mercantilismo. En adelante, los que practicaran el simonismo serían destituidos y desterrados del imperio.

No obstante esos propósitos, la vida de la Iglesia estaba sumida en los más vergonzosos episodios de disolución y libertinaje. Ya en el año 891, después de haber dado muerte al papa Juan VIII a golpes de maza, mientras se coronaba emperador un casi aventurero, capitán de mercenarios, llamado Guy de Espoleto, eligieron Pontífice a un clérigo anciano llamado Formoso, el que mantuvo vigente el principio de su antecesor de que el papa elegía al emperador. Debió ejercer durante cinco años casi que en la clandestinidad. Pero a su muerte, los jerarcas adictos al emperador eligieron papa a Esteban IV, quien, en medio de toda la pompa de su corte, hizo sentar al pontífice muerto en la silla de San Pedro, con todos los ornamentos.

Un diácono, a quien iban preguntando por los presuntos crímenes cometidos por el difunto, los iba confesando todos. Entonces los despojaron afrentosamente de la tiara pontifical, del anillo y vestidos, y le cortaron una a una las falanges de la mano derecha con la que impartía las bendiciones. Luego arrojaron lo que quedaba del cadáver al populacho para que lo profanara aún más. Finalmente, con escarnio, lanzaron el cuerpo a las aguas del Tíber. Pero el río lo devolvió, en lo que vieron los pobladores de Roma un prodigio divino. Dios no aprobaba el infame castigo sobre el papa muerto. Entonces recogieron el cuerpo y lo llevaron a la basílica de San Pedro, afirmando la tradición que en el desfile las estatuas de los santos le hacían el saludo. Entonces los profanadores arrepentidos estrangularon al papa Esteban IV.

A partir de allí, y durante sesenta años, fueron elegidos simultáneamente dos papas. Al fin, Teofilacto dió muerte a los dos, y aparentemente con esta solución se salvaba la situación al elegirse complementariamente a Sergio III, como único pontífice. Empero, tiempos más terribles esperaban al catolicismo. Jean Duché expresa: “Con Sergio III comienza la más triste etapa de la historia del papado, escribe Agustín Fliche. A la anarquía sangui-naria sucede lo que se llama la “pornocracia” (el gobierno de las cortesanas o la degeneración). Si bien siguiendo al poco imparcial Liutprando de Cremona, se ha exagerado a veces las ignominias de los papas del siglo X, es cierto que una de las hijas de Teofilacto, la cínica Marozia, dispuso durante años de la tiara pontificia en provecho de personajes poco recomendables. Sergio III era su amante, y el futuro Juan XI nació verosimilmente de esta escandalosa unión. Juan X (914-928) fue llevado al pontificado,

no por la hija, sino por la mujer de Teofilacto, Teodora, con la que había tenido relaciones adúlteras; pero además intentó gobernar a Roma por su cuenta y luchó contra la influencia de Marozia. Marozia promovió un motín; fue invadido el Letrán y Juan X pereció ahogado bajo un cogín. Marozia, todopoderosa en Roma, nombró a los papas siguientes: León VI (928-929), Esteban VII (929-931), Juan XI (931-935).” (“Historia de la Humanidad”)

En esta forma borrascosa fue elegido papa un joven que adoptó el nombre de Benedicto IX, lujurioso, loco, exhibicionista y depravado. Era el primer año del reinado de Enrique III. El emperador, descendiente del imperio de Carlomagno, vivía en Alemania. Pero era emperador del Sacro Imperio Romano. Empero, lo romanos no querían que viviera en Roma, porque les era mejor la vida sin la observación directa del emperador.

Los crímenes y latrocinios de Benedicto IX fueron soportados por los romanos y el emperador por doce años, al cabo de los cuales no lo resistieron más y lo depusieron nombrando un nuevo pontífice. El entonces, viendo su ruina por delante, negoció y vendió sus derechos al trono vaticano a un tercer sujeto que ostentó el título de papa. Una vez recibido el dinero, Benedicto IX se alzó con él y desconoció tanto al Papa que habían elegido los cardenales, como al que él mismo había nombrado, argumentando que era el único depositario de las “Llaves de San Pedro”. Los otros dos no se dieron por vencidos y hubo pues tres Papas en la misma Ciudad Eterna. Cada uno de ellos soportaba la excomunión de los otros dos.

La cristiandad, con justa alarma –lo asombroso está en que ésta subsistiera– miró hacia el emperador En-

rique III, y éste, como hiciera su antecesor Otón I el grande con Juan XII –otro disoluto Papa de 18 años–, organizó un Concilio y en él fueron destituidos los tres Papas. Se eligió entonces a Clemente II, después de haber hecho toda clase de abominaciones y anatemas contra el simonismo. Clemente, por supuesto, fue entronizado en Roma por el emperador, y hecho esto, con agradecimiento, a su vez él también coronó al emperador Enrique y a su esposa, como soberanos del Sacro Imperio Romano en Occidente.

Los Papas que siguieron en vida de Enrique III todos fueron germanos. Enrique III murió también muy joven, a la edad de 39 años en el año de 1.056. Como la monarquía germana a partir de la muerte del rey Luis el Niño era electiva, el rey al morir, si alcanzaba, señalaba a su sucesor y la designación era ratificada por los duques del reino. Si no lo hacía, ellos elegían.

Al morir Enrique III indicó a su hijo del mismo nombre y de seis años, como su sucesor, con la regencia de su esposa la reina Inés. Tendría ocurrencia durante toda esta época del reinado de Enrique IV una sucesión de acontecimientos de especial interés, pues en 1073 accedería al trono pontificio un hombre de origen humilde –hijo de un campesino de la Toscana–, llamado Hildebrando. Se le conocería en adelante como Gregorio VII, y hoy simplemente como San Gregorio.

En su ministerio tendría lugar, con Enrique IV, la “Guerra de las Investiduras”.

Tuvo Enrique IV un reinado muy accidentado. Intrigas, golpes de estado, facciones familiares contra la

reina Inés, su madre y regente, dominio de los arzobispos y en realidad, poco poder. A los quince años fue proclamada su mayoría de edad, en el 1.065.

El gran conflicto que tuvo fue en el 1073, cuando los sajones, argumentando viejos odios, resolvieron separarse del imperio. Enrique entonces mandó a construir muchos castillos en las tierras sajonas, cosa que exacerbó más los ánimos, pues entendieron que todo esto establecía un régimen policivo de terror. Cuando estalla la rebelión, le exigen al rey -no había sido coronado emperador- que ordene la demolición de los castillos; y en el caso del castillo de Harzburgo, exigían que fuera el monarca el que lo demoliera directamente. Por supuesto el rey rechazó airado tales pretensiones. Entonces los sajones penetraron a la capilla de este último castillo y profanaron las tumbas del hermano y el hijo del rey. Además lo incendiaron. La batalla era inevitable entonces y se dió, obteniendo el joven Enrique una gran victoria.

Ese mismo año 1.073 el papa Gregorio VII dictó una bula prohibiendo los matrimonios de los clérigos y, además, la provisión de las sedes vacantes de obispados y arzobispados por el poder terrenal. Enrique III ignoró la bula y prosiguió nombrando en las dignidades eclesiásticas, como venía haciéndose desde los tiempos de Otón. La guerra de las investiduras estaba planteada. Porque el papa envió una carta pastoral de reproche a su conducta aunque en términos paternales al monarca, pero le hacía ver la posibilidad de una excomunión.

Enrique, triunfador de los sajones, impetuoso por la juventud, consultó obispos y a las comunidades religio-

sas y, dándose cuenta del odio que había acumulado el papa, especialmente por la imposición del celibato, convocó en 1.076 un Concilio en Worms -como habían hecho sus antecesores-. Reunido éste, Enrique envió una carta altanera al pontífice, al que llamada simplemente “Hildebrando, el falso monje” y lo instaba a hacer penitencia y a renunciar a la sede eclesiástica por ser indigno de ella. La carta se la envió al otro concilio presidido por Gregorio VII. Todos rechazaron la afrentosa proposición del rey.

El concilio romano exigió entonces la abdicación de Enrique y lo excomulgó a él y a su concilio. La excomunión tenía todo el revestimiento litúrgico. Y eso fue suficiente para que los preladados adictos al rey vieran las patas del demonio. Con los preladados los señores y con éstos los sajones siguieron el ejemplo de encontrar al rey réprobo de crímenes que conducirían a la perdición de su alma. El papa Gregorio, desde luego, enviaba cartas a diestra y siniestra, instando al arrepentimiento y al perdón de su parte. Cuando menos lo pensó el rey, estuvo a punto de ser depuesto. Entonces los nobles convocaron por sí mismos la Dieta Imperial de Tribur para estudiar el conflicto de autoridad que se planteaba. Enrique, naturalmente se asustó y se humilló ante sus vasallos. También lo hizo con el papa, al que envía una carta suplicándole el perdón y prometiendo hacer penitencia.

Pero los nobles no se conmovieron y, aprovechando la situación, invitaron al papa a que se hiciera presente y se constituyera en árbitro del destino de Enrique. El pontífice entonces dispuso su marcha hacia Alemania. Le acompañaba un ejército. Enrique comprendió que vivía

un situación desesperada, pues si el papa llegaba a la Dieta Imperial, era seguro que lo destituían. Fue entonces cuando tomó una determinación audaz. Resolvió marchar a encontrar a Gregorio, quien venía por el camino de los Alpes. Cuando llega a Mantua, le informan que el rey se encuentra cerca. Temeroso entonces, Gregorio retrocede hasta el castillo de Canosa, cerca de Parma, de propiedad de la marquesa Matilde de Toscana, muy adicta a su persona. Y allá se refugia con cierta seguridad.

El pontífice no estaba bien informado del todo, pues cuando él suponía que Enrique IV iba fortificado de ejércitos, lo hacía solo en compañía de su mujer Bertha de Saboya y de su hijo Conrado y unos pocos asistentes. El rey, sin galas, vestía un ropaje talar de penitente.

Cuando éste se entera que el papa se ha devuelto a Canosa, hacia allá se orienta con su pequeña comitiva. En la Historia Universal Daimon se cuenta el episodio así: “Según la tradición, el papa le mantuvo de pie -en Canosa- ante la puerta cerrada del castillo, con un frío rigurosísimo, descalzo y vestido solo con un manto de lana , llorando y suplicando que el papa se dignara levantarle la excomunión. Dentro del castillo, fueron horas quizás también penosas para el papa. Si le perdonaba, tal medida de clemencia proporcionaría a su adversario incalculable provecho, pues ante sus súbditos no sería ya el pecador excluído de la Iglesia. Si rehusaba perdonar a su enemigo, faltaría a su deber religioso que le ordenaba no rechazar al pecador arrepentido. El papa no osó adoptar una conducta anticristiana. Al cuarto día mandó a abrir las puertas del castillo y el rey se arrojó a sus pies implorando misericordia. Jamás hubo un príncipe tan profundamente humilla-

do; el más poderoso monarca de la tierra prosternado ante el hijo de unos campesinos toscanos. Ambos se echaron a llorar.”

Había pues triunfado el principio de autoridad sagrada del pontificado contra el poder temporal de los reyes. La guerra de las investiduras había quedado ganada, al lo menos por un largo período, por el papado. La historia de Canosa es el símbolo del poder moral inquebrantable de un hombre cargado de virtud, contra la fuerza absoluta del poder terreno. Ojalá que las cosas hubieren seguido de esa manera, separando el ámbito del poder temporal sobre el religioso. Pero la historia marcaría aún un largo período en que todo volvería a enredarse en intrigas y crímenes entre tales potestades, por lo menos hasta una fecha relativamente reciente.

**EN LA NOCHE AZUL DE LAS
CRUZADAS**



El Rey San Luis vuelve de la VII Cruzada.



Toma de Jerusalén.



En los lejanos tiempos de la alta Edad Media, interrumpido el curso de las civilizaciones helénica y latina y aislado el mundo europeo de los hindúes y los chinos, que habían logrado una gran evolución en el campo de las letras y la filosofía, debido especialmente a la consolidación de las invasiones bárbaras que hicieron sus asentamientos definitivos en los países europeos, hubo un estancamiento histórico-social que cambió por completo el orden político, económico y cultural.

Todo esto era a su vez el resultado de los estremecimientos que dejara la decadencia del Imperio Romano, proscrito finalmente y exiliado en el enclave de Bizancio.

Los hombres no sabían ni leer ni escribir, incluyendo dentro de ellos a los nobles y aún a los reyes, por lo demás pobres. El Papado y la Iglesia, dueña en aquella oscura época de la única riqueza material conocida, la tierra, eran igualmente propietarios de un tesoro mayor: la cultura. En la medida en que germinaban las lenguas vernáculas, sólo los eclesiásticos hablaban el latín y tenían acceso, por lo tanto, a todas las obras que albergaban la enorme herencia cultural que habían legado los griegos y los romanos, pero la cual estaba vedada enteramente a

los pueblos. Aún la lectura de la Biblia era prohibida y de la religión sólo podía conocerse lo que los predicadores enseñaban, bajo la pena de incurrir en ex-comunión, palabra ésta cuya simple pronunciación hacía recorrer un estremecimiento que helaba la sangre.

Por supuesto, todo este oscurantismo propició dos cosas: un fanatismo irracional y un sinnúmero de leyendas y supersticiones escandalizantes.

La sublimación del sentimiento religioso debía conducir al establecimiento de una sociedad temerosa de Dios, sumisa al orden y dispuesta al sacrificio; pues lo único que debía importar era la salvación del alma, aliciente por el cual se vivía.

El Imperio Romano, ya se ha dicho, estaba confinado en el medio Oriente. Por supuesto, era dominador de Siria, Palestina, Jordania y el Líbano. Los Lugares Santos para toda la cristiandad, estaban en poder de los cristianos. Pero con el advenimiento del Islam y su rápido desenvolvimiento postulando como doctrina la “razzia o guerra santa”, sus huestes se desplazaron por toda el Asia Menor y por España, en una ocupación que duraría ochocientos años dentro de los cuales no habría paz en la península. Las continuas guerras dieron nacimiento a esforzados paladines, movidos ciegamente por su fe y su valor, caballeros siempre montados y sin temor a la muerte.

Sus hazañas dieron lugar a los cantos de gesta, en un poemario musical de juglares y rapsodas, que daban campo a la heroicidad y a la leyenda mitológica.

El decálogo de estos paladines o caballeros andantes siempre fue:

- I. Creerás en todo cuanto enseña la Santa Madre Iglesia y observarás todos sus mandamientos.
- II. Protegerás a la Iglesia.
- III. Respetarás a los débiles y serás su protector.
- IV. Amarás el país donde has nacido.
- V. No retrocederás ante el enemigo.
- VI. Declararás a los infieles una guerra sin tregua y sin cuartel.
- VII. Cumplirás con tus deberes feudales, si no son contrarios a la ley de Dios.
- VIII. No mentirás; cumplirás la palabra dada.
- IX. Serás liberal y magnánimo con todos.
- X. En todas partes, y siempre, serás el paladín de la ley y del bien contra la injusticia y el mal.

Hasta entonces los moros o sarracenos habían venido permitiendo las constantes peregrinaciones de los cristianos a los lugares donde Cristo levó su divina planta, donde discurrió su vida de joven, donde ayunó y sintió en su parte humana las tentaciones del demonio, donde se bautizó, donde inició a los 30 años el Ministerio y realizó

el prodigio del milagro, donde oró en largas noches de vigilia en el Tabor y en el Monte de los Olivos, donde fue traicionado por uno de los suyos y vivió el supremo sacrificio en el itinerario doliente a que lo condujeron los escribas y fariseos; hasta llegar, sólo tres años después de su iniciación, al camino del Calvario en medio del escarnio y la burla, portando la cruz de los criminales y la corona de espinas.

Esta especie de “coexistencia pacífica” tuvo su momento estelar cuando, a la coronación de Carlomagno en Aquisgrán, el califa de Bagdad, Harum Al Raschid le envió embajadores con regalos de tanto valor como un elefante, incienso, marfil, un juego de ajedrez, un reloj y las llaves del Santo Sepulcro.

Sin embargo, las cosas no irían siempre así. En agosto de 1080, el sultán Alp Arslan derrotó en la batalla de Menziker a los bizantinos y el propio emperador romano, Diógenes, murió en la contienda. Se inició allí una época nueva y los cristianos perdieron Antioquía y los Lugares Santos. Fue entonces cuando el nuevo emperador bizantino, Miguel Ducas, solicitó ayuda al Papa Gregorio VII y a los grandes señores de Europa. Este llamado habría de ser una campanada para la cristiandad. No obstante, tendría que pasar casi un nuevo siglo, hasta 1.905, para que el Papa Urbano II reuniera el Concilio de Clermont y allí exhortara a los Príncipes y Caballeros para emprender la Cruzada, pero especialmente a un hombre santo a quien llamaban Pedro el Ermitaño.

Ocho expediciones alcanzarían a dirigirse a Tierra Santa. Ha de suponerse cuánta conmoción causaría el

llamado entre los señores feudales y los pobres aldeanos, ordinariamente clavados sin ilusiones a un pequeño mundo del que sólo hacía parte la labor agrícola o artesanal, los oficios religiosos y la guerra en que con inusitada frecuencia se envolvían los señores y arrastraban a sus siervos.

En las iglesias, centro de reunión de todos, en las plazas de mercado y en las tabernas, no se hablaba de otra cosa. Era el llamado de Dios, que además rompía definitivamente la monotonía sedentaria. La empresa, de por sí, santificaría al que en ella tomara parte. Inducía con el atractivo del viaje hacia esos ignotos y misteriosos parajes; y era del conocimiento popular que había bellísimas mujeres infieles y tesoros inimaginables en las fastuosas cortes moras, que harían parte del botín de la conquista. Con todo esto soñaba la imaginación de aquellas hombres rústicos y sencillos.

El lema, que andaba de boca en boca era “Deus vult”, “Dios lo quiere”. De todas partes salían predicadores, curas y obispos pregonando la santidad del viaje.

La primera Gran Cruzada estaba compuesta por cuatro ejércitos. Dos irían por mar y dos por tierra. El primero de dichos ejércitos estaría comandado por el príncipe Hugo de Vernandois, hermano del rey de Francia; el segundo, por el duque de la Lotaringia, Godofredo de Buillon, el tercero por el conde de Tolosa, Raymond de Saint-Gilles; y el cuarto, por el príncipe italiano Bohemundo Guiscardo. Urbano II, después de bendecirlos anticipadamente, les fijó la fecha de la partida. Debía ser a comienzos de agosto de 1096.

Pero la impaciencia entre el vulgo crecía. Pedro el Ermitaño al que el Papa animaba a la Cruzada, era un conocido santón, que antes anduvo redimiendo meretrices a las que llevaba a su campiña. Independientemente de la cruzada de los grandes señores, había reclutado por su propia cuenta a todos los que se inscribieron. En carretas con cabras y gallinas partieron desde el mes de abril, anticipándose a la fecha fijada por el Papa, en un número de quince mil, desde el oriente de Francia. Tomaron la ruta del mediodía alemán; y cuando divisaron asombrados la ciudad de Colonia, inocentemente preguntaban si esa sería Jerusalén.

A la caravana, que prosiguió por Austria y Hungría, se fueron sumando más peregrinos hasta completar unos cuarenta mil, los que en el camino y para ensayarse, iban matando a cuanto judío se toparon y, por supuesto, se apoderaban de sus bienes.

Seis meses después, o sea en octubre, llegaron a Constantinopla vestidos de harapos, enfermos y en número inferior a la mitad. Los otros habían muerto de hambre y peste.

El emperador bizantino Alejo Comneno, que esperaba grandes ejércitos, ni siquiera les abrió las puertas de la ciudad; y presas del escarnio de los ciudadanos, fueron arrojados al otro lado del Bósforo, desde donde hubieron de tomar hacia Nicea.

Los deseos de conquista, que ya habían doblegado las dificultades, se encuentran ahora con los artilleros turcos, en las más despiadadas carnicerías. Los sobrevivien-

tes cayeron prisioneros y fueron vendidos como esclavos. Pedro el Ermitaño, que logró escapar, viviría veinte años más en Constantinopla sometido a terribles alucinaciones, en un estado mental oscilante entre la locura y la desesperación.

A esta desalada aventura se le llamó la Cruzada Popular. Pero la primera gran Cruzada partiría desde distintos lugares, como estaba previsto, en su fecha exacta. Punto de reunión sería Constantinopla, en la corte del emperador Comneno. Sus paladines todos eran esforzados, valientes, piadosos y ansiosos de aventuras. Bohemundo era un gigante de esbelto cuerpo, de cabellera rubia, mirada tierna que despedía llamas cuando se enfurecía y una fuerza descomunal. De hecho, es el más rebelde de todos. Godofredo de Buillon era el más piadoso y humilde, el que verdaderamente creía en la santidad del propósito común, pero, por lo demás, tan diestro en el manejo de la espada, que podía cortar de un tajo, en la parte más gruesa, el cuello de un dromedario. En un combate con los sarracenos se cuenta que cortó en dos por la cintura a un moro, de tal manera que el torso cayó al suelo mientras el caballo que montaba prosiguió su carrera con la parte inferior del desdichado.

Estos caballeros vestían muy protegidos, con bragas largas, la camisa o cota de malla metálica, encima la armadura que cubría pecho, espalda y piernas; y en la cabeza el yelmo con su visera y babera. Terminada esta indumentaria, se cubrían con un largo manto blanco sobre el cual lucía, en el costado izquierdo, una gran cruz roja. La espada era larga y pesada. Hoy sólo podría levantarla un hombre muy vigoroso con las dos manos.

En Constantinopla, edificada sobre la fastuosidad de antiguos esplendores, los Caballeros Cruzados, que con la soldadesca alcanzaban un número de cuarenta mil, se enzarzaron en largas discusiones con Comneno, quien les exigía que le juraran fidelidad como vasallos y que las tierras que conquistaran a los árabes le pertenecieran a Bizancio. Todos protestaron y amenazaron con sitiar la ciudad, pero individualmente Alejo el Emperador los convenció con la logística. Sólo él estaba en condiciones de avituallarlos y prestarles un punto de apoyo. Así pues, cada uno fue jurando y partió hacia la conquista de la Santa Tierra usurpada por los islámicos. Eran los comienzos del año 1097.

El 17 de mayo entrarían en acción poniendo sitio a la ciudad de Nicea, defendida por una muralla con trescientas torres. Antes de llegar allí, habían encontrado una montaña de huesos cristianos. Pertenecían a las hordas de peregrinos de Pedro el Ermitaño.

El sitio de Nicea fue largo y duro. Sólo el 1º de julio lograron todos los batallones cristianos hacer una carga de caballería, mientras las torres móviles establecían puentes con la muralla. Los turcos huyeron despavoridos por los desfiladeros de las montañas. Los cruzados habían vengado las osamentas calcinadas por el sol abrasador del desierto.

Sin embargo, era solo el comienzo de la epopeya. Surgieron luego otras historias en la Cilicia, hasta el 21 de octubre, en que Bohemundo logra llegar hasta las puertas de Antioquía, la bella ciudad musulmana. Las murallas eran inexpugnables. Los cruzados todos acamparon, sin

poner sitio, en las cercanías, en espera de que los turcos les dieran combate. Pero éstos, reavituallados, no lo hicieron durante un mes, en los que se agotaron las provisiones de los Caballeros de Cristo. Durante ese tiempo de sequía y escasez, éstos intentaron desesperados comer raíces y arbustos, hasta que descubrieron una caña que llamaron “zucra”. Al exprimirla soltaba miel. Aprendieron, naturalmente a extraer el azúcar.

El asedio a la ciudad de Antioquía se prolongó ocho meses. Hasta que el 2 de junio un armenio amigo de los turcos, se dejó sobornar por Bohemundo y prometió esa noche abrir una puerta para que entraran los cruzados. Bohemundo, que por su especial valor era una especie de comandante en jefe de las cuatro divisiones cruzadas, exigió a los otros el reconocimiento de su derecho a apoderarse de la ciudad para él, rompiendo además el juramento con los bizantinos. Si no le aceptaban esto, él partiría con su ejército. Todos, finalmente, aceptaron esa misma noche; y a la mañana siguiente, estaban posesionados de Antioquía, después de haber pasado a cuchillo a gran parte de sus habitantes turcos mientras dormían.

En la más alta almena flameaba el estandarte púrpura de Bohemundo.

Pero al otro día hicieron aparición las legiones de los musulmanes en un número de doscientos mil; y los cruzados, en el término de veinticuatro horas, de sitiadores pasaron a ser sitiados. Y fue un sitio aciago, porque debieron comer primero perros y gatos y hierba. Después las carnes fileteadas de amigos y enemigos, mientras el ambiente nauseabundo producía la peste.

En medio de esta penuria, un cura llamado Pedro Bartolomé, contó a Raimundo de Tolosa que en sueños se le había aparecido San Andrés y le había revelado que en un templo estaba escondida, bajo las losas, la lanza con la que había sido herido en el costado Jesucristo. Bohemundo malició la superchería, pero ordenó que cavaran en la iglesia y efectivamente encontraron la lanza. Entonces todos se prosternaron, se confesaron y oraron piadosamente.

Al otro día, con la Sagrada Lanza, salieron los cruzados llenos de resolución, asistidos de santo coraje e hicieron desbandar a los turcos. Prodigio sólo reservado a quien ostentaba la cruz y la lanza.

La posesión de Antioquía por Bohemundo se consolidó por un largo tiempo.

Entretanto, Godofredo, que no había perdido de vista la misión que lo llevaba a Tierra Santa, tomó la ruta de Jerusalén acompañado de su hermano Balduino. Desde Marrat-el-Norman, por su parte, descalzo en señal de penitencia, salió Raymond de Saint Gilles. Era el 5 de enero de 1099.

Para el día 7 de junio avistaron las torres del Templo de Salomón para los judíos y católicos o mezquita de El Aqsa para los islámicos. Los ejércitos y sus capitanes besaron la tierra, estallaron en júbilo, oraron y tenían el presentimiento de estar mirando una beatífica aparición. Pero lo que ellos creían era la ciudad abierta a los peregrinos, no era más que un engaño. Estaba fortificada con poderosas murallas y lo que es peor, detrás de ellas estaban los turcos y los abasidas, los seleucidas y fatimitas,

armados hasta los dientes, mientras afuera, sin agua, el sol comenzaba a quemar con sus rayos estivales.

Ei 14 de julio ensayaron su primera arremetida. Inútil, porque no pudieron estremecer la muralla. Al día siguiente, viernes, día de la muerte del Señor, los cruzados se inundaron de fervor e irrumpieron con mayor coraje. Utilizando rampas y escaleras y arietes contra las puertas, en medio del fragor y la gritería, y aprovechando finalmente una grieta, lograron penetrar a la Ciudad Santa.

Lo que siguió fue una mortandad sin memoria. Guillermo de Tiro habría de decir que “los nuestros caminaban con la sangre a los tobillos”; y en el informe que enviaron al Papa Raymond de Saint Guilles y Godofredo de Buillon, decían: “Si Vuestra Santidad desea saber lo que se ha hecho con los enemigos encontrados en Jerusalén, sabed que en los pórticos de Paloma y en los templos, los nuestros cabalgaron entre la sangre inmundada de los sarracenos y que nuestras monturas estaban teñidas hasta las rodillas”. Así lo cita Jean Duché.

Los juramentos de fidelidad o vasallaje que habían hecho los conquistadores cristianos a Alejo Comneno no habrían de durar. Al fin y al cabo su largo peregrinaje, su crecida cuota de muertos y los esfuerzos de cada uno no serían para convertirse simplemente en vasallos de un monarca extranjero al que nada los unía.

Era pues menester así como Bohemundo había formado su propio principado en Antioquía, tomado ya el Templo de Salomón y el Santo Sepulcro, poseedores de la Verdadera Cruz, se procediera a conformar el reino de Jerusalén.

Entonces escogieron como rey a Godofredo de Buillon, por ser el más virtuoso de todos. Pero éste, en gesto de gran humildad, rechazó el ofrecimiento y adoptó simplemente el título de “Defensor del Santo Sepulcro” y dijo una frase que la posteridad recogió: “Yo no podría llevar la corona de oro en el sitio donde Jesús la llevó de espinas”.

Godofredo vivió con grandes privaciones. Se conformaba sólo con lo elemental y despertó gran admiración incluso dentro de los islámicos. Pero su vida fue corta. El 18 de julio de 1100, a la edad en que murió Cristo, mordido por la peste, falleció.

A su muerte, su hermano Balduino de Bolonia organizó un ejército y se fue a Jerusalén en pos de la corona que Godofredo había declinado. En diciembre del mismo año se hizo consagrar como rey. Vistió el armiño, vivió en palacios, uso turbantes recamados de oro y la barba larga de los seleúcidas. Su mesa fue esplendorosa, su serrallo se abigarró de mujeres de legendaria belleza. En fin, nada lo diferenciaba de los moros.

Pero al lado de esta predilección por los placeres terrenos, era un gran guerrero y estadista y mantuvo firme la conquista. En su reinado, que se inició el día de la navidad de 1100, durante la siguiente década se domeñaría toda Palestina, Egipto y los puertos aledaños. Empero, cuando había hecho germinar ese nuevo imperio, una enfermedad se ensañó en su cuerpo soberano –seguramente la sífilis– y durante un año sufrió enormes padecimientos en medio de llagas nauseabundas. La muerte lo redimió de sus dolores.

La corona fue heredada por su primo Balduino de Bourg, conde de Edesa, quien reinó de 1118 a 1131. No sólo mantuvo la conquista del primer Balduino, sino que sometió a Tiro, hasta entonces, inexpugnable, con la ayuda de los refuerzos venecianos. Dentro de su reinado hicieron aparición los Caballeros Templarios y los Hospitalarios, quienes habrían de llenar páginas de leyenda en la historia.

La regla de los primeros fue hecha por Bernardo de Claraval, canonizado después y conocido como San Bernardo, el personaje más importante e inteligente en su tiempo de la cristiandad. Concibió él: “El cristiano que mata a un infiel en la Tierra Santa, puede estar seguro de su recompensa. Y más seguro debe estar aún si él mismo es muerto”.

Otros reyes sucederían y entre los cristianos y los agarenos, y muchas batallas, algunas a favor de los Caballeros de la Cruz, otras, de los islámicos. Llegaría la segunda Cruzada en 1147. Hacia mediados del siglo ocuparía el trono de Jerusalén Balduino III, quien hizo brillar un nuevo esplendor; pero murió envenenado por su médico a los 33 años, como Godofredo de Buillón.

Sería sucedido por Amaury, otro gran guerrero y hombre piadoso, el cual, coincidencialmente, también murió, a los 33 años. Ha de saberse que la muerte a esa edad era considerada como una premonición celestial.

Y muerto Amaury, su hijo Balduino IV, de catorce años, asumiría la corona.

El muchacho era alto, delgado, esforzado en los deportes y había aprendido el manejo de las armas. En el Templo de Salomón, el día de su coronación, frente al patriarca, a los Templarios y los Hospitalarios, los príncipes y los fieles, el rey adolescente vestía el armiño, sobre cuyo costado sobresalía la Gran Cruz Roja. Usó una corona de hierro; y de su delgada cintura, colgaba la espada gigante, sobre cuya cruz en la empuñadura juró la fe de Cristo y mantener su lucha.

Se veía hermoso y nimbrado de santidad. Pero unos días después se presentaron los primeros síntomas de la más macabra enfermedad de todos los tiempos. Antes, cuando en unos juegos de muchachos se había lastimado las manos, el príncipe no había soltado un lamento. Todos pensaron entonces que era estoicismo; pero ahora, cuando sus lozanas y rozadas carnes se iban tornando azulecas, y cuando se iba opacando su mirada cristalina y azul y se desdibujaba su risa infantil en un rictus amargo, al tiempo que un hedor insoportable inundaba la estancia, todos lo supieron claramente: el niño rey, otrora hermoso como el blanco armiño, era leproso.

Y se recordará lo que esto significaba, cuando milenariamente los aquejados del mal de Lázaro debían portar una campanilla para que los hombres, las mujeres y los niños huyeran a su paso.

Balduino era diferente. Sabía entonces que le era preciso luchar no solo contra los sarracenos, a la cabeza de los cuales estaba Saladino, conocido como el Grande por la posteridad, y el más grande capitán que hayan tenido los islámicos; sino contra la repugnancia que inspiraba a los suyos.

Porque su propia batalla estaba perdida. Sólo el lento paso de la muerte, ya en camino, habría de redimirlo de su pena inenarrable, cuando para sí mismo la propia visión de su cuerpo era más insoportable que los dolores que no podía sentir.

En medio de esta podredumbre anidaba un espíritu grande, templado, valeroso e inteligente. El duelo con Saladino estaba planteado, y él cumpliría su misión.

Se hizo cubrir de gasas y depositar en una litera así mismo cubierta de cortinas para evitar que lo miraran; y desde ese cubículo se oyó su voz de mandò cuando salió a enfrentar a su temible enemigo. Todos los caballeros y la tropa, frente a tanta virtud y heroísmo, lo siguieron por los polvorientos caminos de Galilea.

Primero que todo unificó a los cruzados, divididos por ambiciones personales; después, libraría innumerables batallas en las que triunfó. A la edad de 17 años logró la primera gran victoria en el valle de Bekaa, donde corrían en las épocas bíblicas los ríos de leche y miel. Unos meses después conquistaría la gloria en el sitio que los franceses llamaban Montgisard y los nativos musulmanes Ramla.

Ninguna acción militar en todas las Cruzadas tuvo tan justificada resonancia como la victoria de Montgisard.

El primer lugarteniente del rey leproso, Conde de Frandes, se había ido a sostener la guerra a Siria. Saladino, cuya sede era Egipto, aprovechó la ocasión y al mando de 26.000 hombres, atacó Ascalon. Balduino se adelantó,

comandando a 400 caballeros. Saladino miró con desdén una defensa tan esmirriada, dejó unas fuerzas haciendo el sitio de la ciudad y siguió su camino hacia Judea en busca de nuevas conquistas.

Pero Balduino logró escaparse y llegar hasta el lugar donde Saladino estaba vadeando un río. Las fuerzas del pequeño rey en ese momento eran de sólo 300 caballeros y algunos soldados.

Como éstos vieran con terror la infinita desproporción de hombres; e irresolutos se resistían a entrar en batalla, Balduino se apeo, se arrodilló y puso la cara contra el suelo y rogó con lágrimas a sus caballeros. Estos conmovidos ante el espectáculo juraron por la Verdadera Cruz, que portaba Balduino, no retroceder y considerar traidor a quien diera vuelta. Se multiplicaron en valor y en arrojo. Por algo eran de los primeros caballeros andantes. Dieron muerte a muchos, muchísimos moros, y los hicieron emprender la retirada hacia Egipto.

Como Leónidas en las Termópilas, en Montgisard habían dejado sus nombres esculpidos con gloria, Balduino y sus 300 bravos caballeros. La victoria dejaba a salvo para los cristianos esos lugares; y Saladino, desde su otra orilla, admiró por siempre el coraje del rey leproso. Era el 25 de noviembre de 1177.

La muerte había avanzado su camino. Ciego y paralizado, Balduino la esperó en medio de todos sus vasallos, a los que hizo llamar para despedirse; y con la serenidad de un santo, finalmente, se despojó de su cuerpo tumefacto en que había brillado la luz de su espíritu. Tenía 25 años.

Al desaparecer Balduino, le sucedió su cuñado Guy de Lusignac, casado con su hermana Sibila. Hombre joven y opaco, sin iniciativa y medroso.

En junio 1187, narra uno de los historiadores, “un ejército numerosísimo, semejante a un océano, al mando de Saladino, invadió Galilea por el lado de Tibieríades”.

Tal ejército, antes de la batalla, poseía los resguardos de agua. Lo prudente en tal caso, como lo hizo ver el príncipe Raymond o Raymundo de Trípoli, era esperar que se diera el ataque de Saladino, para lo cual debería dejar los resguardos de agua.

Pero el gran maestro de los Caballeros Templarios, Gerardo de Ridefort, que odiaba a Raymond, lo tildó de cobarde y aconsejó al inexperto Lusignac que atacara Tiberíades, atravesando el desierto sin la suficiente provisión de agua. Así lo decidió éste y allí fue su perdición. Sedientos y sin fuerzas. Sin dirección y sin esperanzas, los encontró Saladino.

Los cronistas árabes narraron así: “La canícula enviaba sus llamas contra aquellos hombres vestidos de hierro, en medio del polvo se sucedían las cargas de la caballería, el aire lleno del humo de las flechas. Aquellos perros sacaban sus lenguas abrasadas y gritaban bajo los golpes. Esperaban llegar al agua, pero sólo tenían delante las llamas y la muerte”.

La pena de los sobrevivientes era ser vendidos como esclavos, si alguien no pagaba su rescate. Pero eran tantos, que el dinero que tenían sólo alcanzó para liberar y

repatriar a unos siete mil, no obstante que el mismo Saladino, en gesto caballeroso y de su propio peculio, pagó el de muchos. Fue tal la cantidad de esclavos, que, dentro de la ley de la oferta y la demanda, los precios bajaron inconcebiblemente. En el libro de los Jardines, que cita Jean Duché, se dice: “El hombre, la mujer y los niños, se vendían en lotes. El precio de un prisionero bajó en Damasco a 3 dinars. La depreciación fue tal, que un fakir llegó a adquirir un cautivo por un par de sandalias”.

Y Jerusalén se perdió en la Noche Azul de las Cruzadas.

